

El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar: ¿Cómo la guerra puede cambiar a un hombre?

Daniel Canal Franco

Trabajo de grado para optar por el título de comunicador social y periodista

Miguel Mendoza Luna

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Comunicación y Lenguaje

Comunicación Social

Bogotá 2015

Bogotá, mayo/2015
Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Departamento de Comunicación
Dra. Marisol Cano

El trabajo que presento aquí es una apuesta para buscar otras formas de contar la realidad del país, con todos sus matices y vicisitudes. Es una exploración en el estilo, en el lenguaje, en la estructura para contar la vida íntima de Rodrigo Tovar Pupo, quien después sería Jorge Cuarenta, y descubrir esa misma dimensión de la cotidianidad en Valledupar y el Cesar.

Este trabajo nació de un viaje que hice a Valledupar, donde el papá de un amigo me dijo, contándome un poco sobre la situación de la ciudad, que “nadie se imaginaba que Rodrigo podría convertirse en paramilitar, él era el payaso de sus amigos”. De ahí surgió la inquietud por saber qué había detrás de la máscara de Jorge Cuarenta, del personaje frío y calculador que aparecía en las primeras planas.

Por eso surgió mi interés, por saber cómo un hombre que aparentemente no tiene nada que ver termina siendo un protagonista de la guerra, y, sin llegar a defenderlo, dimensionarlo como ser humano. Detrás de los alias y los combates cada soldado tiene una historia, una vida y una familia.

Yo creo que en Colombia se deben dejar los blancos y negros a la hora de contar nuestro conflicto, porque esos absolutismos son mentirosos y no dibujan la realidad. Por eso, con este trabajo, quiero sentar el precedente de que Jorge Cuarenta, o mejor, Rodrigo Tovar Pupo, era mucho más de lo que aparece en la prensa tradicional.

Cordialmente

Daniel Canal Franco
CC: 1.020.760.979

ARTÍCULO 23

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Índice

Introducción	3
Capítulo 1. La violencia narrada a través del periodismo literario: una mirada del relato desde los ojos del protagonista.	7
1.1 Los primeros pasos del periodismo literario: una nueva forma de narrar	7
1.2 Las características de la “nueva forma” de narrar: el periodista también se transforma	10
1.3 Al encuentro de estilos literarios y no-ficción	12
1.4 Las características formales, estructurales e investigativas del nuevo periodismo	15
1.5 Otros trabajos que experimentaron con la forma de contar la realidad	16
1.6 ¿Cómo se entiende la crónica y el reportaje en Colombia?	18
1.7 ¿En qué se diferencia el nuevo periodismo, y la crónica y el reportaje colombianos?	20
1.8 Cómo el periodismo colombiano ha narrado la violencia echando mano de la literatura	21
1.9 La nueva ola de libros sobre el conflicto	24
1.10 Después del “viejo” nuevo periodismo, a la búsqueda del “nuevo” nuevo periodismo	26
1.11 Conclusiones preliminares	29
Capítulo 2. La violencia como el lenguaje común en Colombia: nuestra historia atravesada por el conflicto armado	29
2.1 Las semillas que sembró la época de “la violencia” y el Frente Nacional: la “revolución frustrada”	29
2.2 La ausencia del Estado y el nacimiento de los padres de las guerrillas y el paramilitarismo: los Pájaros y las guerrillas liberales	31

2.3.1	Los llanos orientales: 1949 – 1953	33
2.3.2	La violencia: 1954 – 1958	34
2.3.3	Las guerrillas de Izquierda: 1962 – 1985	34
2.3.4	La guerra sucia de baja intensidad: 1985 en adelante	35
2.4	Colombia es tres países en uno: Las ciudades, los cultivos ilícitos y lo demás	36
2.5	Lo que pasó en la década de 1960: La revolución cubana presentó una alternativa	37
2.6	El nacimiento de las guerrillas de Izquierda: una nueva lectura del país	40
2.7	El narcotráfico como agente de violencia	42
2.8	El surgimiento del paramilitarismo: ¿fue peor el remedio que la enfermedad?	45
2.8.1	El paramilitarismo de los años noventa y la creación de las AUC	46
2.9	El proceso de paz de Santa Fe de Ralito	48
2.10	El nacimiento del paramilitarismo en el Cesar y de Jorge Cuarenta	50
2.10.1	La importación del paramilitarismo: 1995-1996	50
2.10.2	¿Quién fue Jorge Cuarenta?: el hombre fuerte del Cesar y el Bloque Norte: 1997	53
2.11	Conclusiones preliminares	55
	Capítulo 3. Capítulo 3. Reportaje: El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar: ¿Cómo la guerra puede cambiar a un hombre?	58
	Conclusiones	60
	Bibliografía	65

Introducción

El periodismo se basa en dos pilares fundamentales para contar una historia: el tema y la técnica. No es posible narrar una realidad sin contar con estos dos elementos; tampoco basta uno solamente. De nada sirve tener una prosa exquisita y cautivar al lector con retórica si el texto no transmite nada, si no hay una historia detrás del buen uso del lenguaje y el discurso contundente. De igual forma, no basta descubrir una historia maravillosa llena de matices y sensibilidad si el periodista no cuenta con las herramientas técnicas para contarla.

Por eso el periodismo –en todas y cada una de sus dimensiones– es la conjunción entre forma y fondo en función de la verdad: no hay otra forma de narrar bien la realidad.

En este sentido, la investigación es clave y debe estar enfocada en ambas direcciones para saber qué se ha hecho sobre el tema ¿Qué se ha dicho? ¿Se ha dicho algo? Conocer los pormenores más ínfimos de la historia para poder abordar el asunto de una manera diferente y no caer en una espiral de repeticiones.

De la misma forma, hay que conocer y manejar el estilo discursivo que se quiere utilizar, sea cuál sea el formato que se use. Al igual que con el tema, conocer lo que se ha hecho en el pasado, los estilos y sus transformaciones, las diferentes formas de contar que han sido exitosas y las que no, es importante. Todo esto sirve para poder hacer un aporte en el campo de la técnica y no utilizar de manera errónea las herramientas que las diferentes escuelas les brindan a los periodistas.

Partiendo de lo anterior, de esa concepción del periodismo, esta investigación busca contar la historia de Jorge Cuarenta antes del paramilitarismo: ¿Cómo Rodrigo Tovar Pupo, un joven carismático y despreocupado de la clase alta vallenata, se convirtió en el comandante paramilitar más importante del Cesar y de la costa?

Para poder llegar a ese arco de transformación (una suerte de historia secreta, íntima), primero hay que cumplir los pasos previos que demanda el periodismo, sobre todo si se quiere innovar como en este caso. Por eso cada capítulo previo al producto es un peldaño más para conocer la historia y saber con claridad cómo contarla.

En el primer capítulo del presente trabajo, se discute la forma en que apareció la crónica en los Estados Unidos a partir de la escuela denominada como “nuevo periodismo”. El movimiento liderado por Gay Talese, Hunter Thompson y Tom Wolfe entre otros, revolucionó la forma en la que se escribía el

periodismo. Ellos rompieron los esquemas tradicionales del periodismo clásico y en comunión con la literatura crearon una nueva forma de escribir y un género innovador: la literatura de no ficción.

Esta conmoción dentro de las esferas periodísticas empezó en la década de 1960 con experimentos estilísticos y temáticos que terminaron por hacerse campo dentro del periodismo, y derivaron en nuevos géneros periodísticos como la crónica y el reportaje.

De esa época y del nuevo periodismo es que parte en gran medida el periodismo contemporáneo y sus formas de contar. Por eso es un referente obligado, porque Talese y su camada pusieron en jaque a las normas para escribir de otra manera los temas que no se trataban.

El nuevo periodismo, transgresor e irreverente, terminó por normalizarse y volverse el estándar por lo que en las décadas posteriores fue poca la innovación que se hizo en dicho campo. Los periodistas se acostumbraron a usar fórmulas que ya tenían un éxito garantizado.

El capítulo implica un viaje desde los Estados Unidos de 1960 hasta la Colombia actual para ver de qué manera se ha narrado la violencia, que es la columna vertebral de la investigación y la historia que se quiere contar. Se indaga en las influencias del nuevo periodismo en Colombia, las formas de narrar que aquí existían y los productos que han aparecido a lo largo del tiempo y describen coyunturas muy particulares de un lugar y una época.

La premisa es simple: para poder contar una historia de manera diferente hay que conocer lo que ya se ha hecho para no repetirlo. La ignorancia no es una excusa.

Después del acercamiento a las herramientas que se van a usar para construir la historia, es importante hacer un barrido histórico del fenómeno que se quiere tratar. Igual que como se investigó la forma y su pasado, hay que descubrir el fondo. Ese es el segundo capítulo: la recapitulación de la violencia y el conflicto armado en Colombia en la segunda mitad del siglo XX.

Este recuento histórico es supremamente importante porque los antecedentes del fenómeno paramilitar en el Cesar, del surgimiento de Jorge Cuarenta y la guerra entre ejércitos privados y guerrillas en la periferia del país por una ausencia estatal, son situaciones que vienen de tiempo atrás.

El paramilitarismo en el Cesar no surgió de la noche a la mañana por obra y gracia de dios. Fueron una serie de sucesos y situaciones que se convirtieron en una cadena dominó. Si se quiere, los antecedentes para el surgimiento paramilitar se pueden remontar a la denominada época de “la violencia”, desde los grupos paraestatales que surgieron en ambas colectividades para proteger a sus miembros del bando contrario. El ejemplo más conocido de esa época es el de Los Pájaros, una policía extrajudicial conservadora en el Valle del Cauca liderada por León María Lozano. O, por otra lado, el fenómeno

paramilitar de la década de 1990 encuentra su razón de ser en el financiamiento del narcotráfico a sus ejércitos privados una década atrás, y en el surgimiento de las guerrillas revolucionarias de izquierda a mediados de 1960.

Por eso hay que descifrar el universo socio-político que envuelve una situación tan particular como la que se quiere tratar, porque entre más profundo se cave, aparecerán más vínculos y cabos sueltos para que el periodista explore y ate.

Después de conocer la forma y el fondo aparece Jorge Cuarenta y su historia. Cómo esos factores culturales e históricos ayudaron a delinear el camino de un hombre en la insurgencia; y, con las herramientas creativas que se investigaron, se divisa un norte para contar su relato.

Ese es el tercer capítulo: *El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar: ¿Cómo la guerra puede cambiar a un hombre?*

Es una apuesta por contar la historia del paramilitarismo en el Cesar a través de la vida de uno de sus protagonistas más determinantes. De ver, como lo señala el título, el efecto que puede tener la violencia sostenida en una persona que aparentemente, en un principio, no estaba preocupada por la realidad nacional ni tenía interés mayor en defender o atacar a determinados estamentos de la sociedad.

Acá se trata de humanizar a los protagonistas del conflicto. Esto no quiere decir que se los satanice o se haga una apología, se trata de dimensionar como seres humanos a personas que quedaron encasilladas para el país en blancos y negros; cuando la realidad es que las personas se mueven en la amplia gama de los grises en el medio.

Ese es el enfoque, mostrar que Jorge Cuarenta no siempre fue Jorge Cuarenta sino que antes era Rodrigo Tovar Pupo. Un hombre con familia, con amigos, con elementos positivos y negativos que por diversas razones –que no se tratan de justificar o atacar– en un momento determinado decidió volverse un actor activo del conflicto.

Para contar esta historia se busca distanciarse de las fórmulas con las que apareció el nuevo periodismo y que después se normalizaron. Experimentar con el lenguaje, la estética, la estructura y demás elementos para darle al escrito un color diferente. Recuperar la libertad con la que trabajó el nuevo periodismo donde todo es válido con tal de no faltarle a la verdad.

Contar quién es Rodrigo Tovar Pupo a partir de las voces de quienes lo conocieron, o lo conocen, porque todavía sigue vivo.

Eso es *El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar*, la vida de Rodrigo Tovar y la violencia a su alrededor contada con las libertades que su historia amerita; iluminada o ensombrecida, según se mire, desde la metáfora perfecta de la dualidad humana: Jekyll y Hyde, que no eran dos, sino uno solo...

Capítulo 1. La violencia narrada a través del periodismo literario: una mirada del relato desde los ojos del protagonista.

1.1 Los primeros pasos del periodismo literario: una nueva forma de narrar

El “periodismo literario” fue una nueva forma de narrar en la que el periodista combinaba elementos noticiosos entremezclados con historias humanas y recursos narrativos propios de la literatura, que le dio un nuevo color y sensibilidad a los escritos periodísticos. Pero claro, el nombre como tal fue posterior al movimiento que le dio origen y que Tom Wolfe analizó y estructuró en su libro *El nuevo periodismo*.

En este trabajo Wolfe se propuso darle pies y cabeza a un fenómeno periodístico que él sentía estaba transformando a la profesión: el naciente “reportaje”, que contaba las historias desde su calidad humana con nuevas técnicas que hasta el momento estaban siendo exploradas. Por medio de su experiencia profesional como periodista y la cercanía con sus colegas denominados “periodistas literarios” esbozó a grandes rasgos lo que fue el surgimiento, evolución y consolidación de esta nueva forma de narrar en la década de 1960 en Estados Unidos.

En este caldo de cultivo –la innovación periodística– que se dio en Estados Unidos en 1960, el periodismo literario estaba lejos de tener esa clasificación debido a que la literatura y el periodismo estaban muy lejos de ser compatibles; la literatura, es decir la novela, estaba en un pedestal mientras que el periodismo era una mera forma de comunicación sin ningún valor estético, o por lo menos esta era la concepción que se tenía en la época. Fue por esto que al fenómeno se le acuñó con el término de Nuevo Periodismo, pues no se podía denigrar a la literatura de esa manera como el mismo Wolfe lo cuenta (Wolfe, 1976).

Wolfe “culpa” en gran medida el surgimiento de este movimiento al deseo del periodista de convertirse en un escritor de ficción, de la seducción que la literatura tenía dentro del gremio. En 1960 el ideal del periodista era trabajar en un periódico por un tiempo para así pulir el estilo y conocer diferentes facetas de la realidad –y obviamente sobrevivir económicamente– para después retirarse, irse a una cabaña

alejada y escribir la novela que lo consagrara como escritor (Wolfe, 1976). Claro está que aquí radicaba el sueño utópico del periodismo, pero tal idea de literatura fue calando profundamente en el género e intervino en su evolución, no solo en el lenguaje sino en la estructura e incluso en la forma de investigar.

Esta primera incorporación aparece cuando el género periodístico se subdivide en dos tipos de producciones: la noticia y el reportaje (Wolfe, 1976). Es importante aclarar que en 1960 el reportaje era todo lo que no fuera una noticia. Era el espacio donde los periodistas con ínfulas de escritores podían experimentar y tenían la libertad para escribir libremente y sin tapujos porque era considerado un subgénero inferior. El periodismo –y el periodista– serio era quien trabajaba dentro de los cánones establecidos en la noticia, y el reportero era de segundo nivel, que por las licencias que se daba su trabajo resultaba menos serio. Pero precisamente en ese trabajo “menos serio” fue que se desarrolló una forma de narrar más interesante por ser menos acartonada.

En estos reportajes se trataban temas culturales, o mejor dicho vivencial, donde lo que se buscaba era una historia que fuera más allá de la noticia. En muchos casos fue una nueva alternativa para narrar la violencia, tal vez el ejemplo más célebre es *A sangre fría* (1966) de Truman Capote, donde el escritor explora con minucia la mente de los asesinos de la familia Clutter y cómo el crimen convulsionó al apacible pueblo de Holcomb en la Kansas occidental. Allí, las voces de los personajes reales (los asesinos), emergen con la fuerza y la verosimilitud del periodismo, pero bajo en ensamblaje literario:

“ –Yo no he matado jamás a ningún negro, pero él se lo creyó. Lo he sabido siempre, que si nos pescaban, que si Dick de verdad cantaba, cantarí hasta dejar sus tripas de mierda por el suelo, sabía que diría lo del negro – escupe otra vez-. ¿Así que Dick se asustó de mí? ¡Que divertido! Me divierte mucho saberlo. Lo que no sabe es que por poco lo mato a él”. (Capote 1972, p. 250).

Este es un fragmento de la confesión de Perry Smith, uno de los asesinos de los Clutter, que en primera persona cuenta como se resquebrajó la amistad con su cómplice Dick Hickock. En este fragmento se ve reflejada la crudeza de un personaje que no tiene nada que perder, base con la cual Capoté construyó al Perry Smith, asesino real y a la vez ente de ficción.

Aunque *A sangre fría* es un libro asimilado como novela, los elementos que Capote utilizó fueron los mismos de los que los nuevos reportajes echaron mano. Aunque estaban contruidos bajo la estructura informativa del periodismo, pues narraban acontecimientos verídicos, en su estilo eran en apariencia cuentos breves. Estos escritos se apropiaron de una estética más cercana a la literatura utilizando herramientas propias de este género: la veracidad y la verosimilitud se conjugaron para producir una obra casi sin precedentes, capaz de iluminar una historia real con la óptica de la ficción literaria.

Como el mismo Wolfe lo relata, la respuesta de los críticos del nuevo periodismo –literatos y periodistas conservadores– no se hizo esperar, pues se pensaba que el subgénero caía en la invención y la mentira.

Este fue el caso del reportaje *Joe Louis: El rey en su madurez* (1962), escrito por Gay Talese (Wolfe 1976). En este reportaje sobre el ex campeón de peso pesado, aparecían retratadas las relaciones con sus mujeres narradas desde la intimidad, utilizando diálogos y escenas que aparentemente no estaban conectadas; como la siguiente, por ejemplo:

“ –¡Hola, mi amor! –saludó Joe Louis a su esposa cuando la vio esperándolo en el aeropuerto de Los Ángeles.
Ella sonrió y caminó a su encuentro y, a punto de empujarse para darle un beso, se detuvo en seco.
–Joe –le dijo– ¿dónde está tu corbata?
–Ah, linda –dijo él encogiéndose de hombros– , lo pase fuera en Nueva York toda la noche y no tuve tiempo...
–Toda la noche –lo interrumpió ella–, cuando sales acá lo único que hace es dormir, dormir y dormir.”
(Talese 2008, p. 185)

Esto, lejos de ser imaginación de Talese, era el resultado de una investigación exhaustiva que deriva de una entrevista al boxeador, inmerso en el universo de personas que giraban en torno a él y sus vicisitudes biográficas. El autor construyó un cuento que “sí ocurrió”, presentándolo al público en una faceta hasta entonces desconocida. La premisa era simple: una cosa era mostrar al campeón propinando y recibiendo ganchos en el cuadrilátero, otra muy diferente exponerlo en su vida privada.

Pero la transformación que Wolfe describe del reportaje no se reducía únicamente al producto como tal (al formato); el rol del periodista también empezaba a transformarse radicalmente. En el engranaje tradicional el reportero y el columnista eran dos personas diferentes, el primero llevaba la información noticiosa a la redacción y el segundo la redactaba. El *reportero* del nuevo periodismo desarrollaba las dos funciones para poder tener información primaria y secundaria del evento, y además sumergirse en los pormenores y sensaciones que le daban un toque literario a la hora de escribir (recordemos que es muy diferente *leer* a *ver*; la relación con el suceso noticioso se ve afectada). En este campo, Wolfe destaca repetidamente a Jimmy Breslin, quien fue pionero en este tipo de trabajos (Breslin recibirá el premio Pulitzer en 1986).

1.2 Las características de la “nueva forma” de narrar: el periodista también se transforma

Esta apropiación de las historias, del cambio en el enfoque de lo que habitualmente se denomina suceso real/noticioso, significó una nueva forma de contar y abordar algunos aspectos sociales, en especial aquellos que desbordaban la cotidianidad o que constituían una suerte de “acontecimientos”. Tal sería el caso de situaciones que implicaban alguna forma de violencia (de nuevo *A sangre fría* es un referente) o de desajuste social que, al parecer, exigía un abordaje más frontal, más íntimo incluso, donde el periodista se sumergía en la historia que intentaba reconstruir. Sentir y experimentar la realidad abordada, ponerse en carne y hueso frente a la contundencia de los hechos, sumaría otro cambio en la trayectoria del periodista literario. Por ejemplo, en el periodismo *gonzo*, movimiento que encabezó Hunter S. Thompson, se borraba la división entre sujeto y objeto por lo que el escritor se volvía parte de la historia y la afectaba con su propia subjetividad (por lo general, antes rechazada). El relato contaba tanto con el testimonio de los testigos, como con el del periodista que estaba ahí.

Este fue el caso de *Las pandillas de motocicleta: perdedores y excluidos* (*The motorcycle gangs: losers and outsiders*) (1965), un artículo para *The Nation* que posteriormente se convirtió en un libro y que le costó una paliza descomunal a Thompson. En efecto, los míticos y no muy célebres Ángeles del Infierno, pandilla de motociclistas sobre la cual escribía, se volcó contra él y le dio una tunda que por poco lo mata. En este caso Thompson se convirtió en el objeto de la violencia que su escritura invocaba y él mismo se ubicó en el centro de la historia que investigaba, relacionada con la violación de dos niñas de 14 y 15 años en Monterey, California. Este es un fragmento traducido del artículo original, más adelante trataré el libro:

“ —Escogimos Monterrey porque aquí nos tratan bien, en otros lugares nos botan de la ciudad.

Pero Frenchy (uno de los motociclistas) habló muy pronto. Aunque los Ángeles del Infierno no estaban en conjunto en la península veinticuatro horas antes, cuatro de ellos estaban en la cárcel por violación. El resto de la tropa era escoltada en el condado por un gran contingente policial. Varios fueron citados, un tanto despectivamente, como diciendo: ‘Esa acusación de violación en contra de nuestros chicos es falsa y que no se sostiene’ ”. (Thompson, 1965) (Tomado de la página web de *The Nation*) Nota: traducción del autor de trabajo de investigación.

En medio de estos cambios a la hora de escribir *no ficción*, denominación que señalaba un nuevo estilo emergente y más visible (donde esencialmente la crónica amplificaba sus miradas y sus técnicas para admitir cierta subjetividad del escritor, pero del que no se había teorizado), Wolfe empezó a ver características comunes en los diferentes escritos que podrían considerarse como *nuevo periodismo*. Él trató de agruparlas para aclarar el concepto que hasta ese entonces era supremamente nebuloso (Wolfe, 1976).

La primera característica que encontró fue la manera en que los personajes eran contruidos gracias al trabajo de reportería. Al recopilar información del ambiente, del lugar, del momento, el periodista podía utilizarlos a lo largo del relato con figuras literarias. Construir personajes por medio de los detalles que no estaban relacionados los humanizaba y novelaba, los simbolismos eran más fuertes que cualquier descripción ¿Esto qué quiere decir? Por ejemplo, si se hablaba de un mafioso que estaba siendo juzgado, en vez de presentarlo con el dato de cuantas personas había asesinado (el recurso común del periodismo) el reportero podía hablar de cómo jugaba con sus anillos de oro mientras le imputaban los cargos o le sudaba la frente cuando el fiscal se acercaba (Wolfe, 1976). En el primer caso el personajes era un referente a un evento real, en el segundo era un personaje novelado.

Así describió Capote a Dick Hickock, un personaje impulsivo con grandes aspiraciones y un apetito sexual desenfrenado que sería ahorcado por el asesinato de los Clutter:

“El Dick en paños menores era distinto al Dick vestido. Vestido parecía un joven debilucho, rubiales, de estatura corriente, descarnado y hasta hundido de pecho. Desnudo demostraba ser todo lo contrario: un atleta de peso ligero. Una cara de gato, azul y enseñando los dientes, tatuaba su mano derecha y una roza azul uno de sus hombros”.
(Capote 1976. P. 41)

Otra característica era que la historia emergía, se contada desde “adentro”; al lector no se le informaba con eventos noticiosos, sino que la historia se le contaba en primer plano sumergiéndole por completo, al extremo de volverle en una suerte de “testigo”.

Tal es el caso del ya mencionado reportaje de Talese. El relato se cuenta desde los ojos de Joe y sus mujeres. Esto normalmente se hacía introduciendo a un personaje y generando perspectiva. En este caso el narrador podía ser una voz cualquiera, no tenía que ser ni neutral ni correcta en su expresión como sí lo era en la escuela clásica; se evitaba esa voz en off que relataba los eventos desde afuera. A este tipo de voz de corte cercano al lector Wolfe la nombró como “voz de procenio”, por ejemplo:

“Y siguió la cosa mientras Louis caminaba por Broadway: los taxistas lo saludaban con la mano, los conductores de los buses tocaban las bocinas, y decenas de hombre lo detenían para recordar cómo habían viajado 130 millas para asistir a una de sus peleas, y cómo habían agachado la cabeza para encender un cigarrillo en el primer asalto, y que entonces, antes de que pudieran alzar la vista, Louis había dejado tendido a su contendiente y ellos se lo habían perdido.” (Talese, 2008, p. 198)

Siguiendo con el tema de la preparación y los personajes, estos reportajes presentaban la vida emocional de los protagonistas para conectarlos con el lector. Es importante recalcar que este destape emocional no era invención del periodista ni estaba basado en supuestos, era el producto de una investigación exhaustiva que abarcaba más ángulos que la tradicional.

1.3 Al encuentro de estilos literarios y no-ficción

En términos estilísticos estos nuevos textos, todavía en fase experimental (y en manos de escritores de largo oficio), utilizaban libremente las figuras literarias propias de la literatura para generar en el lector no solo reacciones intelectuales sino también emotivas; se empezó a pensar en la reacción del lector al acercarse al texto. Pero en cuanto a estilo no eran solo las figuras que se utilizaban sino los signos de puntuación, había una libertad total para utilizar cursiva, puntos, comas, puntos suspensivos, comillas y cualquier elemento que le aportara al texto en términos de ritmo, musicalidad, estética visual y conexión con el espectador. El reportaje era el fondo y también la forma (Wolfe, 1976). Bajo estos parámetros, empezaron a surgir diversas fusiones entre el encopetado género de la novela y el despreciado del periodismo. Incluso, como lo propuso Truman Capote, se alcanzó a hablar de *literatura de no ficción* para categorizar el movimiento del nuevo periodismo (Wolfe, 1976). Para ilustrar un poco lo que fue la producción en este campo, en la segunda mitad de la década del sesenta, voy a mencionar algunos casos de reportajes, y autores, que se consagraron y convirtieron en libros:

- *A sangre fría (1966)* de Truman Capote. Capote reconstruyó el asesinato de la familia Clutter en Kansas occidental a manos de dos jóvenes por medio de largas entrevistas con los asesinos en las que ellos le rebelaron hasta el último detalle del crimen. Este caso es sumamente importante porque fue uno de los primeros de su estilo –la llamada literatura de no ficción–, pero adicionalmente porque unía en un mismo escritor a un literato y a un periodista. Introspección, visión psicológica, reconfiguración de la cadena cronológica de eventos, juegos elípticos y dramatismo, se sumaron en función de la historia:

“...la habitación de Nancy, Nancy oyendo el pisar de las botas en las escaleras de madera, el crujir de los peldaños mientras los hombres suben por ella, los ojos de Nancy, Nancy viendo como el resplandor de la linterna busca el blanco. (Gritaba: <<¡Oh no! No, por favor. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! No lo haga ¡Oh, se lo suplico, no lo haga! ¡Por Favor! Le di la escopeta a Dick y le dije que yo ya había hecho todo lo que podía hacer. Él apuntó y ella volvió la cara contra la pared.)”. (Capote 1976, p. 263)

- *Libro M (M: Vietnam only the strong and lucky survive)* de John Sack. En este relato Sack se incorporó al ejército de los Estados Unidos en el cuerpo de infantería en Fort Dix, compañía M, de la primera brigada en calidad de periodista de guerra. Él se entrenó con el ejército en los

meses previos a su llegada a Vietnam y al cuando lo hizo estuvo en la primera fila de combate. Fue desde esta perspectiva que Sack narró el conflicto en la guerra de Vietnam.

- *Los Ángeles del infierno: una extraña y temible saga* de Hunter Thompson (1966). En este trabajo Thompson recorrió las carreteras de California, y los Estados Unidos, durante 18 meses con el grupo de motociclistas para entender su funcionamiento desde adentro, pero sin ser parte de ellos, lo que lo hacía supremamente peligroso. Cuando estaba por finalizar su investigación, y su libro, los Ángeles del infierno se volcaron contra Thompson y le dieron una paliza que casi termina con su vida. Los motociclistas lo dejaron abandonado a 50 kilómetros de Santa Rosa, California, y así terminó su reportaje del que él terminó siendo protagonista y víctima de las conductas que pretendía visualizar. Thompson, en su calidad de “reportero”, terminó siendo el objeto de la violencia que narraba.

“La sala de espera del pabellón de urgencias estaba llena de gitanos heridos. El caso más grave era una mandíbula rota, consecuencia de un choque que había tenido lugar aquella misma noche con un Ángel del Infierno que esgrimía un trozo de tubería.

Los Gitanos me explicaron que iban hacia el norte a acabar con los Ángeles.

–Va a ser una carnicería tremenda– dijo uno.

Yo pensaba lo mismo y les deseé suerte. No quería tomar parte de aquello, ni siquiera con una escopeta. Estaba cansado, hinchado y vapuleado.” (Thompson 2009. p. 352-353)

- *Honrarás a tu padre*, Gay Talese (1964). Narra el secuestro de un padrino de la mafia de Nueva York –Joseph Bonanno–, su rescate y la vida de su hijo, Bill, como mafioso. El relato se centra en los continuos cuestionamientos que Bill se hace sobre su forma de vida, y aunque parezca paradójico, con el parecido que tiene su día a día con el de un norteamericano promedio que no infringe la ley:

“Una mañana de diciembre, mientras gateaba por el comedor, el hijo de dos años de Bill Bonanno, Joseph, metió la mano en el espacio que había entre el mueble donde se guardaba la vajilla y la pared y apretó el gatillo de un rifle que habían dejado apoyado ahí. El disparo del rifle abrió un hueco en el techo y penetró en el piso superior, no lejos de donde estaba dormido Magliocco. (...) De repente toda la casa comenzó a vibrar con el ajetreo de cuerpos humanos que corrían en pánico, buscando y gritando, hasta que descubrieron al niño abajo, sentado en la alfombra con su pijama roja, aturdido pero a salvo, con un rifle humeante en los pies.” (Talese 2011. P. 36).

1.4 Las características formales, estructurales e investigativas del nuevo periodismo

Basándose en los trabajos anteriores, y en muchos otros del mismo corte, Wolfe encontró cuatro características fundamentales del denominado “nuevo periodismo” que le dieron un piso teórico al movimiento que por entonces se popularizaba en la década de 1960:

1. Construcción escena por escena. Esto quiere decir que la investigación debe ser profunda y cubrir todos los momentos de la historia para que los diferentes episodios hilen el relato. Las historias tienen diferentes momentos y hay que conectarlos.
2. El diálogo realista. Enganchar al lector con el personaje por medio de la verosimilitud de las conversaciones. Para lograr esto hay que indagar en la intimidad del personaje, en su forma de comunicarse y los pormenores de sus relaciones interpersonales.
3. Punto de vista en tercera persona. Es decir, contar la escena a través de los ojos de alguien para hacer el relato más cercano al lector. Esta es la llamada voz de “procenio”, que no tiene que ser correcta sino próxima al relato.
4. Incluir detalles simbólicos al interior de las escenas. Estos simbolismos se entienden en lo más amplio de la palabra, es poder conocer los detalles que describen al personaje y tienen un peso narrativo. Hacer de los objetos y las situaciones que rodean la historia una parte fundamental de la misma, y así aporten a la narración (Wolfe, 1976).

El periodismo literario, desde sus inicios, buscó salirse del molde tanto con la técnica como la temática. Esta es una reflexión que hace Wolfe al señalar el enfoque que conjugaba tanto la forma como el fondo, visibilizando temas que estaban latentes pero no formaban parte de la agenda habitual.

En la década de los sesenta había un vacío en temáticas nuevas que estaban listas para ser explotadas y que ni la literatura o el periodismo parecían “apreciar”: las drogas, la promiscuidad sexual, el *hipismo*, la onda *groovy*, el *stage underground* de las grandes ciudades, la contracultura y otras realidades sociales de esa coyuntura; temas que finalmente se hicieron visibles en la escena del nuevo periodismo. Había muchos temas a tratar en ciudades como Nueva York que estaban pasando desapercibidos y que el movimiento reclamó como suyos (Wolfe 1976).

1.5 Otros trabajos que experimentaron con la forma de contar la realidad

Tiempo antes de que la nueva ola del periodismo surgiera –y se tomara a la ciudad de Nueva York como epicentro–, hubo otros tipos de experimentación para contar la cotidianidad de esa ciudad convulsionada, llena de contradicciones, triunfos y fracasos. En 1925 el escritor y periodista (la eterna dicotomía y sueño utópico), John Dos Passos, publicó su obra *Manhattan transfer*, libro en el que narra las vicisitudes de la ciudad y sus habitantes utilizando una estación de metro como hilo conductor. Aquí no se cuenta nada extraordinario, se narra la vida de un sinnúmero de personajes que lo único que tienen en común es la estación de metro donde se cruzan en el día a día, y a partir de este ínfimo detalle, termina por relacionar sus historias.

Muy cercano al periodismo, Dos Passos desarrolla el relato como si estuviera describiendo una situación real, como una suerte de testigo que observa la realidad (pesimista para él) de una ciudad por medio de sus habitantes. Esta novela es un referente porque revolucionó la forma en la que se podían contar historias. Proponía una estructura no lineal en la que va entremezclando la voz de un narrador omnisciente, diálogos, reflexiones de los personajes y otros elementos que construyen el cuerpo de la novela sin una estricta relación cronológica. Dos Passos, gracias a sus personajes, cuenta la historia de una ciudad que no tiene voz. Este tipo de innovaciones a la hora de plantearse los temas, investigarlos, desarrollarlos y escribirlos formaron parte del espíritu del nuevo periodismo una generación más adelante.

Norman Mailer es otro referente obligado, pues trabajó la violencia y la criminalidad en los Estados Unidos desde la segunda guerra mundial, tanto en el periodismo como en la literatura. Durante la guerra Mailer sirvió en el ejército en el Pacífico sur, y producto de esta experiencia, cuando volvió a casa en 1948, publicó su primer libro *Los desnudos y los muertos*, que narraba los horrores de la guerra que vivió en carne propia. Aunque esta novela, porque es una historia de ficción, no habla de eventos reales concretos, todo el contexto a su alrededor es el vivo relato del enfrentamiento entre americanos y japoneses en el Pacífico sur y la sangre que se derramó.

A partir de este momento, Mailer buscó visibilizar la realidad de los Estados Unidos que de por sí ya presentaba un panorama trágico y sombrío combinando técnicas, realidad con ficción, y periodismo con literatura. En 1980 Mailer recibió el premio Pulitzer por su novela de no-ficción *La canción del verdugo* (1979). En este trabajo Mailer cuenta la historia de Gary Gilmore, un hombre que fue ejecutado en el estado de Utah por asesinato. Mailer reconstruyó la caótica vida de Gilmore desde su adolescencia, sus primeras detenciones, su paso por prisión, las relaciones sentimentales y finalmente los dos asesinatos que lo condujeron al patíbulo. En este trabajo Mailer retrata la personalidad

autodestructiva de Gilmore quien le exigió al estado de Utah su ejecución inmediata en vez de seguir dilatando el proceso con apelaciones.

Con estas historias que denotaban una cotidianidad violenta e involucrándose con temáticas de contracultura, Mailer se convirtió en un referente que retrataba la “otra cara” de los Estados Unidos. Quedaba claro que debajo de las versiones “políticamente correctas” había mucha tela por cortar, y autores como él estaban dispuestos a evidenciarlo con todo tipo de recursos técnicos de la literatura al servicio de la investigación periodística.

Este tipo de periodismo se convirtió en una alternativa exitosa en los Estados Unidos para visibilizar lo invisible que los discursos oficialistas y el periodismo tradicional habían dejado de lado o preferían ignorar.

Muchos años después, en el complejo panorama colombiano, la crónica y el reportaje reclamarían a la violencia como bandera para contar la realidad de un país en medio de un conflicto armado, guerras de drogas y la emergencia de fosas comunes. Si el periodismo estadounidense había tenido que conjurar sus más oscuros demonios con un tipo de escritura y visión diferentes, nuestro país y sus narradores enfrentarían, incluso, fuerzas más oscuras y poderosas.

1.6 ¿Cómo se entiende la crónica y el reportaje en Colombia?

La escuela del nuevo periodismo estadounidense permeó en Colombia y generó grandes productos y periodistas sin perder la afinidad entre la literatura y la práctica periodística. Uno de los más grandes exponentes de esta forma de escritura en Colombia fue y será Gabriel García Márquez quien, parafraseando a Wolfe, pudo cumplir el sueño utópico de sobrevivir como periodista y consagrarse como literato (Prueba de esto es el premio Nobel de literatura que recibió en 1984 por su novela *Cien años de soledad*).

Para empezar a hablar del reportaje en la modernidad es necesario aclarar que hoy en día se entiende de forma diferente. En el nuevo periodismo el reportaje era cualquier experimento que saliera de los estándares tradicionales de la noticia y tuviera algunos visos de literatura; cincuenta años después estos experimentos han sido divididos y clasificados en dos grandes géneros dentro de la literatura de no-ficción: la crónica y el reportaje. Es dentro de estos dos –ahora consolidados– géneros periodísticos que las historias se cuentan hoy en día; pero incluso, los márgenes entre ambos tienden a ser difusos.

En los prólogos de *Antología de grandes reportajes colombianos* y *Antología de grandes crónicas colombianas*, el recopilador y periodista, Daniel Samper Pizano, hace una definición de cada uno de los

géneros para exponer sus criterios a la hora de recopilar los trabajos en cada libro; para leer crónica es indispensable saber lo que el recopilador entendía por crónica, y lo mismo con el reportaje. En estos prólogos Samper Pizano explica que la diferencia primordial entre ambos géneros es el enfoque y el tratamiento que se le dé a la historia, ya que la mera narración, la sucesión de eventos, puede convertirse en lo uno o en lo otro. No hay unos temas que sean de crónica y otros de reportaje.

La característica principal de la crónica es que aborda una posición más humana donde se centra en la construcción de personajes y situaciones por medio de la emotividad, y apela a esta para conectar al lector y construir la historia (Samper 2003). Por otra parte, el reportaje construye la historia por medio de datos, de información, de una descripción del ambiente y personajes que si bien es igual de profunda es más fáctica (Samper 2001).

La diferencia primordial está en cómo se presenta la información. Para ejemplificar esta categorización, en la *Antología de grandes reportajes colombianos* Samper Pizano selecciona un reportaje de Juan José Hoyos titulado *La última muerte de Guayaquil*, en el cual describe la transformación que sufrió la zona de Guayaquil en Medellín con el desarrollo de la ciudad. En este escrito el mismo Guayaquil es el personaje y con melancolía va narrando por medio de episodios particulares como se fue deteriorando el sector.

Por otra parte, en la *Antología de grande crónicas colombianas* presenta *El silencio de los inocentes* de Oscar Escamilla y José Luis Navia, donde se cuenta cómo fue la captura del violador y asesino en serie José Alfredo Garavito, narrado desde la perspectiva de los implicados, principalmente de Eliseo, el niño a quien iba a violar y no pudo (Este caso es particular porque aunque es una crónica está lleno de datos). A grandes rasgos, con estos dos casos se puede ver, o por lo menos percibir, una diferencia de lo que Samper Pizano concibe como crónica y reportaje.

Pero la categorización del recopilador está lejos de ser absoluta, es una visión personal de como él concibe los trabajos. En un conversatorios sobre crónica y reportaje en la Universidad Javeriana en el 2012, el mismo Navia precisó que el separar crónica y reportaje como dos géneros distintos es válido en un plano académico para acercarse a la escritura, pero que en la práctica no vale la pena. La frontera es tan difusa que por lo general los resultados son híbridos, que si bien se pueden inclinar más para un lado que otro, no dejan de tener elementos de ambos.

Para ahondar más en este punto comentó que aunque Samper Pizano había tenido en cuenta su trabajo para la recopilación de la *Antología de grandes crónicas colombianas*, él no consideraba *El silencio de*

los inocentes una crónica como tal, sino que era un híbrido con bastantes visos de reportaje supremamente emotivo, que narraba un de los eventos más escabrosos que ha visto el país.

“A Eliseo, de 12 años y vendedor de lotería, solo se le deshizo el nudo de terror en la garganta cuando Bonifacio Morera Lizcano intentó violarlo. Fue entonces cuando sacó de adentro los gritos de pánico que no le habían salido durante las dos horas que llevaba amenazado con un cuchillo...” (Escamilla y Navia 1994).

Así empieza el relato de “la bestia” o “el violador de los Andes”, por la historia de su última víctima, quien fuera la única en salvarse. Cuando estaba a punto de ser violado y asesinado.

Este trabajo en particular le dio visibilidad a un tema que en Colombia había permanecido oculto, la historia de un violador de niños y uno de los asesinos seriales más prolíficos en la historia reciente. Con Garavito se vio un tipo de violencia diferente a la tradicional –al conflicto armado y la guerra de guerrillas– que también forma parte de nuestra historia y nuestro presente, porque, contrario a como comúnmente se trivializa, violencia no es un sinónimo exclusivo para guerrilla y paramilitarismo. La violencia es un concepto más amplio que, para tristeza del país, José Alfredo Garavito probó con creces.

1.7 ¿En qué se diferencia el nuevo periodismo, y la crónica y el reportaje colombianos?

Después de este breve repaso queda la duda: ¿Cuál es entonces la diferencia entre crónica y reportaje, y el estilo literario del nuevo periodismo? Para aclarar conceptualmente, y diferenciar lo que es el nuevo periodismo estadounidense y la crónica y el reportaje colombiano, lo más importante es recalcar que aunque los productos sean similares, sus orígenes son diferentes. Aunque ambos estilos periodísticos mantuvieron un diálogo, la escuela norteamericana y la colombiana tienen raíces distintas

La escritura de crónicas en Colombia, como relato descriptivo, viene desde el periodo de la conquista y la colonia con las crónicas de indias, en donde la palabra escrita le presentaba un mundo, el nuevo mundo, a la corona en Europa. Esta narrativa tuvo que inventarse fórmulas y símiles para que a la distancia pudieran conocer lo desconocido sin tenerlo al frente.

Esta tradición narrativa fue evolucionando y puliéndose con el paso del tiempo cambiando de nombres y estilos, pasando por los cuadros costumbristas –por ejemplo– hasta desembocar en los géneros periodísticos modernos: crónica y reportaje. Si bien, como se ha reiterado, estos géneros no son absolutos, funcionan como un marco de referencia en el cual se construyen los textos acompañados de la tradición que vienen desde el virreinato de la Nueva Granada.

Por otra parte, los escritos del nuevo periodismo no tienen marco referencial alguno, es una escritura completamente libre donde el autor puede hacer lo que quiera y cómo quiera en términos de estilo, forma, presentación, etc. pero sin faltarle a la verdad (Wolfe 1976). Los cuatro preceptos que Wolfe propone son elementos comunes en los trabajos que él considera nuevo periodismo, pero en ningún momento son leyes inamovibles. Wolfe, en un ejercicio academicista, busca condensar en una especie de manual los puntos comunes que agrupan el trabajo de sus colegas y que revolucionaron el periodismo de la época.

1.8 Cómo el periodismo colombiano ha narrado la violencia echando mano de la literatura

Es verdad que la violencia ha sido un insumo fundamental tanto para el periodismo como la literatura colombiana –uno de los movimientos recientes más renombrados es nada más que la literatura *sicaresca*–, pero de incluir los ejemplos de ficción la lista a reseñar sería interminable. Por eso me remitiré únicamente a casos de literatura de no-ficción que traten como tal el tema de la violencia, especialmente el conflicto armado, y algunos otros experimentos que resulten interesantes y pertinentes para la investigación.

Uno referente clave en el periodismo moderno colombiano para hablar de violencia es, nada más y nada menos, la crónica roja de la primera mitad de los años treinta, pues narró una violencia social “de barrio” que era eclipsada por los “grandes conflictos bipartidistas” que desde siempre han tenido en jaque al país. Periodistas como Felipe González Toledo y José Joaquín Jiménez García, mejor conocido por su pseudónimo “Ximénez”, contaron una violencia cotidiana enmarcada por los celos, las pasiones, los suicidios, líos de faldas y venganzas que terminaron por teñir de la sangre del prójimo los periódicos. La realidad que ellos retrataron en sus textos era muy distinta a la que se discutía en la esfera política, como el bandolerismo.

“Le referimos el percance. La caída del taxi. Las posibles muertes. El tremendo suicidio. El sargento gringo de aviación abandonó, de prisa, el paraje. Los rapaces que nos siguieron, y chóferes de camiones y buses, se congregaron a derredor nuestro.

–¿Qué van a hacer?

Enrique Santos dio el aviso:

–¡Cien pesos a quien baje al fondo del abismo y dé noticia cierta de las víctimas!” (Ximénez 1946)

El anterior es un fragmento de la crónica *Un taxi cayó al salto del Tequendama*, el último escrito de Ximénez en ser publicado en 1946, año de su muerte. Aquí se ve cómo la curiosidad y el morbo por la

sangre permearon a los periódicos. Pero si quedan dudas, Teresita la descuartizado es el personaje de González Toledo que inmortalizó el género por su belleza, y porque fue picada en partes y escondida en una maleta (años después las guerrillas y el paramilitarismo pulirían esta técnica).

Un nombre obligado dentro del género es nada más y nada menos que Gabriel García Márquez, un hombre que logró contar la realidad caribe, dentro y fuera de la ficción; hoy es el máximo referente del periodismo literario en Colombia.

García Márquez experimentó con la literatura y la crónica a la hora de contar historias, desdibujando por momentos la línea que los dividía con resultados sorprendentes en ambos casos. Por ejemplo, *Relato de un naufrago* en la no-ficción y *Crónica de una muerte anunciada* en la ficción. El primero narra una historia verídica como si fuera un cuento, pero sin inventar detalles, y el segundo habla de un asesinato ficticio utilizando todas las técnicas del periodismo: de haber sido Santiago Nassar un personaje de carne y hueso, su historia sería un gran reportaje y no una gran novela.

“Yo mismo sentí el olor de la sangre. Pero lo sintieron también los tiburones. Por primera vez en este instante, con cuatro libras de pescado a mi disposición, sentí un incontenible terror: enloquecidos por el olor de la sangre los tiburones se lanzaban con todas sus fuerzas contra el piso. La balsa se tambaleaba.” (García Márquez 2003. p. 98-99).

En el apartado anterior el lector puede experimentar el terror que sintió Alejandro Velasco, el naufrago y protagonista de la historia, cuando logró conseguir su primera comida en días y tenía que vérselas con los tiburones. El mismo terror que le inculcó a García Márquez y que él logró traducir y plasmar con su prosa. Este trabajo surgió a partir de múltiples entrevistas con Velasco para recrear lo ocurrido desde el testimonio de la fuente primaria, al igual que lo hizo Capote en *A sangre fría*. La diferencia entre ambos textos es que el de García Márquez fue publicado en 1955 por entregas en *El Espectador*, años antes de la masacre de los Clutter en Holcomb.

Por eso reitero (utilizando a Wolfe): García Márquez logró cumplir el sueño utópico de los *reporteros* del nuevo periodismo: sobrevivir mediante el periodismo y después retirarse a una cabaña en las montañas (o en el caribe) para consagrarse como novelista. Y además, reconocer el valor argumental de un suceso real como fuente primaria para configurar un relato que, finalmente, derrumba las barreras entre ficción y no-ficción.

En un periodo más reciente, los cronistas se han volcado a cubrir el fenómeno del narcotráfico y el conflicto armado del país. Se dedicaron a cubrir a las víctimas y las huellas que dejó la violencia. Uno de los escritores de no-ficción más destacados de esta nueva escuela es Alberto Salcedo Ramos; dos

textos suyos son de obligada referencia: *El oro y la oscuridad* y *El pueblo que sobrevivió a una masacre amaneció con gaitas*.

El oro y la oscuridad cuenta la historia del ex campeón de boxeo Kid Pambelé, de cómo consiguió el dinero y la fama, y cómo lo perdió casi todo hasta terminar mendigando en el centro de Bogotá consumido por las drogas y el alcohol. Lo interesante de esta historia es que Salcedo Ramos la construyó entrevistando a quienes fueron cercanos a él en diferentes momentos de su vida, quienes estuvieron en la cima y la caída, pero Pambelé fue el gran ausente. Cuando finalmente lo ubicó y se entrevistó con él, ya había terminado su historia. Él edificó el relato sin el campeón, su testimonio fue añadidura.

El pueblo que sobrevivió a una masacre amaneció con gaitas narra cómo fue la masacre de El Salado, en el departamento de Bolívar, perpetrada por el Bloque Norte de las Autodefensas bajo el mando de Jorge Cuarenta. En este texto, al estilo de Hunter Thompson, Salcedo, y su recorrido por el pueblo, se convierten en el vehículo mediante el cual los testimonios de los sobrevivientes cuentan lo que ahí ocurrió en febrero del 2000. En este caso el cronista se vuelve la voz, o el puño y letra, de los testimonios.

“Mi acompañante cuenta entonces que en este punto en el que estamos ahora, más o menos aquí, en la mitad de la cancha, los paramilitares torturaron a Eduardo Novoa Alvis, la primera de sus víctimas. Le arrancaron las orejas con un cuchillo de carnicería y después le embutieron la cabeza en un costal. Lo apuñalaron en el vientre, le descerrajaron un tiro de fusil en la nuca. Al final, para celebrar su muerte, hicieron sonar los tambores y gaitas que habían sustraído previamente de la Casa de la Cultura.” (Salcedo 2011)

Un trabajo similar a este, que también cuenta la crudeza del conflicto armado en el país, es la crónica *El pueblo más atacado por la guerrilla*, de José Navia. El pueblo es Toribío, en el Cauca, que como la misma crónica narra:

“Desde que llegó la guerrilla a esta zona, hace unos 30 años, llevamos más de 600 hostigamientos y 14 ataques, han acabado cuatro veces con el cuartel de la policía y en unas cuatro tomas el pueblo ha quedado destruido en parte”, explica Vitonás, uno de los protagonistas de la historia. (Navia, tomado de la página web de la revista Soho).

En este trabajo, a diferencia del de Salcedo, se narra la cotidianidad, la “calma” después de la tempestad, y cómo los habitantes se acostumbraron a vivir entre la guerra. Navia explora cómo es vivir en medio del conflicto armado cuando los disparos se confunden con la música en las discotecas, y cómo los enfrentamientos generaron un estado alterado del pueblo hasta que se asimiló como “algo normal”. Con estos dos casos se prueba que este tipo de violencia, la armada, es una en el país aunque los protagonistas sean móviles.

1.9 La nueva ola de libros sobre el conflicto

Emulando el estilo de Gay Talese, Hunter S. Thompson y Thomas Wolfe, en Colombia surgió una ola de grandes reportajes, publicados como libros de no-ficción, que tomaron por tema central el conflicto del país y sus vertientes para narrar temas como el narcotráfico, la guerra contra guerrillas o el secuestro. Mientras que en la literatura aparecieron obras como *Sin tetas no hay paraíso* y *Rosario Tijeras*, que desde la ficción contaban la crudeza de la marginalidad y el narcotráfico en Medellín, en el periodismo aparecieron reportajes que contaban la misma realidad pero desde la voz de sus protagonistas.

Si bien hay varios ejemplos de cómo se ha contado el conflicto, las apuestas han sido muy similares en cuanto a estructura, pues utilizan la ahora “narrativa clásica” que propuso el nuevo periodismo: contar la historia real como si fuera un cuento. A continuación presento cuatro textos que ejemplifican esta forma de contar en el periodismo reciente del país.

El hijo del ajedrecista, coescrito por Antonio Sánchez y Fernando Rodríguez Mondragón, hijo del jefe del cartel de Cali, Gilberto Rodríguez Orejuela. El libro cuenta de primera mano las vivencias de Rodríguez Mondragón junto a su padre, su relación tortuosa casi invivible, y lo que significó crecer dentro del mundo del narcotráfico y el dinero fácil. A partir de las anécdotas de Rodríguez Mondragón, Sánchez recreó el entorno de la ilegalidad, las relaciones con políticos, con la farándula, las fiestas ostentosas y cómo el dinero sucio compró al fútbol de manera descarada. Pero el relato no se centra en estos temas álgidos que ya eran de dominio público, cuenta la relación del padre con su hijo (por mala que fuera) y lo dimensionan en su carácter humano, más profundo y matizado que la del capo del cartel de Cali. Hace pública la intimidad de un hombre de la que poco se había hablado.

Los siguientes dos textos explotan otra vertiente de la violencia. El tema de estudio ya no es el narcotráfico y la vida mafiosa, sino el conflicto armado, el secuestro y el pulso en el que llevan más de medio siglo el gobierno y la guerrilla de las FARC.

Mi fuga hacia la libertad cuenta la historia de Jhon Frank Pinchao, un subteniente de la policía quien había sido secuestrado por las FARC en noviembre de 1998 después de que el grupo guerrillero se tomara el pueblo de Mitú en el Vaupés. Pinchao se escapó el 27 de abril del 2007 tras nueve años de cautiverio y deambuló por la selva durante 12 días hasta que finalmente recobró su libertad. El relato cuenta en primera persona la cotidianidad de un secuestrado, de sus premuras, y cómo un hombre le pone el pecho a una vida en cautiverio.

Una de las liberaciones de secuestrados más importantes que se han dado en el país durante la última década fue la operación Jaque en el 2008, en la que se rescató a Ingrid Betancourt, 11 policías y militares, y los tres contratistas estadounidenses que estaban secuestrados por las FARC. Esta operación pasó a la historia porque no se disparó ni una sola bala, y a partir de este suceso el periodista Juan Carlos Torres construyó su relato con los testimonios de los protagonistas. La crónica novelada fue publicada bajo el nombre de *Operación Jaque: la verdadera historia* (2008). El relato une las diferentes piezas del rompecabezas, que son los testimonios, para poder unir la información y desarrollar la historia.

El último texto por presentar cuenta la historia del máximo líder de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Carlos Castaño Gil, de sus inicios y cómo se convirtió en el estandarte del movimiento paramilitar en el país. En *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos* (2001), el periodista Mario Aranguren armó un perfil del jefe paramilitar reconstruyendo su vida y su causa, paso a paso, usando una estructura con visos de entrevista donde Castaño habla con voz propia. De cierto modo, la voz de Castaño plasmada en sus citas es un diálogo directo con el lector en el que se explica a sí mismo.

1.10 Después del “viejo” nuevo periodismo, a la búsqueda del “nuevo” nuevo periodismo

El nuevo periodismo, como se ha reiterado infinidad de veces, en su momento rompió con los modos y formas de escribir y contar historias. Innovó tanto en temática como en estilo, y ganó a pulso su merecido lugar dentro de la prosa estadounidense y reconocimiento mundial. El problema, como le pasa a todo lo nuevo, es que eventualmente las cosas envejecen y terminan por volverse obsoletas.

El estilo mordaz, transgresor y liberador que en la década de los sesentas rompió los cánones del periodismo tradicional, 50 años después se normalizó, convirtiéndose en la forma “correcta” de hacer las cosas. Las innovaciones pasaron de ser innovaciones a un nuevo manual para escribir, que además estaba comprobado que funcionaba. Al nuevo periodismo le pasó lo que le pasa a la contracultura cuando se convierte en la moda y pierde su razón de ser, en cierto modo, su carácter contestatario y diferente.

Después de los grandes avances que hizo el nuevo periodismo su estilo se prostituyó y por ende la escritura quedó estancada. Ya no se innovaba experimentando con nuevas formas, sino que se copiaban las fórmulas ya existentes a las que el público se había acostumbrado. Ese es el desafío, volver al

principio de los años sesenta y explorar nuevas posibilidades para que en los próximos años el Thomas Wolf contemporáneo haga un mapeo de los elementos comunes que tiene el “nuevo” nuevo periodismo. Que se evidencie una evolución de poco más de 50 años.

El primer paso es perder el miedo a innovar y arriesgarse a la prueba y error porque de lo contrario es imposible salir con cosas nuevas. Salirse de la zona de confort en la estructura, en la temática, y probar y probar sin temores. Asumir desafíos. Sobrepasarlos. Adaptar elementos no solo de la literatura sino de otros lenguajes. Y, sobre todo, no repetir y repetir. Si ya todo se hubiera hecho, dejaríamos de sorprendernos.

1.11 Conclusiones preliminares

A partir del recuento y análisis anterior, de la evolución y los experimentos de este género periodístico, es posible llegar a algunas conclusiones sobre la manera cómo se han contado las historias, tanto en el estilo como las temáticas desarrolladas. Pero las conjeturas no se quedan ahí, son apenas el trampolín desde el cual se busca generar nuevas preguntas para seguir innovando en la literatura de no-ficción: No son un punto final, por el contrario, son un punto de partida. A continuación las presento:

- El periodista debe empaparse de la historia, de la historia como tal y del ambiente que la rodea, porque muchas veces esos detalles, que pueden parecer intrascendentes, cuentan más que los mismos testimonios.
- Las historias deben construirse teniendo como base una estructura narrativa más que informativa. Al lector no se le está relatado una noticia fría y distante, se le está sumergiendo, hasta la incomodidad por momentos, en una historia verídica llena de matices y emociones. Ese es el trasfondo del nuevo periodismo.
- Se debe configurar una cercanía casi fraternal entre los personajes y el lector, porque son ellos los protagonistas de las historias que se intentan contar. Sin esto, el escrito se vuelve un repaso frío de los sucesos visto a la distancia.

- El lenguaje, en toda su dimensión, está al servicio del relato para darle cuerpo. No hay ningún tipo de limitación estilística con tal de que el elemento que se utilice, o la norma que se transgreda, esté al servicio de lo que se está contando.
- El periodista no se puede quedar estancado con fórmulas retóricas (incluso modelos) al momento de contar, debe estar innovando –o por lo menos experimentando– para ir empujando los márgenes. Las historias reclaman su propio lenguaje, su tono e incluso su propia estructura narrativa.
- No hay historias que se adecúen a un género o un estilo que no se puedan tratar de otra manera. El periodista puede, y debe, desarrollar el material en bruto como mejor le parezca sin ningún tipo de atadura o barrera que limiten su creatividad.
- Los temas álgidos, fronterizos, políticamente incorrectos o “fuera de la agenda” fueron el material que le dio vida al nuevo periodismo, pero los “reporteros” no se enfrascaron ahí. También utilizaron casos ya visibles que trataron desde perspectivas diferentes a la tradicional para darle una nueva dimensión a historias que se pensaron ya estaban contadas. Este es el aporte más importante, porque las historias nunca están contadas del todo, siempre tienen otra cara por mostrar si el periodista tiene la perspicacia suficiente para verla.

Capítulo 2. La violencia como el lenguaje común en Colombia: nuestra historia atravesada por el conflicto armado.

En la historia colombiana la violencia ha sido un fenómeno y a la vez una herramienta utilizada ampliamente y bajo diversas formas para ejercer el poder, por supuesto de forma arbitraria. Pero, dicha “práctica”, dicho ejercicio de brutalidad jerárquica, resulta aún más antiguo que los 200 años que tiene la nación. Al parecer, Colombia nació en medio de una génesis perpetua de guerra; un mal que heredó del virreinato de la Nueva Granada. Si bien desde el principio la violencia ha sido un elemento

intrínseco a nuestra historia, no hace falta devolverse tantos años en ella para entender la volátil coyuntura con la que el país recibió el actual siglo XXI.

Sin embargo, el problema es que esta mecánica brutal tiene un carácter cíclico que ha hundido al país en una suerte de espiral del que no ha podido salir desde mediados del siglo XX, cuando rojos y azules empuñaban los fusiles enfrascados en una guerra entre hermanos. En la época de “la violencia” (precisión categórica usada para referirse a la violencia bipartidista de principios del siglo XX) y el Frente Nacional, las confrontaciones bélicas e ideológicas legitimaron y transformaron las estructuras de poder dándole un vuelco al país que marcó así su oscuro futuro. Para reconocer los factores más relevantes en esta investigación, se hace necesario perfilar las diferentes etapas, actores, estructuras, vínculos y atrocidades, que configuran la final emergencia de actores y fenómenos vinculados al narcotráfico. De esta manera, seguiremos el esquema que plantea Marco Palacios, abogado y politólogo colombiano que ha estudiado profundamente el conflicto en este país, en su libro *Violencia pública en Colombia, 1958-2010* (2012).

2.1 Las semillas que sembró la época de “la violencia” y el Frente Nacional: la “revolución frustrada”

En Colombia la violencia es un elemento fundamental para entender el funcionamiento del país, tanto a nivel político como social. Desde “la violencia”, en uno de los puntos más álgidos de confrontación a mediados del siglo XX, el uso de la fuerza se fue desviando, ya que pasó de ser una fuerza transformadora, a un mecanismo de opresión y erradicación perdiendo su carácter progresista. Si se mira todo el conflicto desde una óptica meramente racional, se reconoce a la violencia como una especie de “mal necesario”, una herramienta que como fin debería implicar un proyecto para el progreso, es decir, funciona como un medio para el desarrollo. Esto, claro, enmarcado dentro de un discurso racional y una filosofía coherente (Palacios, 2012). Bajo esta óptica, la violencia se entendería no como un fin sino un medio en un escenario ideal; no obstante, el panorama posterior evidenció que esto era una falacia.

En Colombia la violencia evolucionó de manera divergente porque se enfrascó en una guerra política entre dos bandos –liberales y conservadores– que le dejó un río de sangre al país en vez de progreso. En eso derivó la “fuerza transformadora”.

A principios de los años cincuenta el choque entre los partidos tradicionales, Liberal y Conservador, no estaba mediado por unos lineamientos oficiales, por un proyecto participativo que sumara seguidores y cohesionara a las colectividades. Los liberales se enfrentaban con los conservadores porque sí, porque no, por chulavitas, por cachiporros, por rencillas y odios que terminaron escudadas en los colores. Una cosa era el liberalismo oficial, el partido político, y otra los liberales de a pie; que eran liberales –por convicción o tradición– que no estaban ligados al proyecto y la “filosofía”. Lo mismo sucedía con el partido Conservador, por lo que la violencia se aplicaba de diferentes maneras en los estamentos de la sociedad.

La violencia política no se reducía a un debate de discriminación y exclusión en el Congreso de la República, era una guerra a sangre y fuego en las regiones que todos los días dejaba dolientes nuevos. En la periferia no se gestaban debates ni se exponían ponencias, había un movimiento de exterminio por medio de la fuerza. La violencia política fue, literalmente como lo señala el dicho popular, de “armas tomar”.

En la guerra entre colores la violencia se convirtió en una forma de interacción que no contaba con garantías. Ni el partido Conservador, como centro ideológico, tenía un liderazgo real sobre sus seguidores, y lo mismo su contraparte. Es por esto que el historiador, Marco Palacios, llama a esta época “la revolución frustrada”. A diferencia de la revolución mexicana (1910) o la costarricense (1948), el levantamiento liberal perdió su norte y se redujo a un enfrentamiento caótico sin pies ni cabeza (Palacios, 2012).

El Estado y las cúpulas de los partidos fallaron como entidades reguladoras y como guías, no lograron cohesionar a sus seguidores bajo un discurso y dejaron al pueblo inmerso en un enfrentamiento ciego y sordo, sin orden o dirección. Esta forma de conflicto marcó el funcionamiento moderno de la violencia en el país desde mediados del siglo XX hasta el presente.

2.2 La ausencia del Estado y el nacimiento de los padres de las guerrillas y el paramilitarismo: los Pájaros y las guerrillas liberales

Gracias a la ausencia de liderazgo dentro de los partidos, de un liderazgo que se sintiera en el campo y no solo en las salas de las casas adineradas, aparecieron grupos al margen del Estado de forma ilegal, pero a la vez legitimada por sectores y actores del poder. Por el lado liberal aparecieron las guerrillas,

denominadas la “chusma” o los “muchachos”, que luchaban por defender al campesinado liberal de los abusos conservadores que el gobierno –conservador también– pasaba por alto.

Por el lado conservador apareció lo que el escritor Alonso Sánchez Baute denominaría como “las fuerzas del bien” (Sánchez, 2008). Esos *apéndices oscuros* que tiene el estado y divagan entre la legalidad e ilegalidad, y hacen el trabajo sucio. Esa fuerza eran los Pájaros (la policía conservadora). Ambos grupos ejercían un poder real dentro de la sociedad que al Estado se le salió de las manos.

En este periodo aparecen las raíces de los diferentes actores del conflicto (como hemos visto resulta evidente, nacen de la ausencia del Estado y de una presumible y controversial necesidad de autodefensa y reivindicación). Este tipo de agrupaciones serán una constante a partir de este momento donde el pueblo, afiliado o no a una tendencia política, toma en sus propias manos su defensa, su justicia, el poder, y especialmente la violencia como herramienta política, económica y social. Es importante subrayar que aunque los grupos no han sido los mismos a lo largo del tiempo, pues se han reinventado, evolucionado y desaparecido, sí tienen elementos en común pues la desprotección, la vulnerabilidad y la desigualdad, permanecen estampadas dentro de la memoria colectiva del país.

De acuerdo a Palacios, se puede decir que bien entrado el siglo XX al país lo moldearon tres elementos:

Primero: El Estado no articulaba ni cohesionaba el territorio, lo que implicaba la falta de autoridad en la periferia del país. Al no haber una autoridad legal quedaban vacíos que eran llenados por terceros de manera “legítima”.

Segundo: En principio, los grupos al margen de la ley no contaban con un capital ni mucho menos con liquidez económica, por lo que debieron encontrar la manera de financiar sus operaciones. Esto se solucionó principalmente con la colaboración de los adeptos, a quienes brindaban la seguridad que el Estado carecía, además de compartir una visión común. Los liberales defendían a los liberales de los conservadores, y los conservadores atacaban a los liberales. (Es importante recalcar que en este punto el terror y el miedo fueron los principales contribuyentes. Más adelante el narcotráfico y las diferentes formas de extorción remodelarían el conflicto y la forma de aplicar la violencia acorde con las nuevas formas de financiamiento).

Tercero: La aparición de movimientos de resistencia civil marcó una alternativa. No todos los ciudadanos estaban, o querían estar, en medio del conflicto por lo que se desvincularon del mismo. Se

convirtieron en un actor pasivo que no apoyaba ningún bando. Esta resistencia se soportaba en una dinámica de no violencia.

Fue dentro de este modelo de conflicto que el país se desarrolló en el limbo entre la legalidad e ilegalidad, donde la fuerza/violencia se convirtió en un elemento cultural como herramienta de transformación. La violencia se institucionalizó como un elemento de cambio aunque no tuviera un norte claro o una dirección concreta. Aquí se rompe la unión entre legalidad y legitimidad, ya que los actores no son únicamente los oficiales (ausencia estatal) y los legales no son necesariamente legítimos, o los legítimos legales.

2.3 El conflicto a través del tiempo en Colombia: nada se pierde, todo se transforma

Como se ha dicho, el conflicto armado en Colombia no se puede entender como un fenómeno estático, por el contrario, es un proceso ágil en constante transformación. Al hablar del periodo de “la violencia” no quiere decir que antes de este no existiera un conflicto en Colombia. El caso inmediatamente anterior fue la guerra de los mil días entre 1899 y 1903, y anterior a este las guerras bipartidistas del siglo XIX, que fueron antecedentes importantes para dicho periodo. Inclusive, en los periodos “muertos” entre los grandes sucesos también había una violencia latente y sonante. Aquí se toma a la época de “la violencia” como un punto de partida para entender el conflicto actual.

Marco Palacios propone, para poder segmentarlo y abordarlo con mayor facilidad, una categorización del conflicto según los actores que participaron en el espacio-tiempo y sus transformaciones. A continuación se presenta al conflicto siguiendo su esquema en cuatro momentos.

2.3.1 Los llanos orientales: 1949 – 1953

La primera ola de la violencia ocurrió entre 1949 y 1953 en los llanos orientales. Durante este periodo funcionaron de manera articulada las guerrillas liberales, por un lado, y comunistas, por el otro. Estos grupos promulgaban la autodefensa por los hostigamientos conservadores de los que eran víctimas, oficiales e ilegales, durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez (1946 – 1950), Laureano Gómez (1950 – 1951) y Roberto Urdaneta (1951 – 1953), todos conservadores. A la cabeza de estas guerrillas aparecieron líderes campesinos como Guadalupe Salcedo y Berardo Giraldo, que se desvincularon del

partido Liberal dirigido por Alfonso López Pumarejo porque no existía ni una visión ni interés común, y los llanos era tierra de nadie. Durante este periodo las guerrillas hicieron las veces de Estado en la región, eran la ley y el orden.

El periodo de las guerrillas (liberales) en los llanos concluyó con la primera desmovilización en 1953, cuando el general Gustavo Rojas Pinilla asumió el poder. Esta tregua suponía que el gobierno, que ya no era conservador, ofrecería las garantías necesarias para la desmovilización, protección y reintegración de los guerrilleros liberales que los gobiernos anteriores no podían. Este periodo de paz duró apenas un año y los antiguos guerrilleros fueron perseguidos y exterminados por “las fuerzas del bien”.

2.3.2 La violencia: 1954 – 1958

La segunda ola de “la violencia” se dio entre 1954 y 1958 con el recrudecimiento de los enfrentamientos entre liberales y conservadores en la periferia del país. La primera tregua no resistió la presión, pues la cultura violenta y el odio bipartidista catalizó los enfrentamientos una vez más. En este caso ya no eran guerrillas liberales organizadas que se enfrentaban a una estructura gubernamental conservadora, eran bandas que se enfrentaban entre sí mientras ninguno ocupaba en el poder. En este periodo apareció lo que se conoce como el bandolerismo y el pillaje, se recrudeció la persecución y asesinato selectivo a miembros de ambos partidos, pero principalmente liberales por parte de bandas conservadoras como los Pájaros.

Esta segunda ola de violencia terminó con la institución del Frente Nacional (1958-1972). Entre 1958 y 1962 se desmantelaron las bandas partidistas al margen de la ley y se trabajó por una integración bipartidista alternando el poder lo que redujo hasta cierto punto los niveles de criminalidad. Esto no quiere decir que la violencia, traducida en conflicto, se erradicara; por el contrario, se transformó y cambió de actores.

2.3.3 Las guerrillas de Izquierda: 1962 – 1985

Desde 1962 hasta 1985 se dio una nueva guerra de guerrillas en los márgenes del país, pero con un trasfondo diferente a las anteriores. Estas guerrillas no estaban afiliadas a partidos políticos (aunque las

antiguas guerrillas liberales eran un referente), y se inscribían en una ideología de izquierda en defensa del campesinado desvalido que ningún sector tradicional defendía.

El conflicto pasó de ser un enfrentamiento entre ramas de los dos partidos, afiliadas o no, al choque entre un sector campesino pobre y un Estado ausente e ineficiente donde se concentraba la riqueza. El tinte político del conflicto se transformó radicalmente y adquirió un tono social e igualitario. Dentro de esta nueva dinámica se quería reivindicar al campesinado pobre y descuidado por medio de las armas, y la violencia apareció como un mecanismo de transformación. En este periodo los grupos guerrilleros más importantes que entraron en escena fueron: MOEC, FARC, FUAR, ELN, EPL y el M-19.

Durante este mismo periodo, como contraparte a la ofensiva guerrillera y la incapacidad del Estado, empezaron a aparecer ejércitos privados de autodefensa patrocinados por hacendados y terratenientes (y narcotraficantes). Estos grupos en sus inicios estaban cobijados por la ley, por lo cual además de ser legítimos eran legales. Los grupos de autodefensas entraron a ser un tercer actor, además de las guerrillas y las fuerzas armadas, con las que inclusive trabajaron en llave.

2.3.4 La guerra sucia de baja intensidad: 1985 en adelante

Finalmente, este tipo de violencia se fue transformando en la denominada “guerra sucia de baja intensidad”, dinámica predominante desde 1985 hasta el presente. En este periodo se terminaron de consolidar los grupos de autodefensas y pasaron a ser bloques paramilitares con estructura militar al margen de la ley, declarados ilegales desde 1989. Las guerrillas siguieron operando y el narcotráfico llegó a su punto más alto, lo que complejizó el conflicto y le sumó a los grandes carteles y capos como actores violentos. Esta dinámica estuvo enmarcada por la crisis electoral de los partidos políticos tradicionales, la penetración del paramilitarismo y el narcotráfico en la política, la lucha contra las drogas y la constitución de 1991.

Durante esta época el conflicto se complejizó y tergiversó porque las reglas de juego cambiaron, pues desde 1980 Colombia dejó de ser un país de tránsito de drogas y se convirtió en productor de primer nivel. Esta situación catalizó el crecimiento y desarrollo de los grupos insurgentes por la nueva bonanza cocalera.

Este cambio fue posible gracias a las características sociopolíticas propias del país. Por un lado se dio una migración para colonizar nuevos territorios donde la ley era laxa, por no decir inexistente. En estas

regiones los grupos ilegales podían asumir el papel de “la ley” fácilmente por medio de la fuerza y las armas. También tuvo un auge el contrabando (que siempre ha existido), gracias al cual era posible mover mercancía y dinero sin intervención del Estado. El clientelismo fue otro factor fundamental, pues les vendó los ojos a los organismos de control. Finalmente, la centralización de la tierra en latifundios facilitó la producción y el tránsito de la droga.

2.4 Colombia es tres países en uno: Las ciudades, los cultivos ilícitos y lo demás

Marco Palacios explica que la Colombia de 1980 estaba dividida en tres países diferentes: “las islas legítimas”, que eran las grandes ciudades y centros urbanos, donde los carteles asumieron el poder por debajo de cuerda. Las nuevas zonas de colonización, donde los grupos ilegales, guerrilleros o paramilitares, tomaron el control por medio de las armas, especialmente si eran zonas cocaleras. Y el resto del país, que eran los lugares intermedios (como la ruralidad del Caribe, de la zona cafetera y la caucana) que servían como campo de batalla entre los diferentes actores.

En 1980 ya no existían cánones claros o índices, como ocurría en los conflictos bipartidistas, ya que las mismas guerrillas revolucionarias de izquierda se enfrentaron entre sí, y crearon estructuras agrícolas de producción cocalera (siendo el narcotráfico el más capitalista de los negocios) que distaban de los ideales de revolución e igualdad. Un ejemplo de esto fue el enfrentamiento entre las FARC y el EPL por el control del Urabá antioqueño.

De esta forma se delimitaba la geografía colombiana a partir de las diferentes zonas de influencia guerrilleras (de cada una de ellas), de paramilitares, de cultivos ilícitos, de concentración de tierra en latifundios, de tierra de nadie y zonas de expansión, y finalmente de rutas de tráfico y contrabando. Esto, sin contar las zonas de influencia de los grandes carteles. Fue así que este mapa se tejió dentro de la ilegalidad, los vacíos y las alianzas por debajo de la mesa entre los diferentes actores. La violencia como herramienta se volcó sobre la producción y movilización de la cocaína, como diría Carlos Lehder: “la bomba atómica de Latinoamérica”.

Con este mapa de fondo se deslegitimó el poder centralista, el poder absoluto del Estado y se reivindicó otro tipo de poder que partía del regionalismo y reclamó su legitimidad fuera del status quo. Aquí aparecieron grandes caudillos, clientelistas, que poseían una autoridad real, no como el supuesto del Estado, dentro de sus regiones. Aparecieron los Manuel Marulanda, Jacobo Arenas, Pablo Escobar, los

hermanos Rodríguez Orejuela y Carlos, Fidel y Vicente Castaño; además de todos los alias que plagaron al país.

Este poder lo dictaban las armas, que eran mucho más contundentes que las políticas públicas inaplicables de un gobierno que no existía en las regiones. La fragmentación del poder fue evidente en 1985 cuando el M-19 se tomó el palacio de justicia y puso en jaque la legitimidad de gobierno. Como respuesta a esta situación ahora visible, se democratizó la elección de alcaldes y gobernadores, donde se trató de unificar al país desarticulado y finalmente se concretó (en teoría) con la constitución de 1991.

2.5 Lo que pasó en la década de 1960: La revolución cubana presentó una alternativa

El panorama de la década de 1960 fue de cambios y transformaciones, en los que no solo el país, sino el mundo, se encontraba inmerso. Fue una década de por sí revolucionaria en sus entrañas, que se expresó de diferente manera a lo largo del globo, acomodándose a la realidad particular de cada región. En este periodo se gestó un cambio en los paradigmas y formas de entender el mundo: el surgimiento de la píldora anticonceptiva, la revolución sexual, la guerra de Vietnam y su transmisión televisada en tiempo real, mayo del sesenta y ocho, y las revoluciones estudiantiles en América y Europa... todos estos elementos pusieron en perspectiva la forma en la que se concebía el mundo, y Colombia no quedó exenta de este cuestionamiento.

Por su parte, el país se sumergía en el experimento del Frente Nacional donde finalmente se intentaba limar las asperezas históricas entre los partidos hegemónicos. Pero, sectores como el gaitanismo y la izquierda liberal radical se oponían a la forma como se repartía el poder. En este periodo Rojas Pinilla regresó al país para ser juzgado por el Congreso, pero se convirtió en el opositor (legal) más fuerte del Frente Nacional encabezando la ANAPO, y presuntamente fue el legítimo vencedor en las elecciones presidenciales de 1970.

El referente internacional más importante fue el choque entre el capitalismo y el comunismo –oriente y occidente– que se materializó en la guerra fría y dividió al mundo. En esta década el debate sobre los modelos político-económicos de gobierno estaba a la orden del día, y en América Latina se materializó con el éxito de la revolución Castrense en Cuba.

El éxito de dicha revolución significó el triunfo del socialismo en el continente por medio de las armas, por medio de una guerrilla, por medio de la revolución. Cuando se instauró el nuevo sistema, el

gobierno expropió a las empresas estadounidenses de la isla en una guerra antiimperialista que le hizo frente al poder hegemónico de los Estados Unidos en la región. También hicieron una reforma agraria que redistribuyó la tierra, instauraron un modelo socialista de gobierno y probaron que las revoluciones de izquierda eran posibles. Este referente fue supremamente importante para el surgimiento de las guerrillas colombianas porque demostró que sí era posible cambiar de raíz el *statu quo* del poder. Demostró que existían otras alternativas.

Cuba se convirtió en un hito y referente obligado porque a diferencia de otros movimientos anteriores (la revolución mexicana o el mismo caso de las guerrillas liberales), fue exitosa.

En el contexto latinoamericano las doctrinas marxistas-leninistas, que hasta el momento habían estado relegadas a un segundo plano, se reinventaron siguiendo el modelo Castrense de manera que se revitalizó al pensamiento de izquierda. Hasta ese entonces, por lo menos en el caso colombiano, la ideología comunista se había relegado al Partido Comunista Colombiano (PCC), que se enfrascaba en debates filosóficos cada vez más abstractos. Como referencia ideológica el PCC tenía visibilidad por las ideas que representaba, pero en la práctica política, en su influencia real y poder de acción, era prácticamente inexistente. El comunismo se restringía a un círculo intelectual.

Con el nuevo aire Castrense el adoctrinamiento del comunismo se rompió y fue llevado al campo. La idea de que el campesino debía ser su propio patrón se empezó a difundir y así se trasladó la ideología de un contexto urbano a uno rural. La idea caló porque el mapa rural estaba compuesto principalmente por grandes latifundios y las tierras se concentraban bajo unos pocos apellidos. Esta situación generaba que quien trabajaba la tierra no era su dueño, y mucho menos recibía las ganancias reales de la producción. Esta dinámica produjo un malestar generalizado por su carácter inequitativo.

No es un secreto que en Colombia la violencia y el conflicto han estado ligados de manera entrañable a la tierra y su distribución, porque la tierra siempre ha sido uno de los puntos sobre la mesa. En este contexto no era difícil que calara una ideología con la promesa de disolver esas brechas entre rico y pobres, entre hacendados y peones, que les prometía tierra propia a quienes no tenían para que la pudieran trabajar. En la ruralidad del país el fantasma del comunismo empezó a aparecer con la careta de Robin Hood para quitarle al más rico y darle al más pobre.

Este fantasma, que cada vez se solidificaba más, aparecía en todo el continente después de que Cuba lo importara al hemisferio. Situación que le resultó tremendamente incómoda a los Estados Unidos, que ahora tenía al enemigo en la costa de la Florida. Por eso era imperativo detener el avance comunista en

el continente con medidas contrainsurgentes que salvaguardaran los intereses de los Estados Unidos y el capitalismo como modelo continental: eso fue lo que se conoció como la *Alianza para el progreso*.

El objetivo de esta política era promover el desarrollo en América Latina por medio del capitalismo y desmotivar a los posibles focos de movimientos izquierdistas: el campesinado y los estudiantes universitarios, principalmente de universidades públicas. Para lograrlo, la *Alianza para el progreso* buscaba incluir a estos dos estamentos de la sociedad dentro del modelo capitalista y hacerlos partícipes del mismo, pues la inclusión era el mejor remedio contra el comunismo.

Aunque se hizo un gran esfuerzo en mejorar el sistema educativo universitario no fue suficiente. El dinero entrante, que provenía de los Estados Unidos y gestionaba el gobierno del Frente Nacional, se invirtió en el bienestar de los estudiantes lo que funcionaba como incentivo. Esto se vio reflejado en la construcción de residencias, modernización de instalaciones, la profesionalización de los profesores y por ende un mejor nivel educativo, espacios de recreación, e inversión y desarrollo de las humanidades y carreras agrícolas. Pero el esfuerzo no bastó porque el estudiantado colombiano era un grupo político activo y culto, que nunca dejó de preocuparse por la situación del país a pesar de los estímulos que recibió de parte del gobierno para hacerlo.

El surgimiento de las guerrillas como tal partió del campesinado y el fracaso de las políticas de la *Alianza para el progreso* en la ruralidad del país. Para solucionar el problema de la tierra y su concentración, el gobierno planeó una reforma agraria que redistribuyera las propiedades de una manera más ecuánime, pero dicha reforma nunca se llevó a cabo. El proyecto fue truncado innumerables veces por los terratenientes, que eran los mismos políticos, a quienes no les convenía la medida y supieron detenerla.

Las políticas del gobierno no supieron aplacar los focos revolucionarios, y por eso en esta década nacieron los grupos guerrilleros como respuesta popular ante la ineficacia del gobierno. Los primeros pasos de las guerrillas estuvieron fundados en la inequidad, el abandono y las promesas incumplidas.

(La pugna entre la guerrilla y los grandes hacendados por el control de la tierra, que viene desde esta época, debela el conflicto fundamental entre dos poderes que eventualmente desembocaría en el fenómeno de autodefensa y posteriormente paramilitarismo).

2.6 El nacimiento de las guerrillas de Izquierda: una nueva lectura del país

Es importante enfatizar que el surgimiento de los movimientos guerrilleros no fue homogéneo, pues cada caso parte de un contexto espacio-temporal particular y, aunque eran de izquierda, tenían lineamientos filosóficos diferentes. Sin embargo, el referente cubano y la transformación de un comunismo dogmático a uno de acción fueron elementos fundamentales y comunes para los grupos, en un país supremamente desigual.

El Ejército de Liberación Nacional (ELN) nació del apoyo cubano a la izquierda del continente en un proceso de unificación y camaradería por la revolución. La Brigada pro-Liberación Nacional José Antonio Galán, el primer momento del ELN, se creó en la Habana en 1962 tras una reunión entre representantes de grupos estudiantiles y miembros de la izquierda comunista, en los que participaron Fabio Vélez Castaño y el Ernesto el “Che” Guevara, junto a otros miembros de proyectos revolucionarios del continente. El ELN se consolidó como un grupo político-armado con una estructura militar que llevó a ideólogos y combatientes “al monte”. Esto ocurrió porque desde el campo era donde se debía actuar y pensar la revolución, aunque sus orígenes fueran de carácter estudiantil y urbano. El ELN quería hacerle una reivindicación al campesinado y era en el campo donde estaba la injusticia.

A diferencia de los líderes del ELN y otras guerrillas, los primeros comandantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) fueron parte de los movimientos de autodefensas campesinas y guerrilleras que operaron en el sur del Tolima entre 1949 y 1953, que no se desmovilizaron (Las dinámicas de violencia como herramienta de cambio, lejos de erradicarse, se reciclan).

En la década de 1960, los antiguos grupos comunistas que lucharon junto a las guerrillas liberales se asentaron en lo que se denominó como las “repúblicas independientes”, donde se desarrollaba un experimento social bajo las doctrinas comunistas que no reconocían al gobierno central. Las dos repúblicas más representativas fueron el Pato y Marquetalia, convertidas más adelante en un hito entre las FARC y su mito fundacional.

En 1964 el gobierno de Guillermo León Valencia –comprometido con la “pacificación” del país– llevó a cabo la operación Soberanía, también conocida como Marquetalia, concebida con el fin de dismantlar a las repúblicas independientes. Con esta operación el gobierno logró retomar el control el sur del Tolima, donde se encontraban las autodefensas campesinas, pero los líderes comunistas, entre ellos alias Manuel Marulanda y Jacobo Arenas, lograron escapar. Ese mismo año los reductos comunistas se organizaron en el denominado “Bloque Sur”, reubicándose en la Orinoquía colombiana y

en 1966 adoptarían el nombre de Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia bajo el comando de Manuel Marulanda.

En 1965, el Partido Comunista de China (PCCh) entró a apoyar a un sector disidente del PCC; como consecuencia, ese mismo año se fundó el Partido Comunista de Colombia Marxista Leninista (PC de C-ML). Guiados desde 1965 hasta 1970 por la doctrina de Lin Piao (ideólogo socialista y segundo al mando del PCCh en 1966), sostenían que la única forma de que un movimiento socialista llegara al poder era por medio de una revolución armada popular sostenida, como sucedió en el caso chino. Creían que la lucha era la única manera legítima para conseguir el poder.

Dos años después de la fundación del PC de C-ML surgió el Ejército Popular de Liberación (EPL) en 1967, siguiendo la visión de Lin Piao y del nuevo Partido. Este grupo se asentó en el Urabá antioqueño y el bajo Cauca, el Magdalena medio, Córdoba y Sucre. El EPL fue un intento de transformación social para pasar de un sistema capitalista y democrático a uno socialista, pero se desmovilizó oficialmente en 1991 durante el gobierno de Cesar Gaviria. El EPL dejó las armas después de las negociaciones de paz con el gobierno de Belisario Betancourt para entrar a formar parte de la vida política del país dentro de la legalidad.

Estos tres grupos guerrilleros no fueron los únicos que tomaron las armas en la segunda mitad del siglo XX, pues existieron otras experiencias como el Movimiento Armado Quintín Lame, que abogaba por la defensa de los indígenas del Cauca, o el Movimiento 19 de abril (M-19), la principal guerrilla urbana en Colombia que nació del fraude electoral en 1970. Lo que sucede, es que los tres grupos fueron los primeros referentes y tal vez los más importantes. En especial las FARC y el ELN, pues continúan en la clandestinidad y jugaron un papel clave en el surgimiento del paramilitarismo en la década de 1990.

2.7 El narcotráfico como agente de violencia

Colombia, a lo largo de su historia, ha sido un exportador de materia prima para los países desarrollados. Desde la época colonial exportó oro y piedras preciosas, explotó el níquel, el carbón, el petróleo, la plata. Otras de sus exportaciones han sido el tabaco y el banano, y claro, el café que era el producto estrella que impulsó la industrialización del país a mediados del siglo XX.

En la década de 1970, tal dinámica se mantuvo aunque esta vez en la ilegalidad con nuevos productos que tenían una amplia demanda en mercados internacionales, especialmente en los Estados Unidos. Primero fue la exportación de marihuana, sin procesar y prensada, y después la pasta de coca, la

cocaína y la heroína, que por su relación peso valor eran un producto supremamente lucrativo y propicio para el contrabando. La llegada del narcotráfico implicó nuevas formas y actores dentro del conflicto enmarcado en el capitalismo salvaje, todos querían hacer dinero fácil y rápido. Para 1986, Colombia se había convertido en el mayor exportador de cocaína en el mundo, por encima de otras regiones cocaleras andinas.

Desde la década de 1970 aparecieron nuevos actores en el conflicto por el boom del narcotráfico, lo que lo complejizó aún más ya que ahora habían más facciones enfrentándose, no era únicamente el gobierno central contra las guerrillas de izquierda. En este panorama aparecieron los llamados carteles, la guerra entre ellos, contra otros grupos insurgentes y abiertamente contra el gobierno y la sociedad. En este periodo, especialmente en la década de 1980 cuando se agudizó el fenómeno, fue que se propagó en Colombia la denominada “guerra sucia”.

A diferencia de las guerrillas izquierdistas de la década anterior, los carteles del narcotráfico no estaban organizados de manera militar, con un ejército fijo que se podía combatir. Aunque las guerrillas –con sus matices– tampoco eran ejércitos regulares del todo, estas sí se podían combatir de ejército a ejército por su estructura militar, además, estaban identificadas y tenían una cierta territorialidad (por ejemplo, las repúblicas independientes de donde surgieron las FARC). Por su parte, los carteles eran organizaciones a la sombra que no tenían rostro ni cuerpo con el cual las fuerzas armadas pudieran enfrentarse.

Con el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla en 1984, entonces ministro de Justicia del gobierno de Belisario Betancourt, se inauguró esta nueva forma de enfrentamiento. Pablo Escobar no necesitó de un ejército para enfrentarse al gobierno, con un par de sicarios a sueldo hirió quirúrgicamente al sistema gubernamental eliminando al hombre que lo perseguía. Esta guerra sucia se caracterizó por las dinámicas de la intimidación, la opresión y el terror donde la población civil se convirtió en el campo de batalla.

Los carteles del narcotráfico que fueron más representativos dentro de este conflicto fueron el cartel de Cali y el cartel de Medellín (posteriormente enfrentados como la oficina de Envigado y los Pepes, Perseguidos por Pablo Escobar). Estas empresas, porque se concebían como unas empresas, funcionaban a partir de cultivos de hoja de coca que compraban a terceros, los campesinos cultivadores, o cultivada directamente por grandes terratenientes. Los campesinos se convirtieron en el

primer eslabón porque era mucho más rentable cultivar hoja de coca que cualquier otro producto agrícola, y los terratenientes del narcotráfico edificaron su propia cadena de producción.

Al ser empresas enfrentadas durante la guerra sucia, los narcotraficantes financiaron ejércitos privados para la preservación de sus intereses; es decir, la cadena de producción y comercialización de la droga. Esos ejércitos privados de corte paramilitar eran quienes se enfrentaban entre sí, con la competencia, con las guerrillas y el ejército por el control de la tierra. El que controlaba los corredores de tránsito para la exportación, el área de cultivo y el proceso productivo, era quien tenía el poder. El carro bomba del Centro 93, la explosión del avión de Avianca en el que se supone viajaba César Gaviria, o la bomba del DAS dirigida al general Maza Márquez, son algunas de las acciones que estas nuevas estructuras “narcoterroristas” lanzaron contra el gobierno en la pugna por la supremacía.

Por su parte, las guerrillas de izquierda que carecían de recursos y se encontraban replegadas en el monte selvático, vieron en este lucrativo negocio una forma de financiamiento para expandir su operación. Resulta paradójico que las guerrillas socialistas y comunistas impulsaran su crecimiento con un negocio capitalista salvaje.

Entre las guerrillas y los carteles existieron fuertes nexos y enfrentamientos, treguas y choques, en lo que Marco Palacios llama los “niveles de violencia aceptados”. La violencia desmedida disminuye la productividad por la inestabilidad que dejan los enfrentamientos, por lo que los diferentes grupos debieron pactar treguas que redujeran los niveles de violencia a un estándar aceptable. Dichas treguas se rompían cuando entraban actores nuevos o quedaban zonas grises abiertas a discusión.

Estos elementos del narcotráfico, en términos de capital económico y por ende poder militar, marcaron el nacimiento de grupos paramilitares al servicio de los capos. El ejercicio de la violencia fue la carta del narcotráfico para defender sus intereses por medio del terror.

Es importante recalcar la transformación cultural que el país sufrió durante esta década, pues la bonanza del narcotráfico redefinió la mentalidad de la sociedad colombiana. A diferencia de las guerrillas, que mantuvieron un perfil bajo en la ruralidad, los narcotraficantes instauraron un estilo de vida de excesos y derroche que penetró profundamente en la sociedad. Mientras las guerrillas hibernaban en la periferia del país volviéndose obsoletas para la juventud, eran los capos quienes transformaban la realidad nacional con su estilo de vida estafalario. Dentro de su puesta en escena demostraron a la juventud que sí era posible hacer un cambio, poner a temblar al poder; poseer a las mujeres, los carros, las fincas... y todo de la noche a la mañana. Sembraron la idea de que la revolución

no la hacían las izquierdas sino las billeteras llenas de dólares. Esta herencia del narcotráfico es el legado que todavía sigue vivo en nuestro país: el afán por el dinero rápido sin importar las consecuencias.

2.8 El surgimiento del paramilitarismo: ¿fue peor el remedio que la enfermedad?

El paramilitarismo nació en Colombia amparado por el dinero del narcotráfico, el latifundismo y concentración de tierras, el clientelismo y las alianzas entre lo privado y lo público, y fue una manifestación contrainsurgente que le hizo frente a la guerrilla. Claro está que este entramado se enmarcaba en la ausencia u omisión del Estado en gran parte del territorio nacional. Pero a pesar de sus raíces, dudosas en muchos casos, los grupos paramilitares estuvieron cobijados dentro de la ley hasta 1989 cuando se volvieron ilegales. En un principio, como grupos contrainsurgentes, caminaron de la mano con el gobierno, como en su momento afirmó Manuel Marulanda: “son los hijos legítimos del Estado”.

Los primeros antecedentes del paramilitarismo, como muchos otros elementos del conflicto contemporáneo en Colombia, vienen de la época de “la violencia”. Los primeros movimientos que aparecieron dentro del modelo de lo que hoy se entendido como “paramilitarismo” fueron grupos conservador civiles que se enfrentaban a las guerrillas de izquierda, o incluso, el poder oficial. Dentro de estos grupos de “contra chusma” vale destacar a Los Pájaros, que fue probablemente el más prolífico de esta época.

Estos grupos armados consistían en movimientos rurales locales, en el que un sector del campesinado conservador se armaba para combatir a las guerrillas liberales y grupos comunistas. Este tipo de agrupaciones, lejos de ser catalogadas como criminales, se reglamentaron y legalizaron en 1965. El fenómeno empezó entonces como un movimiento contrainsurgente del conservatismo contra el liberalismo ilegal y grupos disidentes.

Más adelante, si se quiere hablar de las autodefensas modernas, a principios de 1980 Ramón Isaza bautizó con su propio nombre, en la vereda de San Luis, Antioquia, un primer movimiento de autodefensas. Este grupo reencauchó el modelo de lucha a sangre y fuego contra la guerrilla, y la protección a los hacendados y sus propiedades por la que cobraban una contribución. Ramón Isaza le

abriría el camino al paramilitarismo en el Magdalena medio y posteriormente se transformaría en las Autodefensas de Puerto Boyacá, cuando se aliara con Henry Pérez.

A finales de este mismo año Hernán Giraldo introdujo el fenómeno al Magdalena cuando fundó su propio ejército llamado “Los Chamizos”. Más adelante, Giraldo comandaría el Bloque Resistencia Tayrona que controlaría la sierra nevada de Santa Marta, el Magdalena y el sur de La Guajira.

Meses antes, en febrero de 1980, la guerrilla de las FARC asesinó al ganadero oriundo de Amalfi, Antioquia, Jesús Antonio Castaño, quien llevaba 8 meses secuestrado. Castaño era el padre de Vicente, Fidel y Carlos, los hermanos que se embarcarían en una cruzada contra la guerrilla que derivaría años después en la creación de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Desde esta época empezaron a aparecer de manera independiente y desarticulada los ejércitos privados en el resto del país: en los Montes de María, en los llanos, en la costa caribe, en el Valle del Cauca y la región andina. Ejércitos movidos por el cansancio, la impotencia, la venganza y, como gran contribuyente, el dinero del narcotráfico.

En 1981 Pablo Escobar creó el MAS (Muerte a Secuestradores), organización que rescató a la hermana de los hermanos Ochoa del Cartel de Medellín, Martha Nieves, quien había sido secuestrada por el M-19. Este fue el primer grupo de autodefensas que estuvo directamente relacionado con los carteles de la droga y el narcotráfico, pero no fue el único. De ahí en adelante la llave entre narcotráfico y autodefensas atravesó a los ejércitos privados que combatían a la guerrilla.

2.8.1 El paramilitarismo de los años noventa y la creación de las AUC

En 1997, surgieron las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que articulaba en una sola organización a los diferentes grupos paramilitares diseminados por todo el país. Con la publicación de su manifiesto “Autodefensas Unidas de Colombia (AUC): Naturaleza Político-Militar de Movimiento” las AUC se presentaron como una alternativa de cambio frente a la ausencia del Estado en el territorio. El grupo se definió como una entidad civil en armas que desconocía al Estado y su “supuesta” autoridad, que en la práctica reemplazaban sus zonas de influencia.

Con esta nueva organización a la cabeza de Carlos y Vicente Castaño y Salvatore Mancuso, que comandaban las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), el proyecto buscaba unificar los aparatos paramilitares de Córdoba-Urabá, el Magdalena medio y el Meta. La nueva organización

transformó el fenómeno del paramilitarismo, pues dejó de ser una serie de expresiones aisladas e independientes, y se organizó en un solo aparato. Para Marco Palacios las directrices que asumieron las AUC fueron:

Primero: Atacar directamente a los grupos guerrilleros y sus zonas de influencia, tanto a la estructura armada como tal, como a simpatizantes y colaboradores. Esta estrategia se ejercía por medio del horror y la intimidación utilizando como herramientas las masacres, los asesinatos selectivos, las amenazas, la extorsión y el desplazamiento. De esta manera se luchaba por el control territorial hegemónico por parte de la guerrilla (Cómo se ha venido discutiendo a lo largo del ensayo, era un enfrentamiento por la tierra). De esta manera los comandos paramilitares hacían posesión de la tierra abandonada y ejercían su control por medio de la fuerza.

Segundo: Como manera preventiva asesinaban en las cabeceras municipales a quienes podrían ser en potencia aliados de la guerrilla. De esta manera se desmantelaban las cadenas logísticas para el funcionamiento de los grupos insurgentes. Ante cualquier sospecha de las AUC la política era clara: no tomar riesgos de ninguna clase. Por eso, la guerra que libraron contra la guerrilla era incluso contra supuestos colaboradores aunque su vinculación no estuviera confirmada.

Tercero: Integrar de manera total las estructuras paramilitares regionales bajo un comando central. Para las AUC era superlativo ser el único ente de poder, bien fuese por adhesión o por erradicación. Esta pretensión buscaba crear una estructura centralizada como las que tenían las FARC o el ELN.

Cuarto: Consolidar un discurso político-militar para adquirir un estatus político y así entrar a dialogar con el Estado. Una ideología de fondo le daba al grupo el reconocimiento que tanto anhelaba.

En el papel era una organización sólida y compaginada, pero en la práctica esta unión entre los tres bloques principales no era tan fuerte, pues los diferentes frentes nacieron de manera independiente y hasta la creación de las AUC cada uno estuvo por su lado. El “secretariado” de las AUC se convirtió, en gran medida, en un sueño utópico de Carlos Castaño.

2.9 El proceso de paz de Santa Fe de Ralito

En diciembre de 2002, durante la presidencia de Álvaro Uribe Vélez, se dio inicio a las conversaciones de paz entre el gobierno nacional y las AUC, con el fin de que el grupo al margen de la ley se desmovilizara. Dicho proceso concluyó con el acuerdo de Santa Fe de Ralito, en julio de 2003, en el

que las AUC aceptaban desmovilizarse (fase que terminó oficialmente en diciembre del 2005, pero que se extendería hasta el año siguiente).

En este proceso se desmovilizaron un total de 31.700 combatientes de las AUC –cifra que presuntamente estaría inflada– y se entregaron 1600 fusiles. Este proceso abogó por la desarticulación de los grupos paramilitares cobijando a los reinsertados dentro de la ley de Justicia y Paz. La ley fue supremamente discutida porque, si bien ayudó a desmontar a las AUC como organización, el proceso se vio empañado por la impunidad.

Son varios los factores que hacen cuestionable la eficacia del proceso; el primero de todos, la cohesión de las AUC como organización. Es importante recordar que las autodefensas, como grupos independientes, no tenían un origen común ni objetivos comunes. Eran por definición ejércitos particulares que divagaban entre la legalidad e ilegalidad y defendían los intereses de sus comandantes o benefactores. Esto quiere decir que lo que los agrupaba dentro de una misma categoría era una forma de acción común, un *modus operandi*, más no una visión compartida más allá del odio a la guerrilla.

Al volverse ilegales estas estructuras paramilitares (que ya no eran grupos de defensa sino grupos de acción), las dinámicas con las que operaban debieron cambiar. El proyecto de las AUC, liderado por Carlos Castaño, fue una apuesta para unificar el poder militar de los diferentes grupos en uno solo y así tener el peso suficiente para reemplazar al Estado. Pero las AUC nunca fueron un grupo centralizado como lo eran las FARC o el ELN, y esto marcó que la desmovilización no tuviera el éxito que debió tener.

Después de los diálogos, con los cabecillas fuera de escena, las antiguas células independientes volvieron a hacer presencia en las regiones, ya no como una organización nacional, sino como pequeños grupos de acción que en esencia eran lo mismo pero con otro nombre, las denominadas “bacrim”. Los grupos se fragmentaron y los antiguos mandos medios tomaron las riendas.

Uno de los temas polémicos que tuvo este proceso, probablemente el más, fue el tratamiento de la verdad, justicia y reparación. Estos puntos quedaron fuera de la mesa precisamente porque la ley tenía un carácter de perdón y olvido, en la que solo el 7% de los desmovilizados reunían los requerimientos necesarios para ser juzgados. Este matiz impidió que se diera un proceso real de justicia porque la mayoría de los crímenes quedaron impunes. Para regresar a la vida civil bastaba con la promesa de dejar las armas, y, además, el proceso de reinsertión estuvo poco planificado. Fue cuestión de tiempo para que los excombatientes se reorganizaran y volvieran a delinquir.

Por otra parte, el Gobierno de Uribe Vélez cedió ante la presión de los Estados Unidos y extraditó a los 14 líderes más importantes del paramilitarismo, entre los cuales se encontraba Jorge Cuarenta, comandante del Bloque Norte que operaba en el Cesar y la costa caribe. Con la extradición, que no fue por crímenes de lesa humanidad sino por cargos de narcotráfico, el gobierno clausuró la posibilidad de esclarecer los hechos de las masacres, los asesinatos selectivos, y los crímenes cometidos contra el pueblo más allá que el narcotráfico. Los líderes paramilitares no hablarían desde una cárcel en Estados Unidos. Así se condenó la posibilidad de verdad, que para las familias de las víctimas era incluso más importante que la reparación. Esa era su reparación.

Aunque las AUC se disolvieron las relaciones existentes con el narcotráfico y sus cadenas de producción no lo hicieron. Las alianzas políticas con congresistas, alcaldes, gobernadores, y servidores públicos en general siguieron vigentes porque en la ruralidad del país seguían contando con influencia. Estas mismas relaciones continuaron con el sector privado; ganaderos, agricultores y terratenientes.

El acuerdo de Ralito si bien desmovilizó a las AUC, no erradicó el fenómeno paramilitar; de hecho lo transformó. Al desarticular el proyecto unitario el paramilitarismo perdió su norte y terminó convirtiéndose en una expresión más de la criminalidad. Perdió su carácter macro como agente de cambio, y se volcó a una esfera micro de acciones a pequeña escala. En la actualidad no es posible hablar del paramilitarismo como un movimiento, sino de residuos fragmentarios e inconexos de un proyecto que no fue y una política con baches que no logró cumplir su cometido.

2.10 El nacimiento del paramilitarismo en el Cesar y de Jorge Cuarenta

El paramilitarismo se desarrolló en el Cesar como una respuesta tácita a los hostigamientos por parte de las FARC y el ELN de los que la población civil, especialmente la clase acaudalada, eran víctimas. El discurso de las guerrillas de izquierda había calado en el departamento una década atrás y el descontento de los campesinos era evidente por la desigualdad que existía en el campo, prueba de esto fue la Marcha Campesina de 1987 que llegaría hasta la plaza Alfonso López. Además, sumado a esto, la ausencia del Estado y su incapacidad para combatir a la guerrilla completaron las condiciones para que este tipo de movimientos surgieran. Pero, aunque Jorge Cuarenta y el Bloque Norte fueron la expresión más fuerte del paramilitarismo en la región, no fueron los primeros.

2.10.1 La importación del paramilitarismo: 1995-1996

Como narra Alonso Sánchez Baute en su libro *Libranos del Bien* (2008), una mezcla entre novela y reportaje que cuenta la violencia del departamento a través de sus protagonistas, hasta el paramilitarismo, como todo lo demás, llegó tarde al Cesar.

“Hablemos hoy sobre la llegada de la “civilización” a Valledupar. Y por civilización ya sabes que me refiero a progreso. Pues bien. Es importante que sepas que hasta finales de 1930 Valledupar era un pueblo incomunicado y poco visitado. Con decirte que no había carreteras y hasta el tren pasaba lejos (...) Ni siquiera había fincas. En su lugar existían especies de comederos comunales donde en las mañanas se soltaba el ganado y en las tardes se recogía para llevarlo de regreso al pueblo a la casa de cada dueño.” (Sánchez 2010, p. 45-46)

Como describe Sánchez, desde esa época hasta el presente, las velocidades de Valledupar y su región fueron diferentes a las del resto del país. Para finales de la década de 1990, cuando el fenómeno paramilitar empezó a reclamar al departamento como suyo y reconfiguró las estructuras de poder, el resto del país llevaba 15 años viéndoselas con la nueva fuerza. O si se quiere, 50 años desde que León María Lozano comandara a los “Pájaros” en el Valle del Cauca. Sánchez explica que no fue sino hasta muy entrado el siglo XX, con la bonanza que dejó el algodón que, como en Macondo, llegó el desarrollo y la “civilización” de un día para otro con las enfermedades que cargaba.

Antes de Jorge Cuarenta y el Bloque Norte hubo un movimiento de ganaderos y terratenientes que impulsaron las primeras expresiones de autodefensa y paramilitarismo en la región. Los precursores de estos movimientos fueron José María “Chepe” Barrera y Roberto y Juan Francisco “Juancho” Prada, quienes fundaron los primeros ejércitos privados.

Desde principios de la década, en el sur del departamento la familia Prada, con Roberto a la cabeza, consolidó dos Convivir que operaban en cercanías al municipio de Aguachica: los Arrayanes y Renacer. En esta zona, limítrofe con los Santanderes y Bolívar, fue donde se gestaron las primeras células de autodefensas con la cooperación del Ejército. Posteriormente, estas organizaciones conformaron las Autodefensas del Sur del Cesar que serían comandadas por “Juancho” Prada, el hijo de Roberto, después de que su padre muriera en 1996 durante enfrentamientos entre paramilitares y guerrilleros en la cárcel La Modelo de Bogotá, institución en la que se encontraba recluido. Los primeros indicios de actividad paramilitar por parte de esta familia datan de 1988 y 1992, cuando Roberto Prada conformó el grupo conocido como “los Masetos”.

El otro precursor fue José María “Chepe” Barrera, quien creó las Convivir: Guayacanes y Siete Cueros. Pero Barrera ya había liderado un grupo de autodefensas en el sur del Magdalena denominado “Los Cheperos” en la década de 1980. Posteriormente comandó a las Autodefensas del Sur del Magdalena, Bolívar y el Norte del Cesar. Organización que se anexaría a las AUC en 1997 y pasaría a formar parte del Bloque Norte.

Más adelante se empezó a conocer en el Cesar lo que estaba sucediendo en Córdoba y Urabá, y ganaderos y terratenientes empezaron a abogar por adoptar dicho modelo; el de las ACCU. El principal promotor de esta iniciativa fue Jorge Gnecco Cerchar, un político y terrateniente de origen guajiro. Él sería quién a mediados de la década de 1990 se contactaría con Castaño y Mancuso para importar el esquema –y la organización– al departamento. Para cohesionar a las diferentes expresiones en un solo movimiento.

El clan de los Gnecco Cerchar, provenientes del sur de la Guajira, tomó importancia en el Cesar cuando amasaron su fortuna ligada al contrabando con Venezuela –especialmente de carros–, el transporte terrestre y la ganadería. Desde la década de 1980 este nuevo clan ingresó al panorama político del Cesar desafiando a las familias tradicionales que ocupaban el poder.

Al igual que Barrera y los Prada, Jorge Gnecco fundó su propia Convivir bajo el nombre de Guaymaral, y fue considerado el hombre fuerte de las autodefensas en el Cesar en la segunda mitad de la década de 1990 por orquestar el movimiento. Gnecco sería asesinado en el 2001 por hombres del Bloque Norte presuntamente por conflicto de interés con Mancuso, Castaño y Cuarenta.

Como en otras partes del país, el fenómeno de las autodefensas tomó fuerza en el Cesar cobijado bajo la política de las Cooperativas de Seguridad Rural, conocidas como las Convivir, que instauró el presidente Ernesto Samper entre 1994 y 1997. Esta medida le dio un marco legal a los “servicios especiales de seguridad privada”, y en teoría, buscaba regular un fenómeno latente en la sociedad. Estas organizaciones estaban legalmente autorizadas para portar armas y sistemas de comunicaciones de uso exclusivo de la fuerza pública, con la que se esperaba trabajaran conjuntamente para garantizar la protección de las comunidades.

Hay que aclarar que durante esta época Rodrigo Tovar Pupo todavía no respondía como Jorge Cuarenta. Por el momento era un colaborador del paramilitarismo, como muchos otros vallenatos hastiados de la guerrilla, pero no engrosaba las filas en el monte. Tovar Pupo no se vincularía por completo al movimiento paramilitar hasta 1997.

Según cuentan cinco de los paramilitares iniciales del proyecto en el Cesar (que rindieron versión libre el 18 de febrero de 2013 frente al Fiscal 58 de la Unidad de Justicia y Paz) los primeros miembros en ingresar al departamento lo hicieron en 1996, provenientes del Urabá antioqueño y Córdoba por órdenes explícitas de Salvatore Mancuso (noticia de El Pílon del 19 de febrero de 2013). Arribaron por solicitud de terratenientes y ganaderos con los que los jefes paramilitares tenían trato –Jorge Gnecco– para alimentar a los grupos que se estaban formando.

A partir de estos hombres surgieron los primeros frentes que rendían cuentas a Castaño y Mancuso comandados por Alias “Santiago Tobón”, predecesor de Jorge Cuarenta, y otros de sus hombres de confianza como Jesús Fontalvo “el Pájaro” y John Jairo Esquivel Cuadrado alias “El Tigre”, comandante del Frente Juan Andrés Álvarez. Posteriormente, estos movimientos conformarían el Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia.

Para comienzos del nuevo milenio las AUC controlarían la totalidad de las facciones paramilitares del departamento bien fuese por adhesión, o por erradicación.

2.10.2 ¿Quién fue Jorge Cuarenta?: el hombre fuerte del Cesar y el Bloque Norte: 1997

Como el mismo Jorge Cuarenta cuenta en el libro de Sánchez Baute, después de que el escritor se entrevistara con el comandante paramilitar en la cárcel de Itagüí antes de su extradición, “a mí me buscó Mancuso directamente”. Mancuso se reunió con, entonces, Rodrigo Tovar Pupo, en 1996 para crear en conjunto un bloque militar en el departamento para hacerle frente a las fuerzas guerrilleras, a lo que Tovar Pupo respondía que “no era su hombre”. Durante esta época, en que las Convivir y otras formas de autodefensa tomaban forma, Tovar Pupo colaboró con el movimiento liderado por Castaño y Mancuso hasta 1997 cuando se enroló por completo en la organización. Desde entonces dejaría de responder como Rodrigo Tovar reemplazando su nombre de bautizo por Jorge Cuarenta, su nombre de guerra.

Antes de su época como paramilitar, Rodrigo Tovar Pupo, miembro de la prestigiosa estirpe vallenata de los Pupo Pupo, fue un preconocido ganadero y agricultor en Valledupar. También se desempeñó como jefe de pesas y medidas, y posteriormente como secretario de Hacienda en la alcaldía de Rodolfo Campo Soto en 1988. Después de su paso por el sector público, Tovar se dedicó por completo a sus

fincas, a la ganadería y el cultivo de arroz, cuando entró en conflicto con la guerrilla como los demás hacendados de la región.

A partir de 1997, Jorge Cuarenta se volcó por completo hacia el paramilitarismo, dejando su vida de civil para empuñar las armas contra la guerrilla. Como cuenta en su entrevista con Sánchez Baute, él no sabe el día exacto que se convirtió en paramilitar porque no fue algo que se dio de un día para otro, fue un proceso largo que de a poco lo hizo quien fue.

“Llegó el día cuando los policías al mando del coronel Chitiva retuvieron al Papa (Rodrigo Tovar) con un cargamento de armas en la curva de Salguero. *Si Chitiva no me hubiera presentado como un jefe paramilitar, nunca se me habría ocurrido que podía llegar a serlo*, comentó en tono irónico Jorge Cuarenta sentado en la cómoda silla Rimax de su ‘oficina’, al tiempo que yo recordaba lo que él mismo antes escribió: *Para cuando desperté del trance, me batía, poseído de un espíritu guerrero instintivo que no conocía en mí. Y descubrí junto a un puñado de paisanos que el valor es el hijo mayor del miedo y las humillaciones, y que cada hombre tiene la talla de los retos que la Providencia le imponga.*” (Sánchez 2010, p. 298-299)

Como comandante paramilitar estuvo al mando del denominado Bloque Norte de las AUC, que agruparía a los diferentes ejércitos privados que anteriormente operaban en la región junto con las células que Castaño y Mancuso venían encubando. El territorio del bloque se extendía a lo largo del Cesar, del Magdalena, la Guajira y el Atlántico, por lo que Cuarenta se convirtió en uno de los referentes más importantes del paramilitarismo –si no el más– en la costa caribe.

El Bloque Norte como tal se desmovilizó el 10 de marzo del 2006, y Cuarenta fue el último de los altos mandos de las AUC en dejar las armas junto con 4.760 de sus hombres. Pero, incluso a portas de reintegrarse a la vida civil, Cuarenta insistió en que el fenómeno paramilitar no acabaría con la desmovilización porque “no habían garantías” y “el proceso se hizo a la carrera”, como consta en una entrevista que concedió a la revista Semana (Semana, 2006).

Durante el proceso de Justicia y Paz, Jorge Cuarenta confesó 600 crímenes, entre los cuales se encuentran la desaparición de 7 agentes del CTI en Agustín Codazzi, Cesar, y la muerte de 40 pescadores en Ciénaga Grande, Magdalena. También se le atribuye el asesinato del cacique político Jorge Gnecco Cerchar y el secuestro de otros 6 miembros de su familia. Solamente en el departamento del Atlántico se le responsabiliza por 533 muertes.

Durante el periodo en que se desempeñó como líder paramilitar infiltró la política de la costa atlántica forjando alianzas con políticos tradicionales, alcaldes, congresistas y gobernadores que terminarían involucrados en el escándalo de la “parapolítica”. Cuarenta fue el hombre que dominó los hilos de los

procesos electorales en esta región del país al principio del milenio. Además de sus alianzas políticas, al Bloque Norte se le atribuyen 333 masacres durante sus años de operación, una de las más conocidas es la de El Salado, en el departamento de Bolívar.

También estuvo estrechamente vinculado con lo sombra del narcotráfico y el contrabando, por lo que el Bloque Norte se vio enfrentado en una batalla campal con el Bloque Resistencia Tayrona por el control de los puertos en el Magdalena y la Guajira. Este bloque tenía por territorio la sierra nevada de Santa Marta y era comandado por Hernán Giraldo. Esta lucha, de la que Cuarenta salió vencedor, buscaba controlar los puntos de salida para exportar la droga, y las rutas de contrabando entre Colombia y Venezuela. En Junio de 2008, dos años después de desmovilizarse, Jorge Cuarenta fue extraditado a los Estados Unidos bajo cargos de narcotráfico.

2.11 Conclusiones preliminares

Si hay algo que las últimas 20 páginas de esta investigación dejan claro, es que Colombia (y aunque sea triste es la verdad de su pueblo) es un país que ha construido su historia a través de la violencia. Porque, como se ha visto, la violencia no ha sido ni un medio, ni un fin, ni una época particular, es una práctica sociocultural que se ha renovado y adaptado acorde a las nuevas coyunturas que van apareciendo. Partiendo de esta reflexión hay varios puntos que es importante mencionar:

- El conflicto armado ha estado presente en el país a lo largo de su historia aunque los actores sean diferente. Si bien tradicionalmente los enfrentamientos eran ocasionados por la pugna por el poder entre los partidos políticos tradicionales, Liberal y Conservador, en la segunda mitad del siglo XX los actores se transformaron, pero heredaron los mecanismos de violencia anteriores como la guerra de guerrillas.
- El conflicto colombiano actual no es un fenómeno que surgió recientemente, o hace 50 años con el nacimiento de las FARC. El conflicto es una consecuencia directa de los enfrentamientos anteriores que convirtieron al país en un campo de batalla.
- Es importante rescatar personajes como Guadalupe Salcedo, comandante de las guerrillas liberales en los llanos orientales durante la década de 1950, o León María Lozano, líder de la “policía” conservadora de Los Pájaros; pues posteriormente Manuel Marulanda, Jorge Cuarenta y Salvatore Mancuso reciclarían –con o sin intenciones– elementos de sus formas y acciones.

Aunque puede que sea reiterativo, quiero ser enfático en que en Colombia la violencia se transforma y se hereda, por lo que no es algo nuevo para nuestra sociedad.

- Aunque los grupos ilegales tienden a escudar sus acciones y razón de ser en una clara ausencia estatal, la falta de presencia real del Estado en la periferia del país sí ha facilitado el surgimiento y la proliferación de los diferentes grupos insurgentes.
- La tierra ha sido un tema fundamental en los enfrentamientos a lo largo de la historia. Por su posesión, desarrollo, productividad, movilidad y repartición. El latifundismo y la concentración de tierra han sido elementos constantes en la generación de desigualdad social.
- El narcotráfico fue un fenómeno que complejizó profundamente el conflicto armado colombiano. Por un lado porque fue un medio de financiamiento supremamente lucrativo para los grupos insurgentes cuya situación económica era precaria. Y, por el otro, porque fue un punto de partida del cual surgieron los ejércitos privados al servicio de los intereses particulares de los grandes capos de la droga.
- Los protagonistas del conflicto tienen su historia, sus motivos y razones por lo que no se deben, ni pueden, encasillar en la dicotomía de negro y blanco. Con esto no digo que sus acciones se justifican, sino que la historia detrás del nombre los dimensiona, a ellos y al conflicto, y hace posible hacer una lectura con otro lente. Uno, seguramente, mucho más minucioso y preciso.
- Hay muchas caras del conflicto que aún son opacadas por las versiones oficiales, los discursos “políticamente correctos” y los intereses de terceros. Estas facetas del conflicto, que pueden ir en contravía, son sobre las que hay que indagar porque cada historia tiene diferentes ángulos.
- Dentro de un fenómeno tan abstracto surgen actores concretos que fueron piezas clave para el desarrollo del conflicto armado. Más que grandes movilizaciones de masas, fueron estas figuras –como la de Jorge Cuarenta– las que comandaron y promovieron el enfrentamiento. Las ideas (de derecha o izquierda, o venganza y resentimiento) empotradas en la mentalidad de estos hombres fueron las que armaron al campesinado y lo enfrentaron.

En este proyecto se busca dimensionar a Rodrigo Tovar Pupo como ser humano, inmerso en medio de un largo conflicto. Se explorará el contexto que lo llevó a convertirse en Jorge Cuarenta, como la violencia en el Cesar terminó por cambiarlo no solo a él sino a todos los hombres. Con esto no se busca justificar sus decisiones y crímenes de guerra, ni mucho menos convertirlo en mártir, sino de

indagar en la configuración de sus otras identidades. Quiero explorar capas mucho más profundas de este fenómeno de violencia, tomando su figura como guía. En este trabajo, iremos más allá de los datos de masacres y motosierras que inundaron con sangre los titulares y despertaron el morbo. Vamos, primero, detrás del hombre, al inicio de toda esta guerra.

Capítulo 3. Reportaje: El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar: ¿Cómo la guerra puede cambiar a un hombre?

La tercera parte de esta investigación, el producto como tal –resultado de la conjunción entre la investigación temática y técnica– es el libro que aparece adjunto a este ensayo.

El texto hace –con visos de perfil– un recuento de cómo fue la vida de Rodrigo Tovar Pupo antes del paramilitarismo ¿quién era y qué hacía? Y explora de manera paralela la situación socio-política del departamento del Cesar a lo largo de la vida de Rodrigo; el ambiente en el que creció y se desarrolló. Indaga en los cambios que ocurrieron a su alrededor (la bonanza algodonera, la bonanza marimbera, la llegada de grupos guerrilleros de izquierda etc...) y cómo transformaron la realidad de Valledupar; sobre todo, la vida de los vallenatos.

Con estos elementos históricos sumados a la vida privada de Rodrigo Tovar, el texto evidencia el arco de transformación que sufrió un joven de la élite vallenata para convertirse en el comandante paramilitar, en Jorge Cuarenta. Por eso surge la pregunta: ¿Cómo la guerra puede cambiar a un hombre? Eso es lo que la historia pretende averiguar.

Precisamente, como se exploran las esferas más íntimas de una persona –de Rodrigo Tovar–, y no la imagen que los medios de comunicación y el discurso oficialista creó de Jorge Cuarenta, la investigación parte de entrevistas de largo aliento con personas que de uno u otro modo conocieron a Rodrigo Tovar. De sus allegados. Un círculo de amigos de infancia, compañeros de fiesta, jefes... quienes conocieron realmente a Rodrigo y el fenómeno, no a la historia del comandante Cuarenta.

Además, algo que vale la pena destacar, es que la historia que se cuenta de Valledupar es la de quienes vivieron la ciudad en las buenas y en las malas. A quienes les secuestraron un hermano, se enriquecieron y quebraron con el algodón, quienes a pesar de las presiones de toda índole no abandonaron la ciudad cuando el barco se estaba hundiendo.

Por eso tampoco es una versión oficial, es una historia de a pie sobre cómo se fue transformando la ciudad. Cómo se veía la llegada del paramilitarismo de Córdoba, la creación de los primeros grupos de

autodefensa vallenatos, el acoso de la guerrilla, el ambiente de impotencia y desasosiego que se vivía en la ciudad cuando secuestraban a la gente en la sala de su casa.

Estas historias no las cuento yo como investigador, las narran directamente los protagonistas en sus testimonios que después de transcritos y editados forman el grueso del relato.

El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar es una apuesta por darle voz a los protagonistas saliéndose de los esquemas, estructuras y fórmulas tradicionales que se han normalizado en la literatura de no ficción y el periodismo. Acá se cuenta la vida de un hombre utilizando todas las libertades técnicas, estilísticas y estéticas que su historia amerita sin faltarle nunca a la verdad.

Conclusiones

Esta investigación como proceso creativo, analítico y reflexivo, resultó supremamente valiosa en cuanto a mi formación como periodista, puesto que iluminó un nuevo camino para contar temas delicados en un país cuya realidad es supremamente compleja (peligrosa e incluso apática frente a su brutal acontecer). Esa es la mayor reflexión: los temas difíciles que implican personajes neurales en la historia reciente de la violencia y el desajuste social vinculado al narcotráfico y al paramilitarismo, sí se pueden investigar y contar; pero para abordarlos se pueden configurar otras estrategias escriturales para lograrlo. La complejidad de nuestra realidad, exige igualmente una complejidad escritural.

Conclusiones de la investigación:

En ambos campos, tanto en el fondo como en la forma, hubo descubrimientos interesantes. Sobre todo en cómo se ha contado la violencia, y cómo se cuentan las historias en general.

El nuevo periodismo fue muy exitoso en 1960 precisamente por su carácter transformador, porque eran hombre enamorados de la literatura —o con aspiraciones creativas cuando menos— que decidieron trasladar esa sensibilidad “artística”, si se quiere, al periodismo que era su campo profesional. El mismo Tom Wolfe lo explica cuando se refiere al perfil del nuevo “reportero”: un hombre que trabaja en un periódico para sobrevivir y pulir su estilo con el sueño de retirarse en una cabaña y escribir la novela que lo consagre como escritor.

Precisamente esa pasión, motor de la innovación, fue lo que se perdió. De ahí en adelante la concepción de la crónica y el reportaje se convirtió en una fórmula matemática en la cual, si se seguía el proceso correctamente, se sabía de antemano el resultado. Los periodistas dejaron de equivocarse en el ensayo de prueba y error.

Lo que pasa es que las técnicas que Talese y Thompson se inventaron para escribir sus propias historias, de ahí en adelante se estandarizaron y las nuevas generaciones fueron copiando su estilo para investigar y relatar. El nuevo periodismo se volvió viejo.

Por eso este trabajo es una apuesta, un ensayo de prueba y error que puede terminar bien o terminar mal; porque pretende buscar un nuevo camino.

En cuanto a la investigación histórica de la violencia es evidente que todavía queda mucho por abordar y definir en un horizonte histórico. Los grandes hitos se han documentado y el análisis político, social, económico e histórico del país está hecho. Lo que hace falta es darle cuerpo a los protagonistas, romper de una vez por todas con los blancos y negros para entender que detrás de las acciones hay seres

humanos y que a partir de ahí se debe entender el conflicto. Verlo desde adentro y sentir lo que sienten sus protagonistas para hacerse una idea más clara de sus motivaciones. Esto no quiere decir justificarlos, simplemente ver a través de sus ojos aunque sea un rato.

Pablo Escobar, Popeye, el Alemán, León María Lozano, los hermanos Castaño, el Gavilán Mayor, Manuel Quintín Lame, Carlos Pizarro, Dumar Aljure, el cura Pérez, Guadalupe Salcedo, Manuel Marulanda, Simón Trinidad, El Mono Jojoy... Jorge Cuarenta. Todos son hombres con un pasado e historia, y cuando se tiene una idea de cómo piensan y por qué piensan como lo hacen es posible consolidar una visión de país mucho más profunda de lo que se tiene estudiando los fenómenos desde afuera. En esa dirección deberían apuntar las investigaciones. Las cosas no pasan por que sí, pasan porque hay hombres que las hacen pasar.

Otro punto que destaca más allá de la desigualdad social, la pobreza, la inequidad o la concentración de tierras en el país, es la ineficacia del Estado para resolver los problemas con los que ha tenido que lidiar en diferentes momentos de la historia. En muchas regiones y épocas la tierra parece que fuera tierra de nadie. Estepas donde reina la ley del más fuerte. Donde no hay una autoridad estatal real y lo legal muchas veces no es legítimo, ni lo legítimo, legal.

Los fenómenos sociales, políticos y violentos en Colombia han crecido como una bola de nieve porque no ha existido una visión oportuna y eficaz para tratarlos a tiempo. Por eso el conflicto en Colombia muta y se transforma en vez de terminarse. Por eso guerrillas como las FARC y el ELN llevan más de 60 años activas en el país.

Investigar nuestra historia violenta es, también, hacerle un llamado de atención al Estado.

Conclusiones del tema:

El paramilitarismo en el caso del Cesar, particularmente, fue la respuesta de un sector de la sociedad que se encontraba en una situación insostenible. Fue un fenómeno de auto-defensa en un momento en que el Estado no aparecía por ninguna parte. Fue una reacción armada frente al hostigamiento guerrillero.

Vale aclarar que ese es el espíritu con el que nace: el de gente cansada que se armó para defenderse cuando nadie más los defendía. Prueba de esto fue la retirada de los policías en los pueblos del departamento.

Lo que pasa es que ese sentido de auto-defensa se desdibujó demasiado pronto. Los paramilitares pasaron a cometer las mismas barbaridades de las que acusaban a la guerrilla, y de las que se defendían

¿La guerrilla secuestraba? Sí, por supuesto. Pero en la fiscalía hay registrados más de 4.000 casos de secuestros cometidos por los grupos paramilitares, 312 de ellos en el Cesar. Por eso se desdibujó.

Lo que en un principio se vio con cierta simpatía en algunos círculos vallenatos como una alternativa para contrarrestar a la guerrilla se le salió de las manos a las autodefensas, a sus comandantes, financiadores y al mismo Estado. Ahí apareció el narcotráfico, las masacres, los desplazamientos y todos los crímenes que se cometieron; que además, son innegables.

Con Rodrigo Tovar Pupo ocurrió algo parecido, él se fue al monte aferrado a sus convicciones buscando hacer un cambio –con esa idea romántica de tener una misión– y terminó enfrascado en una guerra sin cuartel. Plagada de “errores de guerra”.

Rodrigo representa el sentimiento de impotencia que a mediados de la década de 1990 cundía en Valledupar, así como la desesperación de un hombre que dio un paso al frente. Si no era él, probablemente otro vallenato de su misma clase y estatus habría emergido como Jorge Cuarenta.

Los crímenes que cometió son injustificables, pero es posible entender qué situaciones lo llevaron a tomar la decisión de hacer algo. Puede que su energía y compromiso estuvieron mal enfocados, que la ilegalidad no se combate con ilegalidad y los secuestros con más secuestros; pero se opuso a la resignación. El punto aquí es que él decidió hacer algo cuando nadie más lo hacía. Sin embargo, como el personaje de Stevenson le gobernaba una lógica irracional muy compleja y oscura, cuya sombra cubrió a gran parte de nuestro país, una lógica que espero se halla hecho visible en este relato.

Ese es el resumen de Rodrigo Tovar: un hombre que tomó la decisión de hacer un cambio por los medios equivocados.

Conclusiones sobre el producto:

El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar logra dimensionar en su calidad humana al comandante Cuarenta y, hasta cierto punto (pues es imposible hacerlo por completo), responde la pregunta sobre la cual gira el relato: ¿Qué tanto la guerra puede cambiar a un hombre? Dibuja el arco de transformación de Rodrigo Tovar para desembocar en el ocaso de su poder.

El producto cuenta la historia sin faltarle a la verdad y les da voz precisamente a las personas que conocieron a Rodrigo y que vieron su “cambio”. En este trabajo no es el periodista el que cuenta la historia del protagonista, sino que va hilando los testimonios de sus allegados para construir el perfil del sujeto abordado. La pluralidad de voces, que no se reducen a citas sino que son el grueso del relato, son un gran aporte porque hablan de la cotidianidad, de cómo vivía él antes y durante la guerra. Son

posturas y valoraciones muy personales que muestran cómo piensa una ciudad y qué opinión les merece Rodrigo Tovar y Jorge Cuarenta.

En este sentido, el trabajo cumple con el cometido de explorar y visibilizar capas más profundas de uno de los actores más importantes en el conflicto armado colombiano de principios de este siglo.

La parte técnica en la escritura también es importante, pues hay un intento por explorar con diferentes elementos gramaticales y estéticos en favor del texto. Esto se ve reflejado, por ejemplo, en el uso de las cursivas y las diferentes fuentes para diferenciar la voz del narrador a los testimonios. En el uso de guiones, mayúsculas, negrita y comillotes para darle un ritmo diferente al texto y otorgándole nuevos sentidos.

También hay una libertad absoluta a la hora de escribir, en el momento en que se abordan los diferentes temas, en el uso de referencias metatextuales, en la forma en que el texto busca retratar una realidad a partir de referentes comunes y lo cotidiano. En este sentido, *Cien años de Soledad* y *Macondo* son el soporte para explicar un Valledupar arraigado a su tradición, que por eso se vuelve cercano al realismo mágico de García Márquez.

Comparar a Rodrigo Tovar con la sirena del Río Guatapurí –o su leyenda– es una clara alusión a la cultura vallenta y su idiosincrasia, que en el universo tejido en el relato tiene sentido.

Finalmente, hay una cercanía que se hace explícita con la literatura, puesto que el texto rompe con las fórmulas y esquemas comunes en busca de un estilo más emotivo e íntimo. Esto se refleja en el uso de metáforas, de símiles y de descripciones que van más allá de lo que simplemente se observa. De las reflexiones que está plagado el texto y puntos de vista que propone el autor, que pueden estar o no directamente relacionados con el tema principal.

Como lo fue en 1960 para el nuevo periodismo, la literatura es sin lugar a dudas –otra vez– el punto de partida, incluso para nuestras tragedias, las grandes y las pequeñas, todos por igual señalados por el puño del destino.

Bibliografía

- El nuevo periodismo. T, Wolfe. Anagrama. 1976. Barcelona, España.
- Violencia política, conflicto social y su impacto en la violencia urbana. M, Salazar Posada, 1999, marzo, ed 1, Universidad autónoma de Bucaramanga.
- La prensa como creadora de estereotipos sobre los reinsertados y el proceso de paz en Colombia. L, Gutiérrez, Palabra Clave; diciembre 2007, Vol. 10 Ed. 2, p11-25. Tomado de base de datos Hebsco.
- Crónicas de Antier. R, Ortega. Gráficas del comercio, 2006. Valledupar, Colombia.
- En el Valle de Euparí: Relatos, acuarelas de provincia y cuentos cortos. R Ortega. Esfera Editores Ltda. 2003. Colombia
- Monografía político electoral: El departamento del Cesar 1997 a 2007. A, Arias Ortiz; T, Acevedo Guerrero. Misión de observación electoral. Corporación nuevo arco iris. 2007
- El pueblo más atacado por la guerrilla. J, Navia. Sacado de la versión digital de la revista Soho en zona crónica. <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/el-pueblo-mas-atacado-guerrilla/27724>
- El pueblo que sobrevivió a una masacre amaneció con gaitas. A, Salcedo. 5 de mayo 2011. Sacado de: Periodismo narrativo en Latinoamérica. <http://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2011/05/05/el-pueblo-que-sobrevivio-a-una-masacre-amenizada-con-gaitas/>
- A sangre fría. T, Capote. Traductor. María Luisa Borrás. Círculo de lectores. 1972. Barcelona, España.
- Prólogo: Antología de grandes reportajes colombianos. D, Samper Pizano. Aguilar, 2003.
- Prólogo: Antología de grandes crónicas colombianas, D, Samper Pizano. Aguilar, 2001.
- ¿Cuál es la definición de "conflicto armado" según el derecho internacional humanitario?, Comité Internacional de la Cruz Roja. Documento de opinión, marzo de 2008. Dictamen del CICR, marzo de 2008. <http://www.icrc.org/spa/assets/files/other/opinion-paper-armed-conflict-es.pdf>
- Bonanza Marimbera 1976-1985. Verdad abierta. 29 octubre 2008. <http://www.verdadabierta.com/narcotrafico-periodo1>
- La bonanza Algodonera, I, Dangond. Elpilon.com, Julio 2011. <http://www.elpilon.com.co/inicio/la-bonanza-algodonera/>
- Líbranos del bien. A, Sánchez Baute. 2008 Bogotá: Alfaguara
- “Jorge 40”, Rodrigo Tovar Pupo. Verdad abierta. 29 diciembre 2008. <http://www.verdadabierta.com/victimarios/691-perfil-rodrigo-tovar-pupo-alias-jorge-40>
- Así es la vida de tres poderosos ex jefes 'paras': disfrutando de su libertad y sus fortunas, uinvestigativa@eltiempo.com.co . Sol de paz pacha kuti. Julio 23 2006. http://www.pachakuti.org/textos/campanas/paracos/risa_hienas.html
- Mi vida como autodefensa y mi participación como miembro del BN y el BNA. R, Tovar Pupo. http://www.google.com.co/#hl=es&output=search&client=psy-ab&q=mi+vida+como+autodefensa&oq=mi+vida+como+autodefensa&gs_l=hp.3..0j0i30.1615.6702.0.6932.24.13.0.11.11.0.152.1479.4j9.13.0...0.0...1c.1.dOxODcVj8bM&pbx=1&bav=on.2,or.r_gc.r_pw.r_qf.&fp=6940991ef09566&bpcl=37643589&biw=1600&bih=775
- 'Paras' contaron cómo se crearon las Autodefensas del Sur del Cesar. Verdad Abierta. Diciembre 2010. <http://www.verdadabierta.com/rearmados/2893-paras-contaron-como-se-crearon-las-autodefensas-del-sur-del-cesar>
- Y refundaron la patria... de cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano. C, López Hernández. Random House Mondadori, 2010.
- Violencia pública en Colombia, 1958-2010. M, Palacios. Ediciones fondo de cultura económica, 2012.
- Metodología de la investigación cualitativa. G, Rodríguez; J, Gil; E, García. Ediciones Aljibe. Ed 2. 1999. Málaga, España.

Technology and Canadian mid: Innis, McLuhan, Grant. A, Kroker. New world perspective. Montreal, Canada. 1984.

Los Ángeles del Infierno: una extraña y terrible saga: Hunter S. Thompson. Traductor: J.M Álvarez, Ángela Pérez. Anagrama. 2009. Barcelona, España.

Honrarás a tu padre. Gay Talese. Traductor. Patricia Torres Londoño. Alfaguara. 2011. Bogotá, Colombia.

The motorcycle gangs: losers and outsiders. Hunter S. Thompson. The Nation. Marzo 2, 2005. (Artículo publicado originalmente el 17 de mayo de 1965)

<http://www.thenation.com/article/motorcycle-gangs>

El silencio de los Inocentes. Oscar Escamilla, José Luis Navia. 1994. En: Antología de grandes crónicas colombianas. Tomo 2. 1949-2007, D, Samper Pizano.

El oro y la oscuridad: La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé. A, Salcedo Ramos. Aguilar. 2005. Bogotá, Colombia.

Un taxi cayó al salto del Tequendama. J, Jiménez. Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango.

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/cronicasximenez/42.htm>

Relato de un naufrago. G, García Márquez. Norma. 2003. Bogotá, Colombia.

Joe Louis: El rey en su madurez. Gay Talese. Sacado de Retratos y encuentros. Traductor Carlos José Restrepo. Aguilar. 2008.

El hijo del ajedrecista. F, Rodríguez Mondragón; A, Sánchez. Oveja Negra. 2007.

Operación Jaque: la verdadera historia. J, Torres. Planet. 2008. Bogotá, Colombia.

Mi fuga hacia la libertad. J, Pinchao. Planeta. 2008.

Mi confesión. M, Aranguren Molina. Oveja Negra. 2001.

Primeros paramilitares en el Cesar. El Pilón, sección Judicial. 19 de febrero de 2013.

<http://elpilon.com.co/inicio/los-primeros-paramilitares-que-llegaron-al-cesar/>

¿De dónde salieron los paras en el Cesar?. Verdad Abierta

<http://www.verdadabierta.com/la-historia/2801-ide-donde-salieron-los-paras-en-cesar>

La historia de “Juan Andrés Álvarez”. Verdad Abierta. 23 de agosto, 2013.

<http://www.verdadabierta.com/bloques-de-la-auc/4803-la-historia-del-juan-andres-alvarez>

Habla “Jorge 40”. Revista Semana, sección Nación. 3 de abril, 2006.

<http://www.semana.com/nacion/articulo/habla-jorge-40/77675-3>

“Chepe Barrera”, José María Barrera. Verdad Abierta <http://www.verdadabierta.com/victimarios/700-perfil-jose-maria-barrera-alias-chepe-barrera>

“Juancho Prada”, el “para” invisible. Verdad Abierta. 16 de junio, 2012.

<https://www.verdadabierta.com/component/content/article/83-juicios/4061-juancho-prada-el-para-anonimo/>

Una verdad secuestrada: Cuarenta años de estadísticas de secuestros 1970 – 2010. Director: G, Sánchez Gómez. Centro de Memoria Histórica. Imprenta Nacional. 2013. Bogotá, Colombia.

<http://www.pan.org.co/sites/default/files/pdf/CLDN.UNA%20VERDAD%20SECUESTRADA.pdf>

Cuadernos PNUD • MPS: Investigación sobre el desarrollo social en Colombia. Director: J Núñez Méndez; F, Herrera. Panamericana Formas e Impresos. 2004.

http://www.pnud.org.co/img_upload/9056f18133669868e1cc381983d50faa/cuadernoPNUDMPS2.pdf

Entrevista con Sergio Araujo Castro el 25 y 26 de febrero en Bogotá
Entrevista con Amador Ovalle Pumarejo el 13 de marzo en Valledupar
Entrevista con Joaquín Ovalle Pumarejo el 12 de marzo en Valledupar
Entrevista con Rodolfo Campo Soto el 9 de marzo en Valledupar
Entrevista con Rodolfo Ortega Montero el 9 y 10 de marzo en Valledupar
Entrevista con Simón Martínez Ubarnez el 11 de marzo en Valledupar
Entrevista con Federico García Naranjo el 1 de marzo en Bogotá
Entrevista con Alonso Sánchez Baute el 4 de marzo en Bogotá
Entrevista con José Luis Minguíola el 10 de marzo en La Mina, corregimiento de Valledupar

Anexo:

**El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa
Tovar:
¿Cómo la guerra puede cambiar a un hombre?**

**Por:
Daniel Canal Franco**

"Existe la idea de que un tal Patrick Bateman es una especie de abstracción. Porque yo no existo de verdad, sino sólo como ente, como algo ilusorio. Y aunque pueda ocultarte mi mirada fría, si me das la mano notarás que mi carne roza la tuya e incluso tal vez intuyas que es probable que tengamos estilos de vida parecidos, pero yo, sencillamente, no estoy."

Bret Easton Ellis, American Psycho

Gracias a las personas que hablaron conmigo, que me contaron su historia; que me dijeron lo que no está bien decir.

A la Nona, Mima y el Abuelo Beto.

Índice

Prólogo	7
I. El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar	9
II. Lo que pasó en el Cesar no fue un melodrama de Ricardo Arjona que arregle un libro de Paulo Coehlo	34
III. “Pero si soy el mayor de los pecadores, también soy el mayor de los penitentes”, Dr. Henry Jekyll	62
Epílogo	71

Prólogo

¿Alguna vez te has sentido con el agua al cuello en un cuarto cerrado? O, de pronto, quizá si tus fobias son distintas, que estás parado en la cornisa de un décimo piso del ancho de la suela de un zapato. Que el aire te golpea fuerte la cara por los vendavales de la altura y con un leve desliz terminarías estampado en el andén muchos metros más abajo.

Tienes dos opciones, claras ambas: llenarte de resignación y dar el paso al frente esperando que la caída sea rápida y el dolor poco. Esa es una salida; aceptar el vacío que te tocó y con o sin convicción dejarte ir. Pero la otra aparece cuando miras de frente y la cornisa se extiende a lo largo de la pared hasta que dobla en una esquina y no puedes ver dónde termina.

Esa es la otra alternativa: recorrer la cornisa ínfima pegado a la pared como una lagartija; consiente que solo ves el primer tramo. Apenas cruces en la esquina puedes encontrarte cualquier cosa. Un precipicio peor. Un destino más oscuro.

Cambiando el vacío de los diez pisos por las guerrillas que tenían a los vallenatos entre la espada y la pared, y a ti por Rodrigo Tovar Pupo –un joven de la sociedad alegre y festivo– la situación es prácticamente la misma. Resignarse a vivir en el mundo que desde finales de la década de 1980 edificaron las guerrillas en Valledupar, mediado por secuestros, extorsiones, vacunas y miedo... sobre todo miedo; u oponerte rotundamente a la resignación.

Esa es la historia de Rodrigo Tovar, “el bacán del parche”, que en algún momento a mediados de los noventa empezó a oír una voz dentro de sí que lo incitó a caminar por la cornisa. A caminar como un autodefensa y volverse soldado de un ejército privado.

Esta no es la Historia de la violencia y el conflicto armado en el que Colombia ha estado inmerso por más de medio siglo, o doscientos años si se quiere; es la historia de cómo la guerra cambió a un hombre, a Rodrigo, para que en Valledupar apareciera Jorge Cuarenta, el comandante del Bloque Norte y hombre fuerte del Cesar.

¿En qué momento dejó Rodrigo Tovar de ser él y se convirtió en Cuarenta? ¿Quién era antes? ¿Realmente, quién era? Es la transformación de un hombre que tomó una decisión y recorrió un camino de no retorno del que aunque quisiera no se podía salir.

O dime tú ¿después de tantos muertos y tanta sangre uno cómo se devuelve por la cornisa?

*Nota:

Las voces de los testigos entrevistados aparecen en cursivas; se busca crear una especie de multifocalización donde se reconozca gradualmente la transformación de Jorge Cuarenta. La estructura del texto obedece a la lógica de la indagación periodística, pero también a la del caos y la configuración dramática y psicológica del personaje en cuestión.

I. El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar

1. El eco más fuerte del Magdalena Grande

El primer disparo fue seco y sordo.

Tan penetrante que retumbó en todo Valledupar cuando la ciudad estaba asediada por guerrillas y desolación; habitada por hombres encerrados entre las paredes de sus casas. La onda expansiva que provocó el martillo del revolver cuando detonó el cartucho fue tal, que su eco llegó hasta bien arriba en La Guajira donde los indos se refrescan la cara con colonia cuando toman whisky y velan a sus muertos.

El primer disparo llegó hasta los oídos de quienes años después serían los muertos de El Salado, un pueblo perdido en el medio de Bolívar que saldría de su anonimato cuando lo masacraran en la cancha de fútbol de la plaza principal... y puede que tú también lo oyeras.

El primer disparo estremeció a los políticos en Bogotá que desconocían lo que pasaba en un país de tierra caliente gobernado desde una montaña 2.600 metros más cerca de las estrellas. Los hizo temblar el escalofrío que desde años atrás venía corriendo por la médula del país.

Esa fue la primera vez que Jorge Cuarenta –que no es su alias sino su nombre de guerra– le disparó a Rodrigo Tovar Pupo cuando intentó asesinar “al joven más alegre de su generación”.

(Cuarenta y Tovar son las dos versiones de una misma persona, como el Dr. Jekyll y Mr. Hyde de Robert Louis Stevenson; el lado bueno y el malo del ser humano. Tovar era el padre de familia devoto y el agricultor, Jorge Cuarenta la identidad que asumió cuando entró al paramilitarismo. Su historia es la pugna entre ambas caras de una misma moneda.)

Su arremetida no nació de un arrebato, fue la reacción en cadena de un fenómeno que se dispersó en la región como la metástasis del cáncer.

Valledupar siempre fue la tierra de los juglares y los cantores, amarilla por cañahuates, de gente apacible que se codeó con Francisco el Hombre hasta que el dinero y la violencia, guerrillera y paramilitar, se tomaron la región por asalto. La violencia, como todo, llegó tarde a las provincias de Valledupar y Padilla –como las retrata García Márquez– que fueron los nombres con los que se conoció a lo que hoy es el Cesar, parte del Magdalena y el sur de La Guajira (porque el norte, aún hoy, sigue siendo el desierto de los Wayuu y no del Estado).

La región estuvo sumida en el olvido del país hasta bien entrado el siglo XX, tal vez por estar enclaustrada entre serranías –la del Perijá y la de Santa Marta–: un cruce de caminos que no iba ni venía de ningún lado. Valledupar estaba más conectada con Maicao en la frontera y Maracaibo en Venezuela e incluso las Antillas y Aruba en el mar Caribe, que con Santa Marta, la capital del Magdalena Grande y puente con el resto de Colombia.

El desarrollo histórico que la violencia tuvo en el resto del país, en sus 200 años de guerras entre gamonales, de azules contra rojos, de hermanos, pueblos, de revolucionarios e insurgentes contra un Estado ausente, le llegó de golpe a Valledupar. Como si abrieran el grifo y de un momento a otro ese rincón del olvido se convirtiera en el foco de la tormenta. <<Basta con ojear cualquier libro sobre LA GLORIOSA HISTORIA PATRIA para darse cuenta, si es que quedan dudas, que desde siempre, antes que tus abuelos, Colombia ha sido un río de sangre>>.

El silencio que retumbó después del disparo original fue denso ¿Jorge Cuarenta de verdad mató a Rodrigo Tovar Pupo? ¿Mató al hijo de una “familia de la plaza”, a uno de los miembros de la alta sociedad vallenata, a “uno de los nuestros”? ¿Fue la violencia capaz de fusilar a un “niño bien” para que su reemplazo empuñara las armas contra la insurgencia?

La confrontación sí ocurrió. Ocurrió entre el comandante del Bloque Norte (el amigo de Salvatore Mancuso y convencido del proyecto paramilitar de Carlos Castaño) y Rodrigo Tovar Pupo. Ocurrió contra el otro Pupo, el de los Pupo Pupo, el gozetas, el amiguero, el carnavalero, el bacán... el que hasta antes de la guerra no tenía nada que perder o por qué luchar.

Es verdad que Rodrigo, o el Papa, nombre de cariño que lo acompañó desde antes que caminara, y el comandante Cuarenta, ocuparon la misma piel. Lo que no se supo es si ese disparo, impulsado por las vacunas, el secuestro y la extorsión, fulminó al Papa Tovar. Puede que Jorge Cuarenta enterrara el cadáver de Rodrigo cuando salió de Valledupar para adentrarse en el monte y sus restos quedaran desperdigados con los de muchos otros que dejaron atrás las FARC y el ELN. Pero puede que el Papa sobreviviera al atentado y coexistiera, hombro a hombro, en el mismo cuerpo.

Ve tú a saber cómo la guerra puede cambiar a un hombre.

2. El amor chapado a la antigua

Valledupar es una ciudad de casas espaciosas, azotada por el calor seco de la sabana y zonas verdes, que más que verdes son terregosas. A las aceras les dan sombra los árboles de caucho y mango que surcan sus calles y desembocan en glorietas coronadas con emblemas del folclor. Esas glorietas conectan las vías diagonales de la ciudad como una telaraña: hebra por hebra. Con ese calor no es raro ver a las lagartijas con sus movimientos sincrónicos –paran y siguen, se detienen y te miran a los ojos– atravesar de un lado a otro por las paredes blancas de los interiores escapándole al sol.

Siempre, siempre, siempre, ha sido así.

Esas lagartijas son tátara tátara tátara tataranietas de los reptiles que surcaron las paredes de las casonas del centro, cuando la ciudad no era más que un par de manzanas y amores furtivos; cuando una generación de jóvenes que quiso manejar su destino.

Esos jóvenes ya no son tan jóvenes. Son los abuelos y los padres de los cesarenses que hoy tienen su departamento. Dos generaciones marcadas con sangre y muertos.

Si las generaciones de hombres fueran tan efímeras como las de las lagartijas, la historia de la fundación del Cesar y la violencia que la precedió serían historia patria, convertidas casi que en mitos y leyendas, con las rencillas superadas y un nuevo porvenir; pero el tiempo de los hombres y las lagartijas no es el mismo. Las heridas todavía no son cicatrices.

Claro, por esa época Rodrigo Tovar apenas era un niño que descubría el mundo aprendiendo a caminar, a hablar, a... a hacer todo eso que hacen los niños cuando se sorprenden cada tres minutos. Porque el Cesar y Rodrigo son contemporáneos y hacen parte de la misma generación. El primero es del 21 de diciembre de 1966; el otro del 22 de septiembre de 1960.

Algunas voces intentan explicar ese primer disparo, desde la historia, las heridas, los muertos, desde donde salgan argumentos. Voces como la del politólogo Federico García Naranjo, cuyo relato proviene, nace, desde su familia vallenata:

La idea de fundar un departamento nació de una generación de políticos liberales de Valledupar, para separarse del Magdalena Grande que es lo que hoy se conoce como el Cesar, La Guajira y el Magdalena. El que tenía los votos en esa zona era Pedro Castro Monsalvo, que era el patriarca político de la región, y no estaba de acuerdo con esa idea porque implicaba perder parte de su caudal político en el Magdalena y enfrentarse a la nueva generación de liberales, que abogaban por crear su departamento que reivindicara la cultura vallenata.

Estos hombres querían romper con Santa Marta porque en esa ciudad, con sus ínfulas de gringura y mundo, consideraban a los vallenatos ciudadanos de segunda categoría. Por eso se aferraron de lo que pudieron y pasaron el primer proyecto para independizarse en 1965 –como las lagartijas que se pegan a

la pared y no se sueltan— abrazados a la promesa de autodeterminación. La explicación de Federico García continúa:

La idea original no se concibe porque Nacho Vives, el equivalente de Pedro Castro Monsalvo en Santa Marta, para tirárseles el negocio, promueve la secesión de La Guajira que se da un año antes y se lleva los municipios vallenatos del norte, de lo que tradicionalmente fue la provincia de Padilla. Municipios como Villanueva y San Juan del Cesar que culturalmente no son guajiros sino vallenatos. Como en África, que la “racionalidad” dividió al continente con escuadra, los vallenatos quedaron regados en dos departamentos.

El problema, es que lo que quedó ya no alcanzaba demográficamente para formar un departamento, por eso cogieron toda la zona sur hasta San Alberto, que es santandereana y no vallenata. Para cumplir su cometido los liberales hablaron con Consuelo Araujo (La Cacica), Rafael Escalona y gente de este estilo para crear un relato fundacional de la cultura vallenata que hasta ese momento era proscrito; inclusive, en el Club Valledupar estaba prohibido tocar vallenato. Esa cultura del acordeón era lo que los hacía diferentes, aunque hasta entonces la despreciaron.

Además, no les quedó difícil porque durante el gobierno de Lleras (Carlos Lleras Restrepo, presidente entre 1966 y 1970) pasó una cosa que se conoció como la departamentitis, entonces el tema estaba en boga. Después del whisky y las negociaciones en Bogotá, porque hasta montaron oficina en la Jiménez, ya cuando la cosa estaba decidida, Pedro Castro se mató en un accidente de tránsito —el tipo más importante del Cesar y principal opositor de la propuesta—, entonces eso también ayudó. Por eso en el sesentaiocho se realiza el primer Festival Vallenato, porque se celebra esa identidad que inventaron.

En esos años de regocijo que auguraban un futuro prometedor, cuando el Cesar dejó Magdalena, crecieron Rodrigo y sus contemporáneos. Esos niños que eran amigos de juego y después de parranda. Amigos de picardías que con el tiempo se volverían ganaderos, arroceros, algodóneros, arquitectos o escritores —como Alonso Sánchez Baute— que no sabían, ni tenían por qué saberlo, el rumbo que tomaría la vida del Papa Tovar.

Una gran persona, eso te puedo decir, y te estoy hablando del Papa y no de Cuarenta, que conste para que no me saquen de contexto porque no es lo mismo. Alonso Sánchez Baute habla claro, no se pueden mezclar las dos cosas, no se puede describir al Dr. Jekyll pensando en Mr. Hyde ¿O sí?

Él siempre fue un tipo muy noble que se hacía querer donde llegaba y era fácil de tratar. Era de esas personas que acababas de conocer y sientes que llevas diez años hablando con ella. Se le nota que tuvo una infancia muy feliz. Era un pelaito Bien. Eso fue lo que le quedó a Alonso Sánchez de su compañero de infancia.

Cuando sus caminos se separaron entrados en la adultez, el uno protagonizaría la novela del otro: *Libranos del Bien.*

¡Cómo no iba a ser una novela su vida! si historias tuyas hay mil, verdaderas e inventadas, que solo podría corroborar él si decidiera romper el silencio que encierra en una prisión norteamericana. Lo que pasa, como con los grandes héroes y villanos, es que a su alrededor se tejió una leyenda que terminó desdibujando la realidad porque la lengua es un músculo bífido creativo. Si Hércules existió seguro no podría mover montañas, y la cabeza del minotauro no era más que una máscara, y Rodrigo Tovar era un tipo normal como tú o como yo hasta que decidió ponerse el uniforme. No se nace bueno ni se nace malo, solo se nace y punto.

Para nacer hay que tener papá y mamá, a menos que uno coma cuento y crea cualquier retahíla; es ahí donde empieza la historia de Rodrigo, porque antes de Cuarenta fue un civil más con familia, amigos, amores y uno que otro desacierto. Todo empezó cuando Rodrigo Tovar Córdova, un militar payanés, se graduó de la Escuela Militar de Cadetes en 1956 y fue enviado a Valledupar, ni más ni menos que al confín del mundo donde solo llegaba el sol de visita.

Hay quienes dicen que el amor es caprichoso, que hace lo que quiere cuando quiere, y junto con las pasiones y otros tabúes se encargarían de revolucionar al pueblo apacible y devoto unas décadas más tarde; cuando un puñado de rebeldes pusieran en tela de juicio hasta a la virginidad. Pero eso fue después, porque el amor en los cincuentas era diplomático, contenido, adecuado... un amor de sala de estar y visita con los papás a plena luz del día donde cualquier afrenta podía pagarse con la vida o el matrimonio. Así conoció el subteniente Tovar a Cecilia Pupo Pupo, la reina del Carnaval en 1955 e hija de Oscar Pupo Martínez, uno de los hombres más importantes del pueblo.

Si en el Cesar y Valledupar había diez familias principales, la familia Pupo era, sin duda, de las más destacadas en la sociedad vallenata. Incluso, si hacías una selección de las cuatro familias más importantes la familia Pupo también estaba ahí, no solo por su perfil social, sino por el liderazgo cultural y la simpatía que despertaban. Por eso Salvador Argote (que es un pseudónimo por pedido de la fuente en busca de reserva) sabía quiénes eran los Pupo desde antes de nacer, mucho antes que Cuarenta apareciera en la cabeza de Rodrigo. *Por eso la gente vallenata sabía quiénes eran los Pupo; cuando todos eran conocidos de colegio y se encontraban en las fiestas.*

De esa muchacha, de Cecilia, fue de la que se enamoró el subteniente Tovar en la época de Rojas Pinilla, de una de las princesas más pretendidas de la ciudad *que era símbolo de la alegría, símbolo de la simpatía, de la feminidad, que había sido reina del Carnaval... era espectacular sencillamente.* Una mujer como pocas, recordada, querida y admirada por Rodolfo Campo Soto, joven en esa época, que volvería recién graduado de ingeniería mecánica a la ciudad y años después sería el alcalde que invitaría a Rodrigo Tovar Pupo a su gabinete.

Pero al subteniente Tovar, que después ascendería a capitán y así sería conocido en la sociedad, no la tuvo fácil, como nadie que se enamorara en 1950. Cuando el Capitán Tovar llegó a la casa de los Pupo Pupo preguntando por Cecilia, uniformado con el prestigio de ser militar en ese entonces, no tuvo más remedio que devolverse a Bogotá: Oscar Pupo, el padre de Cecilia, puso la queja y lo mandaron llamar:

–Hombre ¿Usted qué hizo en Valledupar que tiene a gente importante preocupada?

–¡Imagínese usted! invité a salir a una muchacha.

Pero como el amor es perro y los hombres obstinados, el Capitán perseveró en su causa a pesar de que lo trasladaron a Ibagué, y que Oscar Pupo lo investigó sin descanso ¿Quién dejaría ir a una princesa con algo menos que un príncipe? El Capitán pasó la prueba y se hizo querer entre los vallenatos, y de tanto codearse se volvió uno más, *uno de los nuestros.* Así fue, y dos años después el Capitán Tovar y Cecilia Pupo se casaron el 13 de septiembre de 1958, dando inicio a la familia Tovar Pupo sin saber que más allá del amor y el cuento de hadas de provincia, su suerte sería más triste.

En palabras de Rodolfo Campo Soto, así eran los Pupo de Valledupar:

Oscar Pupo Martínez era un distinguido político y empresario ganadero, y en general un hombre muy querido en todas las capas sociales por ser un símbolo del Carnaval. Ciro Pupo, hermano de Oscar, fue el médico más importante de la región, porque fue el primero en llegar a luchar contra las enfermedades tropicales, contra la malaria... incluso, fue gobernador del Magdalena Grande.

A esa familia se unió el Capitán. En ese ambiente crecerían sus hijos.

La casa de Oscar Pupo era una especie de club vallenato, pues allí se hacían las grandes fiestas de navidad y año nuevo o se celebraban con mucha alegría los cumpleaños, antes de que se fundara el Club, o incluso después. Era un punto de encuentro. En ese ambiente de camaradería constante creció Rodrigo Tovar, no el Capitán sino el Comandante. Era una casa de risas y felicidad, y podrán dar fe sus compañeros de estudio y de parranda. Como efectivamente lo hicieron dándole la razón a Rodolfo Campo.

En esa casa de alegría y jolgorio se criaron Rodrigo, María Cecilia, Sergio y Silvia, los cuatro Tovar Pupo cuando Valledupar todavía era una tierra idílica parcialmente perdida para bien, o para mal, hay que ver las vueltas que da la vida y como lo dulce con el tiempo puede volverse amargo.

De los cuatro hijos, tres murieron prematuramente –cosas del azar y la venganza– y el que queda vivo puede que no vuelva a pisar suelo colombiano. A Cecilia (mamá) la atacó un Alzheimer desalmado y ya no recuerda cómo la curtió la vida, pero sigue al lado del Capitán que le puso el pecho a las cosas. Le puso el pecho porque su corazón es de mimbre, que se doble en vez de partirse.

Eso es resiliencia: la capacidad humana de asumir con flexibilidad situaciones límite y sobreponerse a ellas.

Así era el Valle del principio, el de una sociedad pastoril y de gente tranquila. El de las lagartijas que circundaban por las paredes los palos de mango en los zaguanes. El de la calma antes de entrar en la escena del panorama nacional. Un pueblo de carnavaleros en vez de comandantes, donde se empuñaban azadones, acordeones y guacharacas, mucho antes que los fusiles reemplazaran la voz y las guacharacas se opacaran con disparos.

El estruendo de guerra ya se veía venir con la primera migración de campesinos santandereanos a principios de 1960; llegaron a Valledupar escapándole a una violencia bipartidista que incendiaba al centro y sur del país.

Alonso Sánchez Baute, el escritor, lo veía venir:

Yo no logro entender cómo se transformó la ciudad, en qué momento se nos creció el enano de esa manera. Nosotros éramos un pueblo muy chiquito en el que todo el mundo se conocía, en el que entrábamos a todas las casas, en el que todos se trataban con todos. Pero la ciudad se fue creciendo y con la creación del departamento surgió una sed de grandeza más no de progreso, la gente se volvió muy codiciosa y ambiciosa, y la política y el dinero lo cambiaron todo. Alonso Sánchez tiene razón, porque a Valledupar la “realidad” y sus pestes le cayó de golpe propagándose como la malaria con el calor que combatió el doctor Ciro Pupo cuando era el único médico en el pueblo.

3. Woody y Buzz Lightyear

Nosotros fuimos amigos de toda la vida, aunque no estudiamos en el mismo curso, yo iba un poco más arriba que él. Siempre andábamos el uno adelante y el otro tras.

Woody y Buzz. Timón y Pumba. Wyne y Garth. Batman y Robin. Esos eran Amador Ovalle Pumarejo y Rodrigo Tovar: el Boy y el Papa. Dos amigos que supieron hacer y deshacer, conquistadores, que rompieron el molde y no lo quisieron recoger.

Una amistad de cuatro generaciones porque el abuelo de Amador era el único que podía calmarle las rabietas al doctor Oscarito Pupo. Su madre y Cecilia Pupo fueron desde siempre las mejores amigas. Y ahora los hijos de Amador y Rodrigo repiten la historia. Su amistad son cuentos que Amador no olvida.

En la infancia hacíamos lo que todos los chicos hacían: montar bicicleta, enamorar a las chicas... ese era el hobby NUMBER ONE. Íbamos mucho a las fincas, a la de él y a la mía, y en esa época hicimos un grupo de amigos al que le decíamos La Barra.

Los fines de semana nosotros andábamos en bicicleta y nos íbamos al Club Valledupar a jugar fútbol. En el camino nos tocaba pasar por barrios donde estaban nuestras bandas rivales, que molestaban a todo el que pasaba por ahí y a uno le tocaba casi que esconderse en la casa.

Una vez, uno de esos llegó hasta mi casa y casi que le pega a la hermana mía, y claro, a mi papá le tocó llamar a la policía. Pasando por ahí fue la primera vez que yo le vi al Papa el carácter que iba a demostrar después.

Había uno que era el feje de la banda, un brabucón, que era al que tocaba pedirle permiso para pasar y nos vivía acoquinado. Un día, saliendo del colegio, ese personaje nos paró a los dos y comenzó a insultarnos, no le importó que estuviera solo. Eso el Papa no lo aguantó.

–Tenme acá y tú no te metas que yo me voy a dar unas trompadas con este man –me dijo mientras me pasaba la mochila.

Y le ha pegado una muñequera al bobo ese, porque el tipo solo era sugerencias y nos tenía sugestionados. Desde entonces se acabó esa intimidación, ya podíamos andar por todas partes sin preocupaciones de nada.

Él no era violento la verdad, al contrario, pero si tenía su carácter y esa fue la primera vez que se lo vi y se hizo respetar.

Jorge Cuarenta no nació de un demonio ni se crió como un pecador sin sombra.

Carácter, hay que tener carácter. Muchas veces es mejor atajar a los hijos que arriarlos. La vida es una cuestión de carácter y él lo tenía ¿O no Hyde?

4. La fiebre del oro blanco

Valledupar no apareció en el mapa gracias a los presidentes López que en campaña se acordaron que su mamá y su abuela era vallenata. No fue gracias a Alfonso López Pumarejo ni a su hijo López Michelsen, fue otra cosa. Pero en la tierra los apellidos valen, después de todo ellos eran Pumarejo como Rodrigo era Pupo y eso no se puede negar.

Lo que sacó al Cesar de su anonimato –como a El Salado la masacre– fue el algodón. Hectáreas y hectáreas de algodón que en cosecha cubrían las sabanas de nieve. El algodón en vez de derretirse con el sol se volvía cifras de seis dígitos.

En 1970 el algodón tomó posesión de la tierra y sin saberlo fue **EL** (con la importancia del caso) punto de quiebre. Un antes y un después. El algodón trajo la plata, y la plata riqueza, y la riqueza guerrilla, tardíamente, que llegó a raspar lo que quedó después de la crisis. Y la guerrilla trajo al paramilitarismo que reclutaría al Papa Tovar. Esa época la recuerda Rodolfo Campo con la nostalgia de los años en un sofá:

Lo que pasa es que sembrar algodón era muy fácil. Solo con la cédula –que no tiene ningún tipo de recomendación– tú podías obtener un crédito si estabas inscrito en la Federación de Algodoneros, y así era, y así se hizo. Las personas alquilaban tierras para el cultivo, y al poco tiempo, con las ganancias de su trabajo, los arrendatarios podían comprar el terreno. Hasta el tractor te lo fiaban. Así crecieron los números de tractores, de desmotadoras... en fin, esto se volvió un terreno de oportunidades que conllevó al desarrollo de Valledupar.

Fue el baile de quince con el que el Cesar se presentó en sociedad ¿Quién iba a decirle que no al recién llegado y su billetera?

Las cifras que publicó el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en su investigación sobre el desarrollo social en Colombia, en colaboración con el Ministerio de la Protección Social, son claras: Entre 1962 y 1964 en el Cesar se sembraban 47.976 hectáreas de algodón, una tercera parte de la producción nacional, cosa de pioneros. Entre 1970 y 1974 la cantidad se dobló llegando a 108.188 hectáreas, dos quintas partes de la producción nacional. Con un total de 163.595 toneladas de mota producida los ojos de las personas se llenaron con signos de pesos, y dólares, qué más da, si al final empezó a haber plata que le dio un vuelco a la sociedad. El algodón se inventó las clases sociales.

Como Rodolfo Campo creció profesionalmente, lo hizo la ciudad, la población, las empresas, la plata y los problemas.

Cuando yo llegué no era fácil conseguir trabajo para mi profesión, ingeniería mecánica, y ahí se vio el cambio, porque fue la Federación Algodonera la que me contrató y me envió a estudiar a Estados Unidos para después venir a atender todo el desmote en la Costa Caribe; ahí se ve hacia donde se estaban perfilando las cosas.

Después pasé a ser gerente de la concesionaria Chrysler que llegó aquí –así llegaron muchas marcas y empresas– y después me vinculé a AsoCesar, que era una apuesta por independizar la producción algodонера en el departamento y asumí la gerencia de esa asociación. Incluso, AsoCesar llegó a ser una de las 100 empresas más importantes de Colombia, pero, después de la crisis, se termina liquidando a principios de los años noventa. AsoCesar era el accionista mayoritario de TAC (Transportes Aéreos del Cesar), porque en la bonanza llegaron a tener su propia aerolínea en épocas doradas de Avianca y Aerocóndor. Para el 2000 solo quedaban 3.775 hectáreas sembradas.

Para que adelantarse a algo triste cuando hasta ahora está empezando la felicidad.

La llegada del algodón al Cesar fue igual que cuando el tren amarillo llegó a Macondo con ocho meses de retraso, trayendo consigo a la United Fruit Company y a “tantas incertidumbres y evidencias, y tantos halagos y desventuras, y tantos cambios, calamidades y nostalgias”; y eso que era apenas un inocente tren amarillo.

El algodón lo cambió todo porque trajo migraciones y riquezas, sobre todo riquezas, a una ciudad que no las había tenido antes. De un salto llevó a un pueblo que vivía con costumbres heredadas de la colonia –que en el resto del país ya estaban en desuso– a la modernidad de pleno siglo XX.

Mientras en el condado de Sullivan, estado de Nueva York, se celebraba Woodstock, a Valledupar le llegaba la luz eléctrica.

5. Retrato de Rodrigo por Amador Ovalle

Él era un tipo muy sociable que a todo el mudo le caía bien: era chistoso. Siempre fue muy mamador de gallo pero de una forma tan bacana que al que le estaban mamando gallo no le daba rabia, porque hay personas que cuando maman gallo hieren, pero él no. Era un experto para arremedar y decía: “no, es que así baila tal” y bailaba; “y así habla tal” y lo hacía perfecto. Solo risas.

A él lo quisieron mucho acá por esa forma de ser tan suya. Por eso fue una gran sorpresa para muchos que terminara allá; pero como todo, tiene sus causas y sus consecuencias. Hubo muchas causas que lo llevaron al monte, que fue una consecuencia finalmente. No es que yo diga que quiero ser paramilitar de un día para otro; fueron muchos sucesos.

6. Los sastres de Villanueva

Pipe y José Bolívar Mattos eran dos hermanos de Villanueva, Guajira, que tenían una sastrería. De ahí que conocían a todos en el pueblo y estaban bien relacionados. En esa época, allá en la provincia, había tres niveles en los que se dividía la sociedad: la gente bien, la gente pobre y la gente considerada.

La gente pobre, más que pobre de recursos, era pobre de conocimientos con poco acceso a la educación. La gente considerada tenía educación, más no recursos económicos. Y la gente bien tenía educación y plata.

José Bolívar y Pipe Mattos pertenecían al grupo de la gente considerada, la más considerada de todas. Ellos tenían algo de educación y podían entrar a todas las casas del pueblo pero no pertenecían a la clase alta –que de alta no tenía nada– por una razón muy sencilla: nacieron hijos naturales, como entonces se denominaban legalmente.

Los hermanos eran hijos de don Erasmo Lacouture, un hombre renombrado de Villanueva, y una señora de apellido Mattos, que fue la que les dio el apellido. En esa época la sociedad guardaba unas

convicciones colonialistas sobre los apellidos y sobre la raza y otras cuestiones que ya están en desuso, pero entonces eran importantísimas. Por eso Pipe y José Bolívar recibían una cierta conmiseración por parte del pueblo, porque les veían como los Lacouture sin el apellido: tenían estudiados medios y llevaban su oficio de sastres, pero no tenían un peso.

Cuando llegó el algodón, con todas sus promesas, el par de sastres vieron su oportunidad. Ellos empezaron a sembrar en tierra arrendadas y lo que ganaron lo invirtieron en tierras y ganadería para llevar reses a Venezuela. Eran un par de hermanos muy unidos que tenían cabeza para los negocios, y con lo que les dio el algodón empezaron a hacer un nombre de la nada; sin necesidad del Lacouture.

En poco tiempo los sastres de Villanueva pasaron de ser sastres a prestamistas, justo cuando el pueblo no tenía bancos y las fortunas se forjaron con el sudor de la frente. En menos de 10 años se convirtieron en prósperos empresarios del campo y dejaron para siempre la aguja y el dedal.

Ellos sabían que lo más importante era la educación, porque fue con lo único que contaron cuando crecieron, y mandaron a sus hijos a estudiar a Bogotá y a Medellín. Todos pasaron por los Estados Unidos para que aprendieran inglés y conocieran el mundo.

Uno de esos hijos es Carlos Mattos –hijo de José Bolívar Mattos– el presidente de Hyundai y uno de los hombres más ricos e influyentes del país. Como Carlos, sus hermanos y primos triunfaron en los negocios gracias a lo que sus papás les dieron con el algodón. De no haber existido nunca la bonanza, Pipe y José Bolívar habrían pasado toda su vida como sastres heredándole el oficio a sus hijos renovando la generación de sastres de Villanueva.

El oro blanco le dio una segunda oportunidad a una tierra seca y curtida por el sol; y como los Mattos hay muchos apellidos que surgieron de la nada y el polvo.

7. Amadorsito Ovalle, el rey de las chicas

Una vez salí que mi mamá me prestó el carro y me dijo que lo tenía no más por una hora.

Ese día estaba acá un primo hermano, Jaime Quijano, y recogimos a las chicas y yo me pasé de la hora. En esas se hizo de noche y ya llevábamos cuatro horas de andar en el carro y nos estaban buscando, porque en esa época el Valle era un pueblo chiquito y cuando le gente veía el carro avisaba.

–¡Por acá están! ¡Por allá pasaron!

No joda, el revuelo que se armó.

En esas yo me desesperé cuando vi unas luces y le metí rever al carro como loco, con la mala suerte que lo que me paró fue un poste. Cundo vi el carro me quedó desmigajao desmigajao, y yo dije: ¡miércoles! Ahora sí que no puedo llevar el carro a la casa.

En esas me acordé que el Papa estaba solo porque todos los 31 de diciembre su familia se iba para Cartagena y no sé por qué él se quedó esa vez. Entonces allá llegamos y le conté lo que nos había pasado. Que necesitaba esconder el carro y a las chicas porque yo ni me podía aparecer por la casa.

–El carro puede entrar... pero tú no hasta que me consigas otra chica, o qué pensaste, qué se van a quedar ustedes cuatro y yo viéndolos.

Y nos ha tocado volver a salir en el carro chocado a buscar a la hermana de una de las que estaba con nosotros para poder escondernos en su casa.

Ya cuando teníamos como tres horas de estar escondidos pasó mi mamá con mi hermano Joaquín Tomas y Joaco vio el carro.

–¡Ay! ese parece el carro de mi mamá pero no es porque está desmigajao –le dijo Joaco a mi mamá y alguien más le respondió.

–¡No! ese sí es porque tiene la calcomanía de la escuela militar.

Yo en esa época ya estudiaba en la escuela militar y tenga, por eso nos descubrieron pero nosotros quietos. En esas seguíamos ahí con las chicas mientras mi mamá llamó a todo el mundo y la oíamos gritar desde la calle como loca.

–¡Salgan! ¡Que salgan!

Y el Papa le respondía desde la ventana:

–¡Llévense el carro! Pero nosotros no salimos y yo no los entrego.

–¡Que salgan! Rodrigo, déjalos que salgan por tu bien. Esto lo va a saber tu mamá.

Efectivamente esa noche llamó a su mamá y a él lo castigaron. A mí, que me quedaba como una semana de vacaciones ¡Nada! Me devolvieron a la escuela militar. Y a mi primo tampoco lo dejaron ni un minuto más en Valledupar, lo mandaron derecho a Barranquilla. Al día siguiente nos separaron, pero cuando estábamos adentro él me decía:

–Tú tranquilo, Boy, que si se atreven a entrar les soltamos el perro.

Y eso que nunca supieron que estábamos escondidos con chicas.

8. Rituales japoneses

Hay dos cosas que importan en la vida: la familia y la plata, depende a quién le pregunten.

Los japoneses prefieren el *seppuku* al deshonor familiar. Para resarcir sus faltas los samuráis se arrodillaban, abrían el kimono, ponían las mangas bajo las rodillas para no caer hacia atrás cuando los acogiera la muerte y se clavaban una daga en el estómago. El corte iba de izquierda a derecha y después arriba hasta el esternón; siempre con la actitud más solemne que se puede tener con el filo rebanado las entrañas. Eso era una forma digna de amor y respeto para no manchar su casta. Solo el suelo de sangre. Pero ninguna inmolación en Japón se compara con el estupor que causó en Valledupar la muerte de Silvia Tovar Pupo, la hermanita del Papa. Eso duele mucho más en un pueblo chiquito donde “todos se quieren con todos” y desde la independencia nada había pasado. Fue un entierro solemne con los niños vestidos de blanco y un luto comunal.

Nosotros teníamos como catorce o quince años cuando pasó y le dio muy duro, tanto así, que le costó mucho superarlo. Eso bien lo sabe Amador, que estuvo acompañando al Papa como Woody a Buzz cuando se dio cuenta que era un juguete.

Ella murió en un paseo por la época en que ya todos nos íbamos a estudiar fuera, que los papás nos mandaban a otros colegios para terminar como se usaba en esa época. Yo me iba a la Escuela Militar y ella se iba para el Mery Mount de Barranquilla con mi hermana. En esas nos fuimos a una finquita cerquita de Valledupar y Silvia se montó en un caballo con otra amiga, el animal se desbocó y no le pudieron frenar la carrera y ella se cayó.

Se golpeó aquí arriba –Amador se toca con dolor en los ojos el punto que conecta cabeza y cuello– y no volvió. En ese momento a él le dio muy duro pero con el tiempo lo superó por más que fuera su hermanita. Él la amaba pero nunca flaqueó su carácter.

Además, eso era algo que nunca antes había pasado en Valledupar, la muerte de una niña tan prematura fue un shock duro para él, para mí, para todos, y la familia de él un tiempo después se fue a vivir a Bogotá. Yo creo que la mamá nunca los superó.

Rodrigo siguió adelante, porque no es ni el primero ni el último que verá la muerte de un hermano ¿Duro? Sí ¿Irremediable? También. Pero el corazón no olvida y cuando se hace valer ¡se hace valer! Por más que fuera *un pelao normal, incluso, demasiado bueno y servicial que no le gustaban los problemas, un tipo bien criado de la familia y la sociedad*, sentencia Amador.

No le gustaba pelear pero se defendía. Ningún bobo iba a intimidarlo a él o sus amigos como el brabucón ese, y mucho menos a hablar de su hermana. Si no era él, era La Barra la que ponía las cosas en orden.

Rodrigo nunca fue un tipo violento aunque le metieran los dedos en la llaga, y cuando pasaba Amador estaba a su lado para poner la cara: *Una vez tuvimos un problema en el Club Valledupar que lo inicié yo porque él no se atrevió.*

Un tipo dijo un comentario cuando ya su hermana estaba muerta y él me comentó que el pelao andaba diciendo que fue novio de Silvia, y eso no lo iba a aceptar. Me lo dijo como dos veces. Yo le respondí que me lo dejara a mí y fui yo el que peleó con el muchacho. Eso terminó casi que en una pelea entre familias ahí en el mismo club ¡Pin-pan! ¡Pin-pan! Pero él no se metió por más que le doliera.

Después vino el papá, que era un hombre muy fuerte, y le pegó al frente de todo el mundo. Él ahí todavía tenía el problemita de la hermana, pero a pesar de la rabia evitó la pelea lo que pudo. Fuimos sus amigos quienes salieron a poner la cara y asumieron la defensa.

Silvia Tovar Pupo, de 13 años, se accidentó en la finca Panorama el 6 de enero de 1975 al caerse de un caballo desbocado golpeándose la nuca con un peñasco, lo que le causó muerte cerebral. Dos días después murió. Ese 6 de enero llevaba una camisita amarilla.

Existen dos tipos de personas: los que anteponen primero la plata sobre la familia; y los que prefieren a la familia. Los dos se mueven con ritmos diferentes; la plata y la familia a veces se confunden. Como Rodrigo amó a su hermanita, amó al resto de sus hermanos, a sus papás, y después a su esposa e hijos; incluso, hasta llegar a límites sombríos para protegerlos.

Ese hombre no se fue por plata, él pensó que estaba sucumbiendo por honor; que hacía un *seppuku* japonés.

9. El verano y otros demonios

Un día de sol en 1977, así como llegó la primavera con el algodón, partió para no volver. El verano fue implacable. Abandonó al Cesar dejando un pueblo a su suerte con las tierras acabadas y hambre. Así como el algodón enriqueció a los hermanos Mattos y llenó sus bolsillos, fue el mismo algodón el que sumió al departamento en una desolación sobrecogedora.

De un disparo le volaron la cabeza a la gallinita de los huevos de oro, que cayó lívida y se le untó el pico de sangre coagulada con polvo sabanero. Después del algodón, porque siempre hay un después del ahora, la región retrocedió en el tiempo volviendo a las viejas prácticas. Cuando se tuvo mucho, no es fácil volver a tener poco.

Esa época de los ochentas fue caótica, algunos cultivadores llegaron a suicidarse, gente que perdió todo lo que había logrado. Se malvendieron los bienes que habían conseguido. Se malvendieron las residencias. A este barrio, Novalito, que se construyó con el algodón le decían irónicamente “Novalenada”, o algo así. Como le pasó a Rodolfo Campo y lo recuerda, la ciudad fue perdiéndose poco a poco. Todos, de una manera u otra, fuimos perdiendo nuestras propiedades y los bancos nos las subastaban. Con esas penurias se vivió durante mucho mucho mucho tiempo.

MALVENDER. Esa fue la constante. No es que se perdiera la tierra o se regalase: se **malvendía**. Tú malvendes, yo malvendo, ustedes malvenden, nosotros malvendemos, vosotros malvendéis. Ese fue el verbo de moda en la década de 1980. Lo que se consiguió con diez años de trabajo desapareció a cambio del bollo limpio, el guineo, el plátano, el arroz, la carne molida y el chicharrón para unas semanas. La tierra no vale nada cuando el dueño tiene hambre.

¿Qué pasó? ¿Por qué de un momento a otro se secó el oasis y el desierto de La Guajira volvió a reclamar lo que desde siempre fue suyo? Mucho antes de que los españoles enterraran la cruz en estas tierras. Las versiones son diversas:

Salvador Argote; ganadero, agricultor y negociante:

Valledupar, y el Cesar, fallaron en que el excedente del algodón no se invirtió en un proceso de industrialización propio, esa era la semilla del desarrollo que no germinó. También se hizo caso omiso

a quienes propusieron destinar parte de las ganancias a la creación de un “Fondo Nacional del Algodón” que amortiguara los malos tiempos. Se pensó que la bonanza no tendría fin.

Esta crisis sucedió por la caída de los precios internacionales en la bolsa de Liverpool, que era la que dictaba la tasación mundial del algodón; por mal manejo de los cesarenses; por falta de una asistencia y monitoria gubernamental de lo que era un proceso económico de magnitudes muy grandes.

Los primeros cultivos se manejaban casi que sin fumigación y eran amigables con el medio ambiente. Fue después, con los malos manejos de la post cosecha, por no cortar la zoca en cuanto era recoglectada la mota que surgieron las plagas; el picudo sobre todo. Se hizo necesario que en la siguiente cosecha hicieran una fumigación aérea, y en la siguiente dos, y tres, y cuatro, y llegó un momento en que tocaba hacer trece o catorce fumigaciones que se comieron las utilidades y la gente empezó a colapsar.

Federico García, politólogo:

No fue tanto por la caída de los precios del algodón, sino porque le cambiaron las reglas del juego a los actores del acuerdo, a los algodoneros, textileros etc... para favorecer al sector financiero. Eso se dio por una breve apertura económica durante el gobierno de López Michelsen entre el setenta y tres y setenta y cuatro, porque se empezó a reevaluar el Estado de Bienestar. Cambios como, por ejemplo, que subieron los intereses que antes eran muy bajos. Con ese panorama cayeron los precios.

Rodolfo Campo, algodonerero y ex presidente de AsoCesar:

En la temporada del 76-77 (año en el que se siembra y se recoge) hubo un verano muy fuerte que golpeó el ingreso de los algodoneros. Al año siguiente los algodoneros siguieron, incluso aumentando las áreas de cultivo, y se dio la presencia inusitada de una plaga que venía siendo controlada con unos insecticidas que se llamaban las piretrinas y, de manera inexplicable, el gobierno no autorizó la importación para esa cosecha.

Pudo ser una cuestión razonable para los funcionarios del gobierno, puede que las casas comerciales abusaran con los precios, pero no se calculó el impacto que iba a tener en los cultivos porque la plaga destruyó las plantaciones. Ese año no se cogió absolutamente nada, y para colmo, el siguiente año (cosecha 78-79) se cayeron los precios internacionales del algodón. Fueron tres años seguidos que los cultivadores no pudieron aguantar y, como si fuera poco, los precios bajos se mantuvieron durante más de diez años.

La caída de los precios, la etapa final de la época dorada del algodón, estuvo cerca de borrar a Valledupar del mapa; tal cual como Macondo: “...arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres”.

Muchos dijeron que fue culpa del Estado, por su omisión, por su vista gorda, porque “no hubo ni López ni Turbay que valieran para salvar al departamento”; aun cuando en el gobierno de López se dieron los precios más altos. Mientras en otras regiones les lanzaron salvavidas cuando cayeron los precios del café, por ejemplo, al Cesar lo dejaron a su suerte como un perro enfermo. El progreso se esfumó y fue reemplazado por el olvido... nuevamente. Como siempre había sido, volvía a ser.

La ciudad en la que Rodolfo Campo vivía se volvió fantasmal: *Los bancos abandonaron la ciudad, quedaron apenas tres. De las concesionarias de vehículos y tractores solamente quedó una... se abandonaron las actividades y las bodegas. Todo ese movimiento que se vivió desapareció de la noche a la mañana y el desempleo y la pobreza cundieron rápidamente.*

Hay quienes creen que construir una casa nueva, para dejar la casita de tierra pisada en la que vivió su familia por generaciones, o pasar de un Willys viejo a un Toyota nuevo, es apenas el derecho natural del trabajo. Lo que ganaron con sudor y ganas de vivir mejor. Eso no se discute. Lo que critica Rodolfo Ortega Montero, abogado que ha litigado desde el algodón hasta el paramilitarismo y después, es que ese derecho natural se salió de las manos.

Que fue puro derroche:

Aquí hubo una especie de irresponsabilidad con los cultivadores del algodón porque vivían al crédito de su cosecha. Con el primer contado se iban a Europa, o compraban carros, y hubo una competencia pueblerina en ese sentido lo que impidió que hubiera una capacidad de ahorro, por lo que cuando se provocó en 1978 esa coyuntura nefasta, los agricultores quedaron quebrados y el Estado no los quiso financiar. De ahí que nos tocó pasar una época de penurias porque mucha gente dependía de algún modo del algodón.

Fuera como fuese el algodón se fue de Valledupar en 1977, al igual que los hermanos Tovar Pupo que todavía cargaban a costas la muerte de Silvia. Ellos estaban próximos a graduarse, y se disponían a entrar a la universidad en Bogotá, por lo que se radicaron en un apartamento en el barrio el Chicó.

Esa crisis, que provocó pobreza y evidenció desigualdad, fue la semilla de inconformidad que germinó más adelante en los oídos de algunos sectores cesarenses cuando llegó el discurso guerrillero de izquierda y reivindicación. En poco tiempo las sabanas cambiarían el blanco de los cultivos por el rojo coagulado.

10. ¿Quién se comió los pasteles?

El apartamento Tovar Pupo en la calle noventa y dos con carrera novena se volvió famoso entre los vallenatos y La Barra que vivían en Bogotá. Fue uno de los cuarteles donde se atrincheraron para seguir revolucionando al mundo como lo hacían en Valledupar.

Por esa época, Rodrigo empezó a estudiar en el Colegio San Bartolomé de la Merced, después pasó al San Viator y terminó por graduarse del Interandino, “donde jugar un partido de fútbol era casi que un asunto de orden público”.

Este cuento es de mi primo, José Calixto Mejía, que fue compañero de pupitre del Papa, recuerda risueño Federico García:

Cuando el Papa se iba a graduar le llegó al Capitán la invitación, que vivía en Valledupar, y él decía: “¿Colegio Interandino, eso qué es tan raro? Pero bueno, vamos”. Cuando ese pobre hombre llegó quedó lívido porque él había mandado a su hijo a un bueno colegio, al San Viator, y no a ese que ni se sabía el nombre. Estaba aterrado.

La tapa del cuento es que cuando empezó a sonar el himno nacional el rector del colegio prendió un cigarrillo y al Capitán casi le da un ataque. Esa escena los describe muy bien a ambos, el papá muy rígido, muy formal; y el otro un bacán.

En Valledupar esa historia es famosa, se la saben por todas partes, como muchas otras de Rodrigo y Amador en su época de estudiantes. Incluso llegaron a quedar plasmadas en la letra de uno que otro vallenato. No es mentira que el Boy y el Papa en su juventud pensaban que las normas, todas toditas, estaban abiertas a debate y eran pura *mamadera de gallo*.

La vida era un vacilón que Amador recuerda vivamente:

Un día, cuando nos reunimos para la parranda el Papa dijo que no quería salir porque tenía un parcial o algo así, y se quedó en su casa pero el resto nos fuimos. Nosotros estábamos en medio de la parranda y en esas el Nene Martínez me dice:

–Oye ¿tú no tienes hambre?

–Sí, pero no hay plata –le dije.

–No, tranquilo. Yo vi unos pasteles (tamales en la región andina) donde Chide y Mayito Arregoces, y tú sabes que ellos no le echan seguro a la puerta.

Y nosotros nos hemos ido a donde los Arregoces que vivían en el mismo edificio que el Papa, él en el primer piso y ellos en el cuarto.

Nosotros llegamos, entramos al apartamento ¡y nos hemos llevado toda la olla de pasteles! que era un encargo especial que les habían mandado. No dejamos uno. De pura maldad desenvolvimos los pasteles e hicimos un camino de hojas desde el cuarto piso hasta la entrada del apartamento del Papa. Cuando Mayito se despierta al día siguiente y no encuentra los pasteles en la cocina, abre la puerta del apartamento y ve un camino de hojas ¿qué hace? Pues lo sigue.

Y llegó hasta donde el Papa gritando y tumbándole la puerta, pack pack pack pack:

–¡No joda! ¡Abre la puerta degenerado!

Cuando el Papa fue y le abrió se ganó tremendo regaño que por degenerado y abusivo y esas cosas. Después, cuando nos vio nos dijo:

–No joda, a mí no me vuelvan a hacer eso. A mí no me dolió el insulto, lo que casi me mata fue ver a Mayito recién levantada ¡No me vuelvan a hacer esa maldad!

Ese cuento se regó en el Valle y se hizo famoso, y la pobre Mayito quedó lista.

Después en el Valle él empezó a referirse a los Arregoces como los alemanes monos y ojiazules, y ellos eran lo más morenos, y cuando se enteraron tampoco les gustó. Entonces Mayito cogió al Papa y le preguntó que quién había salido con el chiste y él le dijo que yo. Claro, me gané el regaño pero no dije nada porque él se ganó el otro.

–Si ves, y tú que pensabas que yo me iba a quedar con la de los pasteles.

11. Green lights and hippies

Marihuana. Marihuana por todas partes ¿A qué te huele? Freedom from America.

*Rodrigo, Amador y el resto de La Barra fueron la generación transgresora e irreverente de pelo largo, rock en inglés, camisas escandalosas y aretes. Los “incomprendidos” muchas veces pasaron por maricas ¡Con esos colores! Y marihuaneros ¡Con esas mechass! Pero como recalca Amador: *ese tema no era con nosotros.**

Mientras La Barra hacía de las suyas en Bogotá, un humo denso y verdoso “de esos cigarrillos que dan risa” fue inundando la Costa Caribe. Narcóticos y música estridente. La bonanza marimbera que explotó a principios de la década de 1980 fue, para algunos, el atenuante para la crisis que dejó el algodón:

–Chill out men! Hit this bad boy and come with me to search for Lucy in the sky with diamonds.

El auge marimbero se extendió por toda la costa como el humo con la brisa y Valledupar no quedó exento, aunque hay que decir que el asunto no fue tan fuerte como en La Guajira o Santa Marta. Las cosas como son. Así lo cuenta Federico García, con un cigarrillo entre los labios:

La bonanza marimbera se puede decir que empezó con las Fuerzas de Paz, con los Ejércitos de Salvación, y ese tipo de iniciativas que tuvo el departamento de Estado de los Estados Unidos para enviar jóvenes a América Latina a hacer trabajo social con las comunidades.

Estos chicos empezaron a llegar a las comunidades, y los que llegaron a Santa Marta se encontraron con una marihuana buenísima que siembran en la sierra y son ellos los primeros que llevan marihuana a Estados Unidos cuando regresan. Claro, eran los años sesentas-setentas donde no había muchos controles ni perros. Eso empezó a popularizarse y se volvió un negocio tremendo.

Lo que arrancó con unos estudiantes trasgresores y locos, que se llevaban su porrito para fumárselo allá, terminó volviéndose un negociazo. A partir de ahí se constituyeron redes de transporte entre Colombia y Estados Unidos y esto era sacar kilos y kilos y kilos y kilos de marihuana por La Guajira, que siempre ha sido un territorio inexpugnable y la puerta de entrada del contrabando desde la colonia. Y Valledupar –o la provincia de Valledupar– está ahí nomás.

La plata que dejó la marihuana no fue poca e hizo las veces de un salvavidas que el Estado no les lanzó a los vallenatos cuando se hundió el barco algodónero. La marihuana amortiguó los bolsillos y permitió que circulara metálico por la ciudad.

Esta situación permite el surgimiento de nuevos personajes como los Gnecco o el Gavilán Mayor – explica Federico García– porque se veía como algo normal; ilegal, sí, pero legítimo. Es decir, si tú siempre has contrabandeado con ganado y ahora lo haces con marihuana pues da igual. Es igual de ilegal.

Con el tiempo, el apellido Gnecco tomaría importancia y Jorge, el patriarca del clan, le daría un vuelco a la historia del Cesar; eso vendría más adelante.

Con la marihuana llegó al Cesar la cultura traqueta infiltrándose con extravagancia. La ciudad empezó a tener como referentes a Barranquilla y Riohacha, antes puertos del desarrollo, ahora polos marimberos. Del progreso se pasó al ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre y muerto por muerto ¡Ay dónde por accidente atropellaran a un cabrito!

Terribles consecuencias que dejó la primera ola de narcotráfico, una hecatombe cultural de la que se lamenta Rodolfo Ortega, el abogado:

Algunas personas que estaban metidas en ese negocio no tenían la cultura para poseer dinero –porque yo digo que antes que tener dinero hay que tener cultura–, y empezaron con una serie de extravagancias. Por ejemplo, comprar una casa que no le gustaba en el mejor barrio de Barranquilla para pasarle un Buldócer y reedificar... en fin, haciendo locuras.

Si había un cumpleaños, mandaban a un compositor vallenato a que le escribiera canciones, editaban 15.000 discos y los regalaban. Se dio una competencia de lujos y de carros y camionetas y todo ese tipo de cosas. Si les gustaba tu casa te ofrecían dos o tres veces más, y eso hizo que se inflaran los precios.

Hay el cuento de un hombre que mandó a comprar todo el hielo que había en el pueblo para que le enfriaran la piscina y pudiera pasar guayabo.

En las parrandas de antes los hombres declamaban poemas de García Lorca y Neruda de memoria... de ahí pasaron a descerebrarse con whisky, con el bultico del revolver marcado bajo la camisa.

12. Carros y travestis

La vaina es que él siempre fue un tipo entrompador, entonces yo siempre lo llamaba para que me hiciera el cuarto con alguna pelada.

Más aventuras que cuenta Amador con el Papa:

–Te necesito pa' que salgas con la amiga.

–¡No joda, Boy! ya me vas a tirar el travesti ese otra vez –me decía él porque ya la conocía.

Yo sabía que la pelada era fea pero igual él salía, y nos íbamos a las chiquitecas que quedaban por allá en la sesenta y tres y abrían desde las tres de la tarde. Y nosotros chiqui-chán chiqui-chán chiqui-chán chiqui-chán, y la pasábamos muy bacano. Pero no éramos solo los dos, eso era toda La Barra: el Nene Martínez, Eduardo Baute... todos. Siempre fuimos muy unidos, y lo seguimos siendo todavía, solo que él ya no está.

Después, cuando yo lo visitaba en la clandestinidad y mamábamos gallo él me decía:

–¡No joda, Boy! Tú para qué quieres que salga contigo, pa' que me vuelvas a tirar al travesti ese ¿Te acuerdas?

Y nos atacábamos de la risa.

La amistad entre los dos no se acabó ni siquiera cuando Amador entró a la Escuela Militar y le cortaron el pelo. Amador calvo y el otro con su melena. La amistad sobrevivió cuando el asunto del pelo se

invirtió: Rodrigo enlistado y tuso en la escuela y el otro sonriente. La amistad lo aguantó todo; resistió el viaje de Amador a Boston; resistió la partida de Rodrigo al monte.

Yo creo que él iba a hacer carrera militar, pero pasa que tuvo un problema de meniscos y eso le complicó la carrera y le tocó pedir la baja. En la familia de él, por el lado paterno, todos son militares: el papá es mayor retirado del ejército, el tío abuelo fue comandante de la FAC, y así. Quién sabe –como dice Amador–, sin la lesión el Papa pudo haber sido comandante de otro ejército.

Con el tiempo y la guerra el Papa se fue dando cuenta que los amigos no son tantos y muchas veces las intrigas someten a los recuerdos. Que en las malas se ven más espaldas que caras conocidas.

Eso fue después ¡Que siga la fiesta en Bogotá! Chiqui-chán chiqui-chán chiqui-chán chiqui-chán...

Una vez nos robamos el carro de mi tío cuando yo vivía con él en Santa Bárbara alta, porque yo sabía dónde dejaba las llaves. Nosotros abríamos la puerta y na' má era empujarlo un poquito porque como todo eso era bajada ya después rodaba solo y lo prendíamos un par de cuadras más abajo.

Esa vez nos fuimos a buscar a las peladas en el carro y terminamos en una discoteca en la Avenida Chile con quince. Y el Papa dele que dele todo el camino: “¡Boy! Que déjame manejar, que déjame”. Y pues yo lo dejé.

Cuando llegamos yo le dije que sacara las llaves y él las sacó, y cuando volvimos al carro como a las dos de la mañana y me muestra el llavero... no estaban las llaves. Cuando él jaló el llavero se abrió y quedaron las llaves ahí metidas.

–¿Qué hacemos? ¡¿Qué hacemos?! –empecé yo con la preocupación del caso–. ¡Mi tío me va a matar!

–¿Y si desmigajamos el vidrio del carro? –me propuso él.

–No, no. Eso después es peor.

Entonces nos fuimos cada uno a su casa y nos acostamos a dormir como unos angelitos. Al otro día se despertó mi tío dando gritos:

–¡Se robaron el carro! Cómo es posible que se robaran el carro dentro del garaje ¡Y con las llaves!

Eso se armó un escándalo, que iban a botar a la muchacha del servicio, y que tal, y entonces yo salí:

–Bueno, yo asumo la culpa, pero el Papa también fue.

Y que de buenas, eso fue un viernes, fuimos el domingo y el carro estaba ahí. Intacto. En esas mi papá y mi mamá ya se iban a venir a Bogotá para responder por el carro y ver qué había pasado.

Yo creo que eso fue castigo divino porque ya llevábamos como dos meses con ese jueguito... hasta que se soltaron las llaves.

(En febrero de 1980, mientras Rodrigo salía de una y se metía en otra, en Amalfi –un pueblo perdido en la mitad de Antioquia que el paramilitarismo volvería célebre– la familia Castaño Gil recibía una carta de las FARC en la que pedían 50 millones de pesos por la liberación de Jesús Antonio Castaño, que llevaba 8 meses secuestrado.

La respuesta de sus hijos: Fidel, Vicente y Carlos fue clara: “nunca hemos tenido esa plata y si la tuviéramos algún día, sería para combatirlos a ustedes”.

Los hermanos Castaño, para entonces, sospechaban que su padre había muerto en cautiverio y desde entonces se enfrascaron en una lucha de venganza antisubversiva sin cuartel. Ese sería el mito de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, primero, y después reconfiguradas como las Autodefensas Unidas de Colombia.)

13. La primera célula antes de la metástasis

Los sociólogos dicen que las corrientes políticas tienen ciclos, son ondas con crestas y valles donde las tendencias se van alternando la popularidad y el corazón. Van y vienen.

Fidel Castro, el Che Guevara, LA REVOLUCIÓN, Cuba, la reivindicación ¿Por qué tú tienes y yo no? Durante los años sesenta la izquierda tuvo su auge en Latinoamérica con el vecino de la Florida a la cabeza. De ahí el fenómeno fue corriendo río abajo. Claro, cruzó Colombia y dejó huella:

1962: Se instaura la primera célula del ELN desde la Habana patrocinada por Cuba y encabezada por estudiantes.

1964: Nacen las FARC refugias en los llanos orientales después de que Guillermo León Valencia recuperara Marquetalia y las otras repúblicas independientes.

1967: En el Urabá antioqueño empieza a operar el EPL apoyado por una facción del Partido Comunista.

Estas son algunas de las guerrillas y grupos revolucionarios que aparecieron, pero la lista podría seguir por páginas y páginas hasta el tedio. Es decir, tomó fuerza la intención de tomarse a un país campesino e inconforme por las armas ¿Cuántos votos cuesta un fusil?

A pesar del aislamiento, del sol inclemente y la perpetua calma pastoril, el ímpetu de revolución llegó hasta el Valle ganándole la carrera al Estado, que empezó con 200 años de ventaja, volviéndose ley donde no había. De esa paz, en pocos años, el Cesar se convertiría en uno de los tres departamentos con más secuestros del país.

Simón Martínez Ubarnez es un politólogo y filósofo de Chiriguaná que trata de explicarse cómo llegó la violencia al Valle:

En 1970 apareció la primera célula guerrillera del ELN en el centro del Cesar a causa de un desastre ecológico-ambiental que hubo allí, en la región de Poponte.

Aquí hubo una especie de avalancha, como un ciclón, en ese invierno en el mes de octubre. Un cerro se deslizó tapando el cauce de una quebrada y eso quedó como una represa. La represa creció y creció, y cuando la presión fue tanta, eso explotó como un tapón e inundó toda la región barriando con pueblos, cultivos y ganaderías en toda Chiriguaná.

Después de eso llegó la ayuda solidaria de todo el país, llegó la Cruz Roja, y buses de distintas universidades –incluida la del Tolima– que traían “estudiantes voluntarios” que venían a ayudar con la rehabilitación de la zona. Muchos de esos voluntarios en verdad estaban enlistados en la guerrilla y llegaron camuflados para conformar lo que fue la primera célula de ELN en el Perijá.

¿Guerrilleros disfrazados? ¿Estudiantes disidentes? No se trata de encasillar personas ni alimentar estigmas. El punto es que la guerrilla llegó. Llegó el ciclón que devastó Chiriguaná. Llegó para darle un vuelco a la realidad, para bien, o para mal.

Pero no fueron los únicos, más adelante entraría la guerrilla de las FARC, el M-19 en el sur y el EPL en el nororiente. Cuando los dos últimos se desmovilizaron quedaron el ELN y las FARC en el departamento.

14. Moda y amor de primavera

El Capitán Tovar, en los años cincuenta, se ganó a pulso el corazón de Cecilia Pupo, la bendición de don Oscar Pupo y el respeto del resto de Valledupar. Quién sabe si él se habría quedado en ese cruce de caminos si no hubiera sido por amor, porque en los cincuentas los hombres eran románticos y las mujeres castas.

Eso fue lo que cambió al Papa: el amor. Y en su defecto, el matrimonio. La forma práctica de demostrar que la cosa va en serio y que nadie va a deshonorar a nadie y que no hay de qué preocuparse.

En eso coinciden todos: a Rodrigo Tovar Pupo la que le puso los pies en la tierra fue Ana Carolina Vélez. O Annie, como siempre la conocieron. Por ella él dejó las locuras, los cuentos de carros y la “vagabundería”; porque durante la adolescencia lo acompañó una fama de descarriado.

Así vio Alonso Sánchez el cambio de su antiguo compañero de recreación cuando el Papa se saltaba la paredilla para jugar en su patio:

Rodrigo era un pelao promedio tirando pa' abajo. Él era un muchacho al que no se le veía mayor futuro. Hijo de una familia con dinero que no tenía mayores aspiraciones en la vida. Así lo veía yo hasta que se casó, ahí empezó a cambiar; yo creo que fue la responsabilidad del matrimonio.

Él empezó a calzar los zapatos de su papá y dejó de ser el rebelde que siempre le mamó gallo a las reglas de la casa. Ahí dejó de ser el pelao indisciplinado que le robaba las llaves del carro al papá para sacarlo por la noche y que chocó un par de veces.

Casualmente, Rodrigo no fue el único de La Barra en casarse joven. Toda la camada pasó simultáneamente de las locuras de la soltería a las locuras del matrimonio entre los 19 y 23 años.

En Valledupar todos pensaron que habían llevado el desorden de la calle a la casa y no les daban ni 15 minutos, pero mira... el Papa tuvo tres hijos con Annie y estuvo con ella hasta que empezó a salir de noche a mediados de los noventa; ya no de fiesta sino a hacer ronda. Ella creía que él tenía una amante a la que veía cada vez que tenía oportunidad... hasta que, en efecto, sin más opciones ante sus reclamos, él le presentó a la otra: unos fusiles que tenía escondidos en una tula.

– ¿Tú qué crees, que los guerrilleros que aparecen muertos se mueren solos?

Pero eso fue tarde en los noventa; hasta ahora estaban empezando una vida juntos.

Annie y el Papa se conocieron en Bogotá cuando él se escapaba con Amador en el carro del tío y vivía en el edificio del Chicó donde también habitaban Chide y Mayito Arregoces. En ese mismo edificio se casaron en 1983. Rodrigo tenía 23 años.

Conectó el polo a tierra y cambiaron las cosas.

Amador fue testigo de cuando el Papa dejó de mirar para todas partes.

Nosotros siempre fuimos los que impusimos aquí la moda. Nosotros llegamos con suecos cuando nadie más usaba suecos, y fui yo el primero en hacerme un arete. Él no se atrevió porque, creo yo, con esos sí le tenía miedo al papá, al Capitán.

Nosotros empezamos a usar el pelo largo, a vestirnos a la moda, siempre pendientes de las chicas, que pim, que pam. Si yo tenía una chica le decía que me hacía el loco para que él saliera con ella, y las chicas de él también... y así nos íbamos turnando hasta que se enamoró desde que teníamos como dieciocho o diecinueve años de la que fue su esposa.

Me acuerdo porque yo lo acompañé a ese "date" en el que la conoció. Salimos él y yo con Annie y Charito, que era la hermana de Annie para hacerle el cuarto, y desde entonces se enamoró de su mujer. Él fue, hmmm, medio loco... esto no le va a gustar a Annie, pero desde entonces se enamoró de su mujer.

15. Alambre

Alambre de púas. El surco que divide la tierra donde antes todo era de todos.

En la década de 1930 las sabanas de Patillal y las inmediaciones de los ríos Badillo, Cesar y Guatapurí eran tierras cimarronas. Se llamaban así porque los ganaderos soltaban a las reses cimarronas y al cabo de 8 meses, después de las lluvias, iban a recogerlas. La tierra era comunal, y cada cual sabía qué animal era suyo por las marcas del hierro.

Con la llegada del alambre de púas quienes tenían acceso a él empezaron a parcelar la tierra, a dividir la estepa, y así nació la propiedad privada en el campo. No fueron ni leyes ni escrituras, fue el alambre que cercó una tierra que no valía nada para que los ganaderos no perdieran sus reses.

En palabras de Salvador Argote, así funcionaba la relación entre la tierra y la riqueza: *La propiedad no era sinónimo de riqueza, era un peldaño superior, pero no era riqueza. Cuando te pones a pensar que una finca de unas 500 o 600 hectáreas no daba sino para un Jeep Willys te das cuenta.*

Para algunos fue visión y emprendimiento, para otros, usurpación descarada; pero así se repartió la tierra y se fue legalizando hasta que llegó el algodón y volvió el polvo oro.

Los que quedaron por fuera de los cercos oirían con mucho cuidado el discurso guerrillero: basta con unas pinzas para cortar el alambre de púas.

16. Amador cuenta la historia de cuando pudo ser Santiago Nassar

Cuando a mí me casaron él fue el único que estuvo ahí.

Como te contaba, estábamos en esa época de transición y todos los tabús y las cosas, y yo me demoré con mi novia y la llevé como a las cuatro de la mañana a la casa. Llevar a una pelada a esa hora era un escándalo.

Entonces salieron las dos familias a ver cómo arreglaban, y los papás de la pelada decían que yo tenía que responder, y mi papá que cómo iba a ser posible, y cuando yo vi todo eso para que no se complicara la cosa dije que bueno, que me casaba.

<<En esa época a uno no se le podía ocurrir ir con la novia al Rodadero. No se podía ver a la novia. Si se acostaban te tenías que casar y mira, todos terminamos casados. Nosotros hicimos esa transición de pasar de lo anticuado a lo moderno donde la virginidad dejó de ser un tabú, eso hasta pa' uno mentalmente era un tabuyo.

Eso ya pasó a la historia, pero en esa época podía pasar lo de Crónica de una muerte anunciada; si no te avisabas terminabas siendo Santiago Nassar.>>

Él me acompañó y cuando llegamos a la iglesia de aquí el cura Becerra dijo que no nos casaba porque no era un matrimonio consentido. Después nos llevaron a la Paz y tampoco. Así llegamos hasta otro pueblo más allá donde el cura dijo que sí nos casaba, que venga pa'ca, y cuando preguntó por el testigo el único era él.

Pero el Papa ya tenía órdenes de mi papá:

—Cuando estén en la iglesia y él diga que sí usted lo saca inmediatamente y se lo lleva al patio, allá los va a esperar un carro.

Y así lo hizo.

Apenas me casé enseguida me sacó de la iglesia y esa misma noche me mandaron a Estado Unidos y no volví sino al año. Después terminé viviendo con la que me casé y tuvimos dos hijos, mira como son las cosas... y el Papa fue el que me apoyó.

...

Termina la juventud y la vida se vuelve dura porque la vida es dura, y hay gente buena y gente mala, y te van a querer pasar por encima, enlodarte, y empiezas a saber de hijueputas y malparidos que te matarían por la mitad del billete de más baja denominación. Se rompe esa burbuja en la que creciste. Cuando te das cuenta lo que te rodea sientes como el fuego empieza a achicharrarte los brazos, la asfixia en el pecho: ni tú ni Rodrigo podrían ser los mismos.

Los problemas de crecer Peter Pan.

17. Punto de inflexión

¿Quieres sentir lo que empezaron a sentir los vallenatos cuando se les vino el mundo encima?

Ponte un revolver calibre 38 en la cabeza y empieza la cuenta regresiva: Diez. Nueve. Ocho. Siete... O si te parece más cómodo, pónselo a tu esposa mientras los niños miran amordazados desde el sofá.

Seis. Cinco. Cuatro. Tres... María, de 8 años, voltea para no mirar y le agarra la mano a Juan, su hermanito menor... D-O-S...

Aguantando la respiración y aprieta los dientes...

II. Lo que pasó en el Cesar no fue un melodrama de Ricardo Arjona que arregle un libro de Paulo Coehlo

18. ¿Por qué tan triste?

Xanax.

Camiones de Xanax. Eso es lo único que habría calmado a Valledupar si la alcaldía diluyera las dosis en el acueducto o en el río Guatapurí. Xanax gratuito para calmar las crisis nerviosas y angustias que causó el acoso guerrillero cuando los hombres quedaron encerrados en sus casas. Cuando llegaron las vacunas, el boleteo, las extorsiones, las amenazas a mansalva. Esa época en que tu vida valía lo que pudieras pagar: ¿Necesitas vueltas? Aquí están tus dos balazos.

Si no era suficiente y la depresión inclemente empeoraba, había un plan B: Prozac. Cápsulas verdes y blancas que le dibujaran una sonrisa en la cara a las recientemente viudas que tenían un hijo secuestrado.

La bonanza marimbera dejó plata, pero el Prozac y Xanax habrían jubilado a los narcotraficantes y contrabandistas en su propia isla-Estado del Pacífico sur sin tener que pronunciar co-ca-í-na. Pero no, hoy les sonríe la extradición y no una esposa filipina.

Acá hubo personas que fueron secuestradas hasta cuatro veces, muchas tres veces, muchísimas dos veces, y un número inconmensurable de personas de diferentes estratos y procederes que fueron secuestradas una vez. Cada persona tiene su historia como dice Salvador Argote y la situación no era alentadora:

En un momento el Cesar llegó a ser el departamento donde más secuestraban rivalizando con Antioquia, que ya era una cifra escandalosa. Ese azote de la guerrilla fue muy violento –porque no fue poca la gente que mataron– más el empobrecimiento, eso produjo una situación de desesperación terrible.

<<En la fiscalía aparecen registrados 966 casos de secuestros cometidos entre 1980 y 2010 en el Cesar. Pero según la base de datos *Una verdad secuestrada* del Centro Nacional de Memoria Histórica y Cifras & Conceptos, las víctimas de secuestro en el departamento ascienden a 2621. Es el tercer departamento con el mayor número de secuestros del país después de Antioquia (6898 casos) y el Valle del Cauca (2693 casos). La diferencia –para horror de los vallenatos– es que el Cesar es el departamento con la mayor tasa de secuestros por cada cien mil habitantes: 3,59. En Antioquia es de 1,43 y en el Valle del Cauca, 0,69.

Los números oficiales no explican el dolor, aunque en *Una verdad secuestrada* se habla de que en Colombia más de 39.000 personas han sido secuestradas por lo menos una vez desde 1970. Al dolor de cada víctima súmale tres ceros y verás la situación del departamento: X000>>

Con el asedio la ciudad adoptó, a las malas, un aire futurista porque los vallenatos pasaron del campo a un domo hermético que encerraba el aire. Dar un paso afuera (había quienes lo daban por soberbia o necesidad) era atravesar un río lleno de cocodrilos siendo un siervito gordo y sazonado. Si eras flaco, te chupaban hasta el hueso.

Las guerrillas cercaron la ciudad convirtiendo al Valle en una isla. Solo se podía entrar y salir en avión, en una época donde no había plata y los precios de los tiquetes se perdieron entre las nubes.

Hologramas.

En eso se convirtieron los finqueros. Dirigían las haciendas por radioteléfono. Los lotes de ganado se negociaban con videos, o a criterio de los administradores. El control de sus negocios se redujo a la resignación de recibir razones en la sala de estar. Puede que la guerrilla se llevara un lote de reses, que las matara una plaga, que las envenenara el vecino... o que se las tragara la tierra y el mismo diablo hiciera un asado. Qué más da, si tú pagaste fue por 10 minutos de video.

Ese fue el panorama de los años ochenta en adelante; una crisis devastadora que dejó el algodón y el empoderamiento de las guerrillas.

El declive no se dio de un día para otro. Cuando la bomba de los secuestros estalló en la década de 1990 ya corrían muchos muertos, y sangre, lástimas y penas río abajo cuando los velorios reemplazaron las parrandas.

19. La vuelta al Valle

Después de locuras y descontrol, cuando Rodrigo se enamoró de verdad verdad, decidió volver con Annie a Valledupar para hacer familia en la tierra en que nacieron. Eso de que la tierra jala es cierto. Ellos querían que sus hijos crecieran en el mismo pueblo donde su bisabuelo paterno, don Oscarito Pupo, se inventó los carnavales mucho antes que se instaurara el Festival.

Joselito Carnaval y las marimondas no eran barranquilleras únicamente.

Él, así como su papá y su abuelo, siempre fue miembro de la junta de los carnavales de Valledupar, para que veas como lo querían, dice Amador, porque el Papa más que ser parrandero –aunque le gustaba la parranda– era un hombre de carnavales.

Parece un tecnicismo, pero la diferencia es importante en una ciudad festiva acalorada por las pullas del acordeón. Hay quienes, a la usanza guajira, podían parrandear día tras día sin comer ni dormir, volviendo la semana un sábado perpetuo con tal que no se secase el whisky. Gente ronera y parrandera funcional. Y tú sabías:

–¡No'mbe! Si ya llegaron estos manes.

–¿Y qué pasa?

–Que hasta ahora son las ocho y para las nueve ya van a haber acabado la fiesta a trompadas.

–¡Anda! ¿Así de malos tragos?

Rodrigo no era de los que salía sin descanso. Cuando trabajaba ¡trabajaba! Y cuando parrandeaba... bueno, tú sabías que era época de carnaval ¿A quién que lleve música en la sangre no le gustan los carnavales? Lo bonita de esas celebraciones y el Festival hoy en día, es que en Valledupar la Selección Colombia se gana el mundial todos los años sin jugar un partido.

Como la mayoría de su generación, nacidos y criados en el campo, Rodrigo vivió de la tierra a su regreso. Así como lo hizo su papá y su abuelo y tantos otros vallenatos que eran empresarios del agro. Él iba a proveer a su familia como el Capitán a la propia.

Salvador Argote vio el agricultor en el que se convirtió:

Después de estudiar en Bogotá, Rodrigo volvió al Valle y empezó a sembrar algodón con su papá, que también era ganadero, y después arroz, y les iba bien hasta que la guerrilla empezó a atacarlos y atacarlos con vacunas hasta que los fue reventando.

Fue reventándolos a todos sin importar los apellidos hasta que algo pasó:

Terminó por reaccionar contra la guerrilla después de pedir auxilio a un compañero, militar activo, que conoció cuando estuvo en la Escuela Militar en Bogotá. Y qué paradoja, el que no siguió la carrera militar terminaría siendo comandante paramilitar por casi una década con un contingente de 5.000 hombres. El mismo tamaño del ejército de Kosovo creado en 2014.

Rodrigo siempre se preocupó por darles a sus hijos lo que él tuvo, que no les faltara nada, y cuando el lastre de la guerrilla lo hundió hasta el fondo y soltó la última bocanada de aire, algo hizo cli-ck en lo más profundo de su médula:

Con la guerrilla extorsionándolo todos los meses y pague un millón y otro millón, que en esa época era un poco de plata –y él endeudado hasta el cuello–, eso lo llevó a tomar una determinación. Eso es lo que se dice Amador.

Alguna noche a principios de los noventa el que sería Jorge Cuarenta empezó a hablarle al Papa, cuando no tenía nombre, número ni ejército:

–Hola, Rodrigo.

Un breve silencio por el vacío que dejaron las palabras atravesó su cerebro.

–Hola, Hyde.

20. ¡Guerrilla! La voz del pueblo

Uno de los primeros secuestros con repercusiones políticas que hubo en el país lo hizo el M-19, como en el setenta y seis más o menos. Es decir, en plena crisis.

Federico García no es el único que intenta explicarse cómo la retórica guerrillera fue calando en el pueblo, pero el punto aquí es que no fue solo retórica:

Al que secuestran era Armando Ferreira Neira, que era el presidente de Indupalma y tenía su sede principal en San Alberto, Cesar, donde tradicionalmente se han enfrentado los sindicatos de los trabajadores de palma con las empresas. Después con paramilitares también.

Resulta que al señor lo cogieron porque el sindicato de Indupalma estaba en huelga y las negociaciones quietas. El M-19 lo secuestró para que la empresa accediera al pliego de peticiones, y al día siguiente lo hicieron.

Ese es un ejemplo del tipo de cosas que empiezan a suceder al principio, acciones que no son necesariamente en términos de financiación y tienen una connotación social. Por eso hay cierta simpatía en algunos grupos, porque la guerrilla está reivindicando sus peticiones.

Se-cues-tro: Retener indebidamente a una persona para exigir dinero por su rescate, o para otros fines (según la Real Academia Española de la lengua).

El secuestro, sea cual sea el motivo, se convierte en la herramienta predilecta para presionar. Terminó siendo un “método de diálogo” ampliamente utilizado que se acentuó, como recalca Federico García, con la crisis:

Cuando se acaba la bonanza algodonera y a todo el mundo le empieza a ir mal los campesinos paran y dicen:

–¿Cómo así que nosotros estamos vaciados y ustedes siguen viviendo perfecto?

A eso súmele que ya venía surgiendo una organización sindical, que hay gente que está asumiendo conciencia y está reclamando derechos... es en ese momento que entra la guerrilla ¡Pam! Y es precisamente por eso que entra.

Es, al fin de cuantas, una consecuencia: una sociedad agraria y rural sufre un proceso de modernización, que si bien conlleva a un cierto mejoramiento en el nivel de vida, no conlleva a una real redistribución de la riqueza ni reivindicación de los derechos.

La guerrilla supo adornar su discurso con cultura, con obras de teatro, con canciones... con una actitud de reivindicación social que los campesinos entendieron en su propio lenguaje.

–No importa que usted sea mi patrón de toda la vida: me tiene que pagar un salario, me tiene que pagar salud, me tiene que dar descanso...

21. Que la violencia no nos llegue al Valle

*Que la violencia no nos llegue al Valle
muere la calma aquí en la tierra mía
su suelo triste se llenó de ausencia
mi viejo Valle que melancolía
Quiero sonreír pero la verdad.*

*Pero la verdad se impone
y es triste el momento que se vive hoy
robos por doquier, no hay sinceridad
el hombre se está perdiendo.*

*Quiero compartir amor
que haya paz, no más odio en el mundo.
El amigo sea noble y sincero
no más sangre, miseria y dolor.*

Que la violencia no nos llegue al Valle es un vallenato en ritmo de paseo que Gustavo Gutiérrez compuso en 1985, cuando los rumores de guerra circundaban Valledupar como las lagartijas a los palos de mango. Tres años después Jorge Oñate grabaría la canción y a principios de la década de 1990 se convertiría en una súplica, como lo recuerda Federico García, en las parrandas. Suplicar no sirvió de nada.

Para esa época mi tía cumplía años e invitaron a Gutiérrez para la parranda, y cuando él terminó de cantar la canción, que estaba recién estrenada, una de mis primas dijo:

—¡Ay! Ojalá Gustavo ¡Ojalá que no nos llegue!

Por esa época es que se descompone la cosa.

22. Pesos y medidas

La primera vez que Rodolfo Campo Soto llegó a la alcaldía de Valledupar en 1988 –siendo el primer alcalde electo por voto popular–, lo hizo con el apoyo de movimientos cívicos, de los gremios y las minorías, consiguiendo una gran votación que respaldaba un cambio en la política tradicional. Él, conservador e ingeniero mecánico, se impuso en un departamento de caudillos liberales.

La apuesta de Rodolfo fue hacer política sin políticos:

El equipo de la Secretaría de Hacienda, que era el eje de mi gabinete, lo conformé con gente joven que no debía nada y que, por el contrario, lo que tenía eran ganas de echar para adelante y ahí nombré a Rodrigo Tovar Pupo como jefe de Pesas y Medidas.

Durante su labor se convirtió en un fujete para quienes abusaban en las plazas, en las ventas de carnes, de gasolina... y de quienes se querían saltar la norma.

Rodrigo hizo una tarea formidable durante el año que estuvo en ese cargo, y después, cuando el secretario de Hacienda, Claudio Serrano, me dice que no va más porque tiene que volver a sus negocios, seleccioné a Rodrigo Tovar para que manejara la hacienda pública.

Él cumplió su labor con creces, con rigor, con disciplina... con disciplina y con resultados.

Con Rodrigo modernizamos la secretaría e hicimos que los vallenatos pagaran sus impuestos, porque la evasión era muy grande. Pasamos de recaudar 600 millones de pesos de la época, que era el presupuesto cuando llegué, a recaudar 2.500 millones, que fue lo que dejamos al salir.

El papel de él en la administración fue para distinguirlo por su honradez y claridad, y la disciplina que recibió en su casa. Yo lo escogí a él porque lo conocía, y conocía a su familia, y sabía que lo que iba a recibir era trabajo, transparencia, pulcritud y ética profesional.

Ese fue el Rodrigo Tovar que yo conocí como funcionario público.

Hyde no apareció en la cabeza de Rodrigo sino hasta mediados de la década, unos cinco o seis años después. No fue poca la sorpresa de Rodolfo cuando se enteró que Jorge Cuarenta, el comandante paramilitar, era el mismo hombre parte de su gabinete... cuando respondía a otro nombre y quería dejar atrás su fama de fiestero.

Yo nunca lo vi perfilado como comandante, en esa época él era una hormiga trabajando; pero no me sorprendió cuando creció porque yo conocía sus capacidades de administrador y sabía que era un tipo echado pa'elante y trabajador

23. Del amor y los placeres

El amor físico –aunque no sea amor– es pegachento y melcochudo, se deja llevar por pasiones locas que estremecen el cuerpo. Cuando es furtivo y no puede, o debe, dejar huella se convierte en un amor de motel escondido en la clandestinidad. En los moteles las paredes no hablan, las camas no oyen (aunque suenen) y los empleados no se acuerdan; pero toca pagar.

Los amores difíciles requieren discreciones y sábanas limpias.

Con Rodrigo nos inventamos una cosa que se llamó el impuesto del amor, en el que le poníamos una contribución fuerte a quienes fueran a los moteles con sus chicas. El recaudador era el dueño del motel y quien lo vigilaba era Rodrigo.

Una anécdota de Rodolfo Campo en la alcaldía.

Ahí recaudamos una cantidad de plata y con eso hicimos los CAI que Valledupar tiene hoy.

Antes de terminar el periodo demandaron el impuesto ante el Concejo de Estado, y este lo tumbó.

Cuando un alcalde hace que la gente pague un impuesto ilegal el municipio tiene que devolverlo.

Entonces, nosotros pusimos los avisos: “Quienes se crean con el derecho a ser indemnizados por el impuesto al amor pueden pasar por la administración”, y ya te imaginarás cuantos fueron. Además, pusimos a la tesorera, que era una señora, para que devolviera la plata... y no fue nadie.

24. Los males

Tú podrías ir de casa en casa preguntando:

–¿Usted sufrió en algún momento un mal causado por la guerrilla?

–Sí –te responderán casa a casa con seguridad.

La lista que hace Rodolfo Campo es larga porque no fueron pocos los males:

–¿A mi padre lo mataron? Sí.

–¿A mi hermano lo secuestraron? Sí.

–¿A mi tío lo hirieron en una pierna? Sí.

–¿Yo permanecí enclaustrado en mi pueblo durante cuatro y cinco años porque no se podía transitar por las carreteras? Sí.

De una u otra forma todos se vieron afectados, no es más sino que pregunes.

La lista de Rodolfo Campo es lo que fue el día a día en Valledupar en su época más oscura. En cada casa de cada barrio velaron a un muerto, o a su recuerdo, porque muchos cuerpos se volvieron abono en los campos donde hoy pastan las vacas. La angustia de no saber qué pasó –que todavía muchos padecen– no la cura ni el Xanax ni cien años.

¿Cómo se iban a ir? Si “uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra”. Por eso, como en Macondo, los vallenatos se quedaron en el pueblo hasta el final de los tiempos, hasta el final de su estirpe de ser necesario. Ya habían enterrado a mucha gente.

Una lista que se engrosaba rápidamente, pero las caras y recuerdos de sus muertos nunca serían difusos: *De mi familia cercana secuestraron a mi tío y a mi primo, y de su familia extensa, la de mi tío: a su hermano lo secuestraron, a un cuñado lo secuestraron, a un hijo lo mataron... En fin, todo el mundo.* Esa fue la cuota que puso Federico García.

¡A todo el mundo!

A mi primo, por ejemplo, lo secuestró el ELN. Él era concejal y se lo llevaron dos meses. Claro, todos estábamos angustiados y preocupados pero sabíamos dónde estaba y quién lo tenía, entonces la cosa fue más “llevadera”; pero a mi tío lo secuestró una banda de delincuencia común. Con ellos si era que llamaban diciendo: “¡Hijueputa! ¡Si no paga lo devolvemos de a pedacitos!”. A él lo liberó el Únase.

Unidad de Antiextorsión y Secuestro, eso era el Únase. Una apuesta para la cooperación entre las diferentes fuerzas militares en la lucha contra ese mal.

La crisis era tal que no solo secuestraba la guerrilla. Lo hacía la delincuencia común, bandas organizadas, rateritos con hambre, incluso dicen que facciones de la fuerza pública. Después secuestraría el paramilitarismo también. No había piedras para esconderse.

A mí me paró tres veces la guerrilla en la carretera, y tres veces no supo quién era yo. Era Amador Ovalle, un hombre flaco y carismático conocido por sus historias.

Una de esas yo estaba con mi papá –que es un señor de edad– y nos pararon en la carretera entre Valledupar y Bosconia. Ya tenían otros veinte carros delante.

Y se nos acercó la comandante que era una mujer, hermosísima ella –de eso sí me acuerdo, que era un bollo–, y llegó con pistola en mano a pedir la cédula y mi papá no la tenía. Esta mujer empezó a regañar a mi papá y él se le paró diciéndole que era un señor de edad y que tenía que hacerle el favor de respetarlo:

–Yo soy médico, pediatra, e hice una labor social que no ha hecho usted –le decía.

Cuando estaba en eso venía Pepe Castro con los guardaespaldas, que él sí tenía problemas con la guerrilla, y se han enfrentado. A mí me tocó meter a mi papá debajo del carro y ¡pam pam! disparos por todas partes. Esa vez por el enfrentamiento la guerrilla no nos alcanzó a secuestrar, tuvo que evacuar y por eso logramos salir ilesos.

Pero me acuerdo cuando secuestraron a mi abuelo, yo era un pelaito. Me acuerdo que llegó hasta la puerta de la casa un camión del ejército con mi abuelo después del operativo, y no se podía ver nada porque en esa época todavía no había luz.

Y también cuando secuestraron a la hermana mía.

Rodrigo, como todos, no estuvo exento. Así lo relata Alonso Sánchez Baute en *Libranos del bien*, cuando el Capitán Tovar le contó cómo el frente 6 de diciembre del ELN trató de secuestrarlos la mañana del 14 de mayo de 1996. A Rodrigo y Rodrigo: Capitán y quien sería Comandante.

Los guerrilleros interceptaron a padre e hijo cuando el Papa se bajó para abrir el portón de su finca Los Alacranes, a 15 minutos de Valledupar. El comandante Vladimir preguntó quién era el Capitán Tovar y este dio un paso al frente esperando lo peor. Un mes atrás el Capitán había dejado de pagar la vacuna: le quedó un tractor quemado, 50 vacas envenenadas y un cultivo de arroz destruido.

Cuando el comandante Vladimir se disponía a secuestrarlos para que rindieran cuentas ante sus superiores, apareció una tropa del ejército marchando y cantando lo que sacó a los subversivos en desbandada. Al tenerlos más cerca el Capitán se dio cuenta que eran estudiantes desarmados del colegio militar y los alertó por temor a una posible emboscada.

Esa mañana el secuestro del Capitán pudo terminar en un asesinato a mansalva, como ya había pasado antes, con el Papa en primera fila. Para finales de la década secuestraban a alguien cada cinco días o menos; con cada nuevo caso volvía a empezar la cuenta regresiva.

“A esta gente no me le arrodillo”, se dijo el Capitán Tovar cuando caminaba a lo que pensó sería su muerte.

25. Mi vida como autodefensa

“Mi levantamiento político en armas, como ven, no fue un acto deliberado ni creado por fuerzas diferentes a mi razón, a mi convicción y a mi sentir. Fue la lógica respuesta a una necesidad de legítima defensa de la vida, de las libertades, de la soberanía, de mi identidad política como soñador de provincia que me resistía a seguir siendo un humillado financiador, un espectador más de las imposiciones que traían consigo peligros nacionales, amenazas colectivas, muertes individuales y víctimas de una sociedad.

No quería seguir siendo más uno de los responsables, como muchos ya lo éramos por miedo, indiferencia u omisión, del mayor genocidio que se podría realizar en el departamento del Cesar contra las mayorías sociales, que nos resistíamos a la opresión y nos resistíamos a la ocupación.”

Así empieza *Mi vida como autodefensa y mi participación como miembro del BN y BNA*, el libro que Jorge Cuarenta estaba escribiendo en la cárcel de Itagüí cuando lo extraditaron en el 2008. Como Carlos Castaño hizo en *Mi confesión*, Cuarenta quería dejar por escrito su testimonio, no el del monstruo que cuentan los medios, sino la de un hombre que reclutó la guerra.

Paso a paso, bala a bala, muerto a muerto.

Su historia quedó inconclusa como la sinfonía de Schubert, pues cuando lo extraditaron estaba por la mitad y su testimonio quedó perdido en una memoria USB. Sin los últimos dos movimientos. Posteriormente el portal de internet Verdad Abierta recuperó el texto y lo hizo público.

(De aquí en adelante la voz de Rodrigo proviene de fragmentos textuales de dicho escrito y destaca por el tipo de fuente: Courier New)

La primera vez que Hyde afloró en la superficie fue el 4 de julio (día de la independencia y la libertad) de 1995, cuando se comprometió con “Luis” (del que no da ninguna otra referencia) a “ayudarlo a crecer la incipiente organización con la que las autodefensas habían hecho su arribo a Valledupar”.

Ese día Rodrigo dio el primer paso, quién sabe si con el pie izquierdo, en un camino de no retorno. Se convirtió en colaborador de las autodefensas y así permanecería por más de dos años. “Él hablaba de 20 hombre que yo jamás vi, pues uno de los puntos que dejamos claros era que mi comunicación sería única y exclusivamente con él.”

La razón de Rodrigo, su explicación, el eco de su voz quedó impreso en dicho texto; pues desde que está en los Estados Unidos leerlo es la única forma de hablar con él. Que cuente su historia, que revele sus cartas cuando el crupier de Black Jack destape el juego.

Jorge Cuarenta llenó el tambor del revolver con el que encañonaría al Papa Tovar: CLI-CK, el mecanismo se cerró y el arma quedó cargada.

26. Coraje y Cobardía

Coraje y Cobardía. Eso fue lo que pasó. El Coraje de quienes, como Rodrigo, sintieron que tenían que hacer algo por su pueblo por la Cobardía del ejército que los dejó a su suerte. Hubo un momento en que las estaciones de policía desaparecieron de los pueblos y los comandos del ejército dejaron de patrullar las veredas. La ley se diluyó entre la tierra como el agua de la lluvia.

De esa época gris (en uno de sus tonos más oscuros) Rodolfo Campo prefiere hablar poco:

“Si amenazan a mis hombres, me los llevo”, esa fue la política de la policía, y en la Sierra Nevada no quedó ni uno solo, ni en el Perijá. Solamente en Codazzi había policía y era vergonzoso ver el estado del cuartel. Eran fortalezas llenas de sacos de arena donde se atrincheraban los oficiales en vez de salir a patrullar la población. Por eso la guerrilla se tomó militar y judicialmente la región.

El que tenía un impase iba donde la guerrilla, que tenía una especie de juzgados donde se trataba desde la concordia de un matrimonio que tenía problemas, hasta las diferencias entre un patrono y un obrero en una finca.

En el batallón de la Popa eran claros cuando la gente iba a pedir protección:

–Nosotros no vamos a defender a nadie que no se defienda.

Te lo decían a ti. Me lo decían a mí. Se lo decían a Salvador, a Amador, a Rodolfo... y a Rodrigo Tovar Pupo. El Papa no vio otra alternativa que tomar las armas para defender lo que nadie más defendería.

27. Los que empezaron a tomar las armas

Una cosa es hablar de autodefensas y otra de paramilitarismo. Lo que apareció en el Cesar, como casos aislados, fueron movimientos de auto-defensa; como lo dice su nombre. Ejércitos privados que luchaban contra la guerrilla; que entre 1994 y 1997 se ampararon bajo la figura de las Convivir.

Si actuaban bien o mal, eso es otra cosa, para muchos fueron bandidos que se escondieron en ambigüedades de la ley.

Los “servicios comunitarios de vigilancia y seguridad privada rural”, Convivir, fueron aprobados en el gobierno Samper con el decreto 356, y respaldados por el ministro del Interior, Horacio Serpa, cuando Fernando Botero Zea era ministro de Defensa.

Para Salvador Argote, esos movimientos incipientes fueron la semilla:

En el Cesar surgieron unas verdaderas autodefensas que eran antisubversivas, que no eran de narcotraficantes, y me refiero a la de Juancho Prada, a las de San Martín específicamente. Otras que surgieron entre el Cesar y el Magdalena y las que surgieron en Valledupar, mucho más de corte militar.

Pero todas con una característica: que fue una cosa costeña completamente vallenata como reacción al abuso excesivo por parte de la guerrilla frente a la gente que en ese momento no era propiamente la clase dirigente, sino la clase productora del Cesar. Esa fue la semilla...

¿Qué si se desdibujaron estos movimientos? Sí ¿Demasiado pronto? Pregúntale a los campesinos que ellos sabrán mejor, pero ya te harás una idea más adelante.

En el Cesar se empezó a ver, con cierta curiosidad y desconocimiento, lo que estaba pasando en Córdoba, donde la guerrilla había tenido que retroceder. Eso en palabras de Rodolfo Ortega:

Por acá algo se sabía de los movimientos que se estaban gestando en Córdoba, y en un discurso que dio Álvaro Uribe, cuando era gobernador de Antioquia, nos enteramos de eso que eran las Convivir y la gente estaba desesperada. Fue un discurso que hizo mella, y después se supo que un día cualquiera apareció un retén paramilitar entre Valledupar y el pueblo más inmediato que se llama Los Corazones, y la gente pensaba que era el ejército.

Federico García, por su parte, vio una lógica muy particular en el surgimiento de este fenómeno:

En el Cesar confluyeron una serie de factores: había una élite que se sentía vulnerada y amenazada. Una cultura donde lo ilegal no se veía con mayor problema y en donde el uso de la violencia por parte de las élites es algo que ha sido recurrente y no está mal visto.

Esa conjunción de los tres fenómenos hace que empiecen a surgir los grupos de seguridad privada. Con el tema de las Convivir todo eso se desata, porque todo el mundo monta su Convivir. La primera es la de Juancho Prada, y eso sí, de cooperación no tiene nada.

Juan Francisco “Juancho” Prada: En 1988 apareció la primera célula de autodefensa en el sur del Cesar a la cabeza de Roberto Prada Gamarra, padre de “Juancho”, auspiciada por ganaderos y cultivadores de palma. Juancho reemplazó a su padre como líder del grupo en 1996, tras su muerte en la cárcel La Modelo de Bogotá. En 1998, el movimiento de los Prada se unió al Bloque Norte de las AUC bajo el nombre de Frente Héctor Julio Peinado.

El paramilitarismo como tal, el de Carlos Castaño y Salvatore Mancuso, el de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, fue importado al Cesar en 1995 por petición de Jorge Gnecco y otros ganaderos y empresarios. Ese año Castaño envió un contingente de 25 hombres.

28. El fantasma de Córdoba

A mediados de los noventa nosotros empezamos a tener noticias de Córdoba y a descubrir que el paramilitarismo existía.

Empezamos a oír que en esa región los finqueros volvieron a sus tierras y que a las guerrillas las fueron alejando de los centros urbanos, de Cereté y todos esos pueblos. Eso causaba, por lo menos, curiosidad, y en nuestro corazón nos preguntábamos ¿Cuándo irá a llegar eso aquí? ¿Cuándo podremos salir de este encierro? Pero creíamos que eso era un fenómeno de allá, que los actores eran de allá y que eso era cuestión de la región.

En esa época los Castaño apenas estaban entrando en la zona, Mancuso iba arrancando, y todos se presentaban como “héroes” que sacaban del yugo a los esclavos.

Acá había zonas muy particulares donde movimientos de ese estilo se estaban gestando, como el de Chepe Barrera en la región de Bosconia, y tú sabías que si andabas por esa zona podías transitar porque Chepe Barrera tenía en la raya a la guerrilla, porque no había más nadie.

José María “Chepe” Barrera: A finales de 1980 Chepe Barrera consolidó el grupo de autodefensa “Los Cheperos”, también conocido como las Autodefensas del Sur del Magdalena. Operaba en el Magdalena, el norte del Cesar y el este de Bolívar. Cuando las AUC llegan a la región en 1999, Barrera le entrega el control de la zona al Bloque Norte bajo el mando de Jorge Cuarenta.

¿Dónde estaba el Ejército? ¿Dónde estaba la Policía? ¿Dónde estaba el Estado? Chepe Barrera era la autoridad de esa región.

Testimonio de la forma en que se percibía lo que se avecinaba. Hay que ver cómo el tiempo y la vida aclararían esa visión nebulosa. Con todos sus matices.

29. El enemigo de mi enemigo es mi amigo

La gente estaba “mamada”, no hay otra forma de decirlo. Pero cada cual maneja sus frustraciones de manera diferente.

En la ciudad estaban surgiendo personajes que, motivados por la venganza, el desespero o el acoso, se embarcaron en cruzadas individuales contra un enemigo común: la guerrilla. Fue gente que se decidió a hacer algo:

<<Santos González, el príncipe guajiro:

Santos era príncipe, no por apodo, sino por ser descendiente de Cataure, el gran caique Wayuu en Colombia y Venezuela en la década de 1960. El príncipe, quien amasó una gran fortuna gracias al contrabando, llegó a Valledupar buscando una vida mejor de la que podían ofrecerle las ciudades y pueblos guajiros.

Santos tuvo la mala suerte que una mala noche Papillo, como conocían a su hijo mayor, estaba besándose en el carro con su novia sobre la vía que lleva al cementerio; y el celador los vio. Papillo era un joven que no llegaba a los 20 años, pero que tenía la enjundia de su sangre guajira que lo llevó a enfrentarse con el celador cuando pretendió robarlos en su trasegar amoroso.

Papillo desenfundó la pistola en vez de sacar la billetera, pero el celador fue más rápido; con su escopeta le pegó un tiro en la pierna y se dio a la fuga. Su novia no tuvo fuerzas para cargarlo y como no sabía manejar el príncipe adolescente murió desangrado en la entrada del cementerio.

Santos, al enterarse, empezó una cacería feroz contra el celador para vengar a su hijo, porque el código de honor Wayuu estipula que la vida y la muerte son derechos que se ganan o prerrogativas que se tienen: y el celador tendría que pagar con su vida la muerte de su hijo.

El hombre perseguido por el príncipe, al no ver más camino, se refugió en la guerrilla y Santos empezó un tire y afloje para que le entregaran al asesino de su hijo; bien fuese por el diálogo, o la vía militar.

Santos murió asesinado en una parranda a manos del jefe guerrillero con el que estaba negociando y con quien desarrolló una improbable amistad>>

Jorge Gnecco Cerchar, oriundo de Papayal, Guajira, hastiado de hablar con la guerrilla en sus términos, empezó a ver que había gente dispuesta a luchar y que estaba luchando; que en las noches se oían disparos y en las mañanas aparecían guerrilleros muertos en las esquinas; que en Córdoba había un movimiento paramilitar organizado.

En 1995 Jorge contactó a Mancuso y Castaño para importar el esquema cordobés a Valledupar, para agrupar a las células que estaban “desarrollando su labor” aislados y por cuenta propia: el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

<<Federico Saad, primero muerto que secuestrado:

Federico, hijo de Salomón Saad, gerente histórico del Banco de Colombia, se convirtió en un emblema de la autodefensa (no de la organización, de la AUTO-defensa) porque nunca se dejó de la guerrilla. A él lo intentaron secuestrar tres veces, y las tres veces fracasaron.

En el primer intento un tiro de fusil .762 le perforó una nalga, y herido se lo llevaron; pero escapó en medio de otro enfrentamiento durante el camino. La segunda vez llegaron hasta su oficina en el centro de Valledupar y abatió a los guerrilleros en la entrada. Después, en un retén guerrillero, lo retuvieron sin saber bien quién era él. Como antes, los combatió con su escolta en la camioneta cuando iban rumbo a la Sierra Nevada.

Federico fue asesinado el 4 de agosto de 2011 por sicarios en motocicleta, cuando se disponía a entrar con su hijo de 16 años a un restaurante en el norte de Valledupar. Causa de la muerte: 5 impactos de bala>>

A mediados de 1996, Jorge Gnecco organizó una reunión en el hotel Sicarare de Valledupar, en la carrera novena con calle dieciséis, para que Salvatore Mancuso –en nombre de Carlos Castaño– convocara a los vallenatos al proyecto paramilitar de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. La semilla de lo que posteriormente serían las AUC.

Rodrigo Tovar es enfático a lo largo de su texto en una cosa: “no hay como los dolientes para que peleen su guerra”. Entre los posibles dolientes vallenatos salió él, un Pupo Pupo, que defendiera el futuro de su pueblo:

“(El comandante Jimmy, quien reemplazó a Luis y de quien tampoco da más referencias) *Me pidió que llegara hasta el hotel que me dijo el día anterior, le dije que no habría*

problema. Me dijo que llegara al tercer piso, me dio un número de habitación y así lo hice. Cuando llegué a la puerta de la habitación, me extrañó ver como a 10 personas afuera, todas armadas. Se me acercaron y me dijeron que a la orden; les dije que me habían citado a esa habitación; me preguntaron que si estaba armado, les dije que sí. Me dijeron que tenía que entregarles el arma, les pregunté que si ellos eran de la autoridad y se echaron a reír y me contestaron que no, pero que tenía que dejarles el arma a ellos. Les pedí el favor de que avisaran adentro de la habitación que Rodrigo había llegado a la cita y que no entregaría el arma. Uno de ellos entro y al poco tiempo salió y me dijo: siga."

Ese día nació una amistad de admiración y respeto, de guerra, de corazones que se volvieron metálicos por el plomo de las balas. Se conocieron dos hombres que en pocos años cambiarían la historia reciente del país.

"Entré y allí estaba el comandante Jimmy. Lo saludé y me presentó a una persona que me dijo: mucho gusto, Salvatore Mancuso. Me le presenté, para mí ese nombre era desconocido. Jimmy me dijo: Usted quería conocer a gente de los Castaño, ahí lo tiene."

Rodrigo los quería conocer, pero Castaño y Mancuso lo tenían en la mira desde antes.

"Me dijo que era la persona encargada de las autodefensas para la costa norte, y que el señor Jorge Gnecco le había hablado de mí.

Le pregunté: ¿En qué sentido? Y me contestó que le dijo que yo podría ser una de las personas con las que se podría hablar sobre el tema, pues mis relaciones servían de mucho."

Rodrigo Tovar no fue el único nombre que surgió, ni el único joven de la clase alta que terminó en el monte. Aunque muchos disidieron después; uno no. Hugues Rodríguez tomó la justicia por su cuenta, como Santos González, por deudas de sangre.

<<Hugues Rodríguez, venganza de sangre:

Hugues Rodríguez era uno de los hijos Rodríguez Fuentes, una de las familias más acaudaladas de Valledupar gracias al trabajo de su padre, un guajiro que migró temprano a la ciudad y construyó su capital con algodón, hoteles en Curacao y Aruba, y una gran inversión en ganadería.

En septiembre de 1995 el frente 6 de diciembre del ELN secuestró a Margarita, la hermana de Hugues. A ella, que era odontóloga, se la llevaron al medio día saliendo de su consultorio en pleno centro de Valledupar, cuando conocidos suyos la entregaron presionados por la guerrilla. A "Maigó" la sacaron con la calle atestada de gente que salía a almorzar. Ni su conductor tuvo tiempo de reaccionar.

Desde entonces empezó una negociación entre los guerrilleros y Hugues, en la que pagó el rescate y en vez de recibir a su hermana de vuelta le cobraron más plata. En eso se alargó el tiempo y la entrega, sin pruebas de supervivencia, hasta que un guerrillero confesó que Margarita estaba muerta. Que la mataron ahorcada cuando trató de gritar al advertir la proximidad de una patrulla militar, incluso antes de negociar el primer rescate.

La noticia, que devastó a los Rodríguez Fuentes, provocó en Hugues una sed de venganza insaciable y empezó una cruzada contra el frentes 6 de diciembre y todos los implicados en el asesinato de su hermana. Su ímpetu fue tal, que casi borra a dicho frente del mapa.

Con la llegada de Mancuso y la creación del Bloque Norte, Hugues pasó a ser conocido como el comandante Barbie>>>

De la mano de Jorge Gnecco y Mancuso, Hugues y Rodrigo descubrieron que no eran los únicos; que entre las sombras había más como ellos librando la misma batalla.

Esa reunión en un cuarto de hotel, marcó el inicio del paramilitarismo. Ya no eran células aisladas que se movían impulsadas por pasiones y odios, venganzas. Era una estructura de carácter militar con

comandantes, soldados y ahora dolientes que se apropiaran del proyecto en su tierra, apoyados por algunos elementos del estamento militar activo.

Proyecto que apadrinó Jorge Gnecco, un ganadero y empresario controversial en el Cesar.

<<Jorge Gnecco, el patriarca:

Él era un hombre con perfiles de hombre de mundo pero con un gran conocimiento de la realidad local, de lo lugareño, y con un gran talento para lo político, lo público, lo privado y lo criminal como lo legal; era un hombre polivalente. Cuando él se le acercaba a cualquier persona uno tenía la sensación que era un gran tipo y que podía convertirse rápidamente en un gran amigo. Sin embargo, él no tenía ningún problema en negociar con la guerrilla, en negociar con el narcotráfico, mientras armaba y dirigía las autodefensas. Descripción de Jorge en Valledupar.

Jorge, hasta el momento de su muerte, fue el patriarca de una familia política que tuvo, y tiene, gran influencia en La Guajira, el Magdalena y el Cesar: los Gnecco Cerchar.

Su hermano, Lucas, fue gobernador del Cesar. Pepe, su otro hermano, senador. Su sobrino, Hugo, alcalde de Santa Marta. Su prima, Flor, senadora. Otro sobrino, Alberto, gobernador del Cesar en el 2015... la lista sigue, cambiando lazos parentales y nombres, pero con los mismos apellidos.

Jorge pasó de ser el padrino y gestor del paramilitarismo en 1996, a ser objeto de denuncias por abusos, lo que le significó un enfrentamiento con Castaño, Mancuso y Cuarenta en el 2001; año en que apareció abaleado en la carretera de Bosconia. Se dice que Cuarenta y Mancuso lo citaron en una finca en el límite entre el Cesar y Magdalena; consiente de los posibles reclamos, Jorge llegó con licor y comida confiando en su don de gentes pero la orden ya estaba dada: En vez de recibirlo con botellas de whisky se encontró una lluvia de balas y sabor a plomo>>>

30. La misión que le encomendó la divina providencia

Rodrigo siempre fue un hombre devoto, encomendado a sus santos, y tenía la fuerte convicción de tener una misión en la tierra. Que él estaba para algo. Así empezó a oír el llamado de la divina providencia cuando acompañó a Mancuso a visitar a sus hombres y adoctrinarlos:

"Yo me encontraba emocionado de oírlo, pues el mensaje que más quedó en mi mente era el del compromiso, con la costa y con Colombia, de liberar al pueblo de la opresión. Es decir, lo oía expresar lo que yo pensaba: entregar la vida, si era necesario, para salvarle la vida a las mayorías sociales [...] Fue ahí donde, por primera vez, sentí el deseo de estar uniformado y filado en esa formación, al lado de quienes en ese momento catalogué como unos patriotas."

Rodrigo se fue adentrando más y más en el laberinto paramilitar, en reuniones con Carlos Castaño donde personas sin nombre arengaban que al país había que cambiarlo; fuera como fuera. Él vio en Castaño a un libertador, a quien seguiría como María Concepción Loperena (la heroína y prócer vallenata) siguió a Simón Bolívar en la campaña libertadora.

"Por eso, así como en el ayer, volveríamos a sacar la casta para defender nuestra vida, nuestra libertad, nuestra noción de país. Expresé que, al igual que ayer, solo estábamos esperando a que llegara un nuevo libertador a despertarnos el compromiso que como cesarenses teníamos con nuestra región, y como colombianos, con nuestro país."

¿Quién pondría la cara por el Cesar? Esa era la pregunta.

La divina providencia tiene muchos nombres, quién sabe si uno de ellos sea Mr. Hyde:

—Rodrigo, ya es hora.

"De ese encuentro con el comandante Castaño, yo salí mucho más fortalecido en mis convicciones. Sentía un compromiso mayor con el departamento, con sus gentes y conmigo mismo. Solo le pedía a Dios que me diera una señal en el momento adecuado."

Pues, si no salía nadie más en mi Valledupar del alma, si tenía que ser yo, que me mostrara el camino."

31. El mito de Mr. Hyde

Cada héroe, o villano, o famoso, tiene una historia que respalda quién es; por qué dejó de ser una persona cualquier y pasó a la posteridad.

A Aquiles lo sumergieron en la laguna Estigia volviéndolo inmortal, pero el tobillo del que lo sujetaban nunca tocó agua. Por eso murió cuando lo alcanzó una flecha en el talón en la batalla de Troya.

Marilyn Manson le vendió su alma al diablo a cambio de la fama y se puso un ojo de perro en la cara. En los conciertos honra su trato metiendo un gato en el bombo como sacrificio.

Jack el destripador nunca existió, fueron diferentes homicidas que le hicieron una jugarreta a los policías de Scotland Yard; o tal vez fue el asesino en serie más astuto de la historia que se esfumó de la faz de tierra.

Jorge Cuarenta no nació el día que el Capitán y Cecilia Pupo consumaron su matrimonio. Nació cuando devolvieron a sus hijos del colegio por falta de pago y los encontró sentados en la sala. Por eso salió a la plaza Alfonso López vociferando ¡Que estaba mamado! ¡Que no le volvía a dar un peso a la guerrilla! ¡Que prefería que lo mataran antes que seguir sometido! Esa es la historia que se cuenta en Valledupar.

<<Jorge Cuarenta, con el revolver cargado, alinea el cañón con los ojos del Papa Tovar. Los canales entre las baldosas del suelo dejaron de ser paralelos.

–¿A qué le tienes miedo?

–A que pronto no me quede nada, Hyde.

El pulgar jaló el martillo hacia atrás y la yema sintió un frío metálico>>

En esa época –en la que la gente se escondía en sus casas, más no al resguardo– Rodrigo recibió en su casa a unos guerrilleros para cobrarle una vacuna mientras él estaba en necesidad con sus obligaciones de hogar, y él, sin más camino, opta por atacar para defenderse.

La pólvora tiene un olor especial segundos antes de quemarse; como si supiera.

El detonante fue que a Rodrigo le devolvieron los tres hijos a la casa por no haber pagado la matrícula del colegio. Él, en ese momento, tenía el dinero para pagar la vacuna de la guerrilla, pero decide pagar la matrícula. Entonces saca tres millones, de los cinco que tenía escondidos en el closet para los guerrilleros, y se lleva a sus hijos al colegio.

Por eso se queda sin el dinero para pagarle completo a la guerrilla. Pide un plazo y otro plazo y otro plazo para conseguir la plata pero no lo logra, entonces decide ir al ejército por ayuda.

<<Rodrigo ya tenía decidido el rumbo que tomarían las cosas de ahí en adelante:

"En febrero, la cita era para el 16 normalmente, entregaba la cuota en una de las fincas de mi familia muy cerca de Valledupar, y a esa cita siempre llegaban máximo tres guerrilleros de civil, porque estaba muy cerca del batallón la Popa. Con anterioridad habíamos cuadrado la situación con Luis, pues ya mi decisión era que sería la última vez que yo le diera un peso a la guerrilla, pues no seguiría patrocinando más esa tragedia. A partir de ese momento, lo que le entregaba a la guerrilla se lo entregaría a las autodefensas para su crecimiento y expansión.">>

Allá le dicen que no hay más remedio que proceder contra ellos, por lo que montan un operativo en su casa y cogen a los tipos que le van a cobrar la vacuna.

" –¡Ah! Con que sí eras paramilitar –me dijo uno de los guerrilleros.

–Autodefensa –lo corregí."

De ahí se los llevan a un paraje deshabitado y su amigo militar, que estaba de civil, le da un revolver y le dice que lo mate.

—¿Por qué tiemblas, Rodrigo?

Cuando le dicen que dispare, teniendo al guerrillero arrodillado al frente, él se pone tan nervioso que falla y le pega en una pierna; teniéndolo a menos de medio metro. Después el otro trata de escapar y el militar le pega dos tiros en la espalda gritándole a Rodrigo que dispare.

El Papa apretó el gatillo y al frente suyo cayó un muerto que se desparramó por el suelo.

“Cuarenta dice que ese es el muerto que más le pesa, el que deambula por sus sueños cada noche y lo despierta”. Así transcribió Alonso Sánchez —en *Libranos del bien*— el testimonio de un amigo de ¿Rodrigo o Cuarenta? Quién sabe a esta altura qué llenaba esos zapatos.

Más adelante, de ahí cogieron a otro que les dice de otro y otro, y así empieza a surgir la cosa que se vuelve una cadena interminable hasta que la guerrilla identifica quién es él. Hay historias que es mejor no tengan nombre, aunque el hombre que la cuenta sea de carne y hueso.

El incidente de sus hijos no fue la razón determinante. Fue un cúmulo de angustias y penas, de dolores, secuestros. De muertos tuyos y míos se viviéramos allá. De la impotencia, que es una mina quiebra patas esperando a ver quién la pisa.

El primer disparo fue seco y sordo. Tan penetrante que retumbó en todo Valledupar cuando la ciudad estaba asediada por guerrillas y desolación; habitada por hombres encerrados entre las paredes de sus casas. La onda expansiva que provocó el martillo del revolver cuando detonó el cartucho fue tal, que su eco llegó hasta bien arriba en La Guajira donde los indos se refrescan la cara con colonia cuando toman whisky y velan a sus muertos.

Rodrigo no cerró los ojos cuando el dedo de Hyde accionó el gatillo y liberó el mecanismo. Cuando la combustión que provocó el martillo al detonar el proyectil explotó en una llamarada deslumbrante mientras la bala salía disparada del cañón. No cerró los ojos como los toreros vestidos de rojo cuando los embiste el toro.

32. Lo que no está bien decir

Él tomó la decisión de irse y otros no, yo creo en el fondo, porque muchos fuimos cobardes.

Amador es contundente, sobre todo, porque no lo dice solo él. En Valledupar la “cobardía” se apropió de las personas y “él sí fue capaz de ponerle el pecho y nosotros no”. Nosotros nos aguantamos las vacunas, terrores y angustias pero él no. Ese es el espíritu. Cuando no quedaba nada alguien tenía que hacer lo que el Estado no hacía.

Eso no justifica los dientes de las motosierras ni los fusilamientos. Quiere decir que Rodrigo ocupó una posición que muchos pedían pero pocos estaban dispuestos a asumir. Hablo de la causa y no la consecuencia.

Él tomó una decisión, que, cómo te dijera, la tomó por todos nosotros y asumió ese rol porque así como le pasó a él, le pasó a todo Valledupar.

Es que a ti te sacaban hasta de la misma casa. Ahí, donde tú estás sentado, se sentaba la jefe de relaciones públicas del frente 6 de diciembre del ELN y te pedía la cuota. Si le gustaban unos zapatos que vio por el camino me tacaba salir a comprárselos.

Como los ricos dejaron de ir a las fincas porque los secuestraban, la guerrilla dijo: ¡Ah, sí! Pues ahora los sacamos de sus casas. A mi hermana la secuestraron, a mi abuelo lo secuestraron, a mi papá lo intentaron secuestrar.

Él lo asumió y tomó una decisión, y nosotros no porque fuimos cobardes. A veces pienso que hasta fue un sacrificio, y al decir esta palabra se van a estremecer en Bogotá y mejor dicho... pero sí creo que fue así.

33. ¡Rodrigo, te toca a ti!

Tú no sabes lo que pesa un fusil hasta que te toca apuntar y te tiemblan los brazos. Que el mango rugoso te saca callos en la palma de la mano derecha. Que si no apoyas la culata contra el hombro la patada te pega en la cara y quedas noqueado en el suelo esperando a que te secuestren. Eso, si ese día hay prisioneros de guerra.

La adrenalina que te sube desde los pies de un corrientazo y te dilata las aletas de la nariz.

"En esos momentos me dijo: Rodrigo, necesitamos gente. Yo le dije: ¿Cómo hacemos si nadie quiere apoyar con sus escoltas y los míos se quedaron en Valledupar? Me dijo: Le tocó a usted acompañarme. Le contesté: Comandante, cuanto quisiera pero jamás he estado en un combate y la verdad es que no estoy preparado para ello. En cuestión de segundos pensé en la muerte, y más en pleno mes de diciembre, lo que contribuyó a que aumentara el miedo de ir en esa operación.

Me dijo: Rodrigo, si no aprendes a defenderte, el día que te toque no lograrás hacerlo. Necesitas perderle el miedo al combate."

Ese día, en un retén de la policía a la entrada de Ariguaní, Magdalena, pararon a Mancuso, a Rodrigo y a sus hombres por porte de armamento pesado: fusiles conocidos como R-9. Mancuso le respondió a los uniformados que el armamento era de su Convivir. Aunque la respuesta los convenció, se les notaba desasosiego y preocupación:

"El comandante les preguntó que qué pasaba y ellos contaron que la guerrilla había secuestrado a tres empresarios y que no sabían qué hacer. Me acuerdo que el comandante Mancuso les dijo: ¡Ah! Y ustedes con tanto armamento ¿Qué hacen, por qué no van tras los secuestrados? La respuesta ya la había oído yo durante años, en muchas oportunidades: no podemos, no tenemos órdenes para ello y no conocemos esa área. Además, le toca a la policía de Plato, no a nosotros."

Al salir del retén Mancuso se puso a la cabeza del operativo. Como nadie hacía nada les tocaba a ellos (a nosotros si hablara Rodrigo) hacer algo, al fin y al cabo esa era su razón de ser.

Con un puñado de hombres y Mancuso a la cabeza, Rodrigo emprendió el camino hasta Chibolo, el pueblito más cercano al lugar donde presuntamente tenían a los secuestrados: un campamento del frente Domingo Barrios del ELN en una zona conocida como La Pola.

El comando emboscó una casita donde cocinaban la comida para secuestrados y secuestradores, y tras el enfrentamiento lograron rescatar a dos de los tres cautivos. El otro escapó asustado por los disparos y aparecería unos días después: sano y salvo.

El saldo del combate fue de 11 guerrilleros abatidos, 3 secuestrados libres, 3 paramilitares heridos y uno muerto; primo de Carlos Castaño.

"Esas emociones de sentir el deber cumplido y aliviar el dolor de dos familias, me producían una alegría interior y me convencían más de que esta era la única vía; de que la guerrilla sí era derrotable: solo se necesitaba, como me habían dicho varios comandantes, voluntad y decisión para enfrentarla. De ese primer combate salí sintiéndome más autodefensa que antes."

El 7 de diciembre de 1996 liberaron a Ricardo Botero, César Pitalúa y Gilo Ruíz.

Cuando Alonso Sánchez Baute se entrevistó con Rodrigo Tovar Pupo, alias "Jorge Cuarenta", en la cárcel de Itagüí, él recordaba sus combates con el filtro que le dejó la guerra:

Era loquísimo, porque él me contaba de cuando se casó y de repente pasaba a una película de Rambo: que iba corriendo y lo perseguía la guerrilla, que le estaban disparando y lo hirieron en una pierna y que Mancuso le puso un helicóptero, y yo le preguntaba: ¿Cómo así, tenían helicópteros? Y él me explicaba de cuáles.

Pero era Rodrigo, que me contaba la guerra como si fuera un partido de fútbol.

34. Hacer política entre guerrilla

Rodolfo Campo hizo política “por la época en que se descompuso la cosa”. Él hizo política en la década de 1990, cuando tocaba tener agallas o dos dedos de frente. Era meterse en la boca del lobo. Después de su primer periodo en la alcaldía (1988-1990) Rodolfo repitió en 1992, y de ahí quiso seguir...

¿Cómo debatir con los fusiles?

La escalada de violencia fue tal en esos 10 años, que en el 2002 las FARC amenazó de muerte a todos los alcaldes de Colombia que no abandonaran su cargo, con fecha límite y todo: 27 de julio de ese año. Si no, a asumir las consecuencias.

Cuando yo estaba aspirando a un tercer periodo en el año noventa y siete –cuenta Rodolfo– mi campaña se dio en medio de las armas guerrilleras. Las veces que fui a la Sierra Nevada –a pueblos como Atanques, Pueblo Bello, Villa Germania o Guatapurí– ahí estaba la guerrilla; ahí conocí a la guerrilla.

La primera vez que fui a Villa Germania vi en el cerro de llegada hombres armados y uniformados de las FARC cada diez metros. Yo pensé <<hasta aquí llegamos y no hay nada que hacer>>. Y nos anunciaron:

–¡Aquí vienen los politiqueros con los mismos discursos a engañarlos! ¡Pero escúchenlo! ¡Escúchenlo!

Y yo oyendo las arengas.

Cuando terminé mi discurso el comandante que había hablado antes, que era un hombre joven, se me acercó:

–Me gustó como le habló a la gente, yo quisiera invitarlo a almorzar.

–¡Hombre! Pues con mucho gusto –le dije sin convicción.

Y me tocó quedarme a almorzar porque ahí NO hay protocolos: te tocaba quedarte o quedarte, por las buenas o por las malas.

El comandante mandó a comprar un pavo, y te imaginarás, nos quedamos como hasta las tres de la mañana. En esas el comandante me comentó que había sido estudiante y después profesor de la Universidad Nacional.

Al terminar nos despedimos y no lo volví a ver porque donde había guerrilla no volvía.

Donde no le hubiera gustado el discurso al comandante, quién sabe cuáles serían las atenciones; quién terminaría como el pavo. Y María Cecilia, la esposa de Rodolfo, que no debió pegar el ojo en toda la noche encomendando a su marido con todos los santos, habría tenido razones de verdad para preocuparse.

El 7 de enero de 1997 guerrilleros del ELN asesinaron al alcalde de La Paz, Hernán Morón Araujo, mientras revisaba unos documentos en su oficina. Entraron y no le dieron tiempo de hablar, de darse la vuelta, de nada. Cuando Morón se dio cuenta de lo que pasaba tenía tres disparos en la cabeza, otro en el tórax y su cuerpo caía lívido al suelo.

Morón fue el primer alcalde electo por voto popular asesinado en el Cesar; uno de los últimos en engrosar la lista de 26 mandatarios ejecutados –entre enero de 1996 y enero de 1997– en todo el país.

¿Todavía quieres hacer política?

Una vez fui a Guatapurí en una caravana de 30 carros con los miembros del Concejo y los aspirantes a la alcaldía.

Habíamos mandado un carro adelante que radiara, que comunicara que íbamos a estar allá, que la reunión era a las nueve de la mañana... y cuando llegamos nadie salió. Ni una sola persona se asomó siquiera a la puerta de la casa ¡Todo cerrado!

–¿Aquí qué pasó? –me dije.

Entonces salimos radiando con el equipo de perifoneo invitando, y uno hable y grite, y nada. En esas salió una persona preguntando por el candidato.

–Soy yo –respondí.

–El comandante lo necesita allá, en la salida del pueblo.

Fui y me encontré al comandante de las FARC sentado, que era un hombre mayor, y me preguntó a qué iba.

–Yo he sido alcalde de Valledupar dos veces y creo que le he servido a mi pueblo, y creo que tengo derecho dentro de la democracia de aspirar a la alcaldía nuevamente.

Nos quedamos ahí hablando un rato sin tensiones ni nada mientras yo le explicaba, y cuando terminamos él dijo:

–Bueno, listo. No hay ningún problema. Avisen que la gente puede salir.

Y la gente salió y oyó di mi discurso.

Después nos devolvimos y de camino a Valledupar nos paró el ELN, hostiles con sus armas. Me tuvieron como dos horas de pie en la carretera hasta que me dejaron seguir... ni siquiera me dejaron cruzar palabra en todo ese tiempo.

Ese día me dio la sensación que en las FARC por lo menos hablaban, pero los otros no, eran bárbaros y tenían fama de asesinos: unas mamás los sacaron a piedra del pueblo una vez que intentaron fusilar a un grupo de muchachos en la plaza.

35. Cóndores no entierran todos los días

“Es una cuestión de principios”, con cinco palabras Frank Ramírez inmortalizó en el cine colombiano a León María Lozano, el líder de “los pájaros” (policía extrajudicial conservadora) en el Valle del Cauca en la década de 1950.

Parece un recurrente histórico, porque hasta que el Estado no asuma plenamente sus responsabilidades seguirán apareciendo los León María LozanoS, Carlos CastañoS y Jorge CuarentaS...

Es una cuestión de principios.

36. Yo no voy pa' Patillal, porque me mata la guerrilla

El vallenato original, que ya es un clásico de Jorge Oñate, arranca con un acordeón nostálgico y después entra la voz a secas:

Yo no voy pa' Patillal

porque me mata la tristeza

al ver que en ese pueblo

fue donde murió un amigo mío.

La canción está llena de dolor y melancolía como cuando Rafael Escalona le compuso un son a su amigo Jaime Molina, en vez de que él le hiciera un retrato.

Ese dolor es el mismo que sintió José Luis Minguíola, un campesino trabajador de La Mina, corregimiento vecino de Patillal que forma parte de la ruralidad de Valledupar, cuando la violencia cobró víctimas indiscriminadamente en su tierra. Ahí, en esos caseríos cercanos pero perdidos, la guerrilla puso cuartel, y después, con muertos y balas, los paramilitares.

Eso fue muy teso, eso fue invivible. Por ahí que un día llegaba la guerrilla y al otro los paramilitares.

Eso uno vivía tensionao porque estaba en medio de una guerra y se acostaba sin saber si iba a amanecer. Uno ya no quería salir ni a la puerta de la casa y cuando eran las seis de la tarde tocaba estar encerrao, esperando a que aclarara para salir al día siguiente. Fue terrible, aquí hubo muchos

muertos. Esa es la imagen que le quedó a José Luis, con su camisa mareada y la piel curtida por el sol de tanto trabajar en el monte, porque el trabajo lo ayudó a sobrevivir.

A sus cincuenta años nunca dejó La Mina.

Patillal y La Mina quedan a media hora hacia el norte de la ciudad, cruzando sobre el puente Hurtado el río Guatapurí de las canciones. En ese río, que marca el límite de la ciudad y donde la gente hoy toma cerveza y come butifarra de gato –quién sabe de qué sea, pero a 200 pesos ¿cómo más va a ser rentable?– se bañaban los guerrilleros de madrugada. En el jardín de tu casa.

El río separaba la tierra de nadie, la de los secuestros y el reino de las vacunas; con la de los finqueros amedrentados.

En esa guerra entre guerrilla y paramilitares duramos como un año, que fue la guerra de verdad verdad. Gracias a Dios hoy en día esto está tranquilo, pero La Mina nunca volvió a ser lo que era antes.

*Ya después de todo eso uno pudo volver a vivir casi como cuando era muchacho, de pelao, pero en esa época lo único que uno quería era irse, solo que no encontraba pa' dónde. Por ahí los que tenían plata se fueron a Valledupar pero nosotros no, nos tocó vivir todo acá **a la voluntad de Dios (La voluntad de la divina providencia).***

De camino a Patillal y La Mina te dicen: aquí los paramilitares tiraban los cuerpos, aquí estaba un retén de secuestros de la guerrilla, ahí mataron a tal, en esa curva desaparecieron a aquel, y no llevas ni cinco minutos de carretera y a tus espaldas aún se ve Valledupar.

La historia es la misma en todas las carreteras, cambiando únicamente el nombre de los caseríos y los muertos. Pero sabes que estás en la vía a Patillal porque el carro baja la velocidad y se orilla:

–Aquí fue donde secuestraron a la Cacica, Consuelo Araujo, y se la llevaron por esa trocha. Si ves hacia la sierra en línea recta –apuntando con el brazo. –Allá encontraron su cuerpo.

Esa vida cuando yo era joven era de lo más sabroso que había. Uno amanecía con las puertas sin tranca, casi que no había puertas metálicas porque todo era de madera. Un podía amanecer sabroso en cualquier parte, bebiendo con los amigos.

Cuando llegó la guerrilla tocó empezar a recogerse y guardarse. Eso fue una nueva ley que entró y a uno le tocó obedecerla. Pero eso fue por un tiempo, como le digo, mientras estuvo la guerrilla. Ya después, cuando llegaron los paramilitares eso fue otra cosa, yo creo que hasta peor.

Además de las huellas que la guerra dejó en las personas, transformó la cartografía de la región. Ya no te hablan de pueblos y corregimientos, o de los caminos a la sierra; sino de dónde mataron a (complete el nombre) _____, secuestraron a _____, encontraron a _____, desaparecieron a _____.

“Así se volvió más fácil ubicarse”, dicen los hombres y fantasmas que hoy recorren esas tierras.

José Luis insiste –tajante– en que fue peor cuando llegaron los “salvadores”. En términos de Alonso Sánchez: “Libranos del bien”.

El problema es, y usted sabe, que cuando hay un solo bando ellos traen una ley y uno la obedece; que no se puede salir después de las siete, o lo que sea, y uno cumple. Pero cuando llega otra ley diferente y hay dos bandos, pues la cosa se pone tesa. Por decir, si la guerrilla llegaba aquí diciendo que le dieran agua o le vendieran una gallina, pues uno lo hacía por miedo, y después, cuando llegaban los otros decían que uno era un doble o un colaborador y vea lo que pasa.

Uno siempre andaba atemorizado porque llegaban grupos de treinta, cuarenta o cincuenta personas armadas a la casa y qué más se podía hacer sino atenderlos; y todo era así, con guerrilla y paramilitares.

Lo que pasó es que hubo mucho enfrentamiento, incluso, no era solo en el monte sino en la mitad del pueblo, de todos con todos. Muchas veces se enfrentaban de cerro a cerro y el pueblo quedaba en la mitad.

Si ambos grupos hubieran atacado el pueblo al tiempo acá no quedaría nadie.

Es que aquí no había presencia del ejército, ni policía, ni nada, esto era solo solo y uno vivía tranquilo hasta que llegó la guerrilla, porque acá no se sabía qué era eso.

Hoy en día La Mina es famosa por los pozos del río Badillo a los que la gente va a bañarse los fines de semana, a pasarlo bien. En Patillal se instauraron las fiestas del 25 de diciembre que dejan vacío a Valledupar para el empate. Pero hace 12 años el único que se bañaba en los balnearios de La Mina era Jorge Cuarenta, y un poco antes, *nadie iba pa' Patillal, porque lo mataba la guerrilla.*

Pero, ahí sí le digo una cosa, con los paramilitares fue peor. Porque cuando llegaba la guerrilla a comprarle una gallina, uno no estaba pensando en la guerrilla sino en que los paramilitares lo iban a matar cuando llegaran, disque por colaborar. Esas represalias eran bravas, porque si acusaban a alguien de colaborador y no lo encontraban se llevaban al hermano y así, al otro y al otro, y mataban a todos.

Una vez aparecieron como seis muertos en el centro del pueblo.

El testimonio de José Luis es uno más de muchos. Aunque La Mina es un pueblo de un puñado de casas todos pagaron un precio. Inclusive Rodolfo Ortega, el abogado, que recuerda a orillas del río Badillo al final del pueblo:

—En este claro detuvieron a mi primo y lo mataron, y su cuerpo apareció unos metros más abajo.

El claro era cualquier claro donde solo se oían chicharras y nada más.

José Luis continúa haciendo memoria:

La primera vez que los paramilitares entraron aquí fue teso, que fue lo del Buey. Uno estaba durmiendo normal, y cuando sintió, fueron los tiros y las campanas de la iglesia que las hicieron sonar, eso eran como las once de la noche.

A ese señor, que le decían el Buey por lo trabajador pero se llamaba José Alfonso Montero, lo sacaron de su casa y le dispararon junto al río y ahí dejaron el cuerpo. Lo más triste es que fue la primera vez, porque usted sabe que hay una primera vez para todo, y ya después uno vivía con eso todo el tiempo en la mente. Da pena, porque a él lo mataron por malas informaciones.

Mientras José Luis termina su historia Jorge riega las matas; un muchacho de 14 años al que los paramilitares le mataron al papá y le toca vérselas por sí solo. Pero lo que de verdad le gustaría, es hacer un curso de maquinaria pesada en el Sena y manejar un camión grande en las minas de carbón.

37. Vicisitudes de Rodrigo Doble Cero en palabras de Rodrigo Tovar

"Siempre decía que la gran dificultad se presentaría cuando las autodefensas coparan y liberaran muchos territorios, porque se constituirían en un problema para la oligarquía colombiana. Por eso decía: no tengamos prisa que esta guerra será larga y lo mejor que podemos hacer es neutralizar al enemigo y quitarle su capacidad de hacer daño a las comunidades, pero sin ir a acabarlo hasta que no estemos posicionados políticamente."

38. Se apagó la cajita de música

Cuando su hermana muere él ya hacía parte de las autodefensas, eso fue en agosto del año noventa y siete. El 17 de agosto por la mañana Amador.

María Cecilia Tovar Pupo era una cajita de música, ella de todo se reía: recuerdos de Alonso Sánchez. Primero una niña y después una mujer encantadora, llena de dulzura; dulce como su mamá. Ese día se acabó la primavera en la casa de los Tovar, la cajita de música se apagó y nadie más volvió a oír su risa. Como cuando se diluye la alegría en un pocillo de café.

El día anterior al accidente Mariaché (como le decían) y su esposo, Eduardo Ariza, estuvieron celebrando. Al día siguiente cogieron doce horas de carretera a Bogotá para darle la sorpresa a su hija mayor que llegaba de Europa; del viaje que le regalaron por sus quince años. El carro de Mariaché y Eduardo terminó debajo de una tractomula a medio camino. Nunca llegaron a El Dorado.

A él le tocó ir a recoger e identificar el cadáver y ese día lo vi descompuesto, yo nunca lo había visto así. Recuerdo mucho los ojos que tenía, como vacíos. A él eso tuvo que darle muy duro porque el cuerpo de ella quedó muy destrozado.

Amador acompañando a su amigo. Woody y Buzz.

Él, aunque estaba mal y desencajado, se mantuvo muy sereno porque esa era su forma de ser. Yo creo que ese golpe y un problema que tuvo con unas armas fueron claves en el proceso que él venía desarrollando para que tomara la decisión de irse a la clandestinidad.

Esa fue la última vez que yo lo vi de civil, ya después él se desapareció y cuando volvió lo hizo como paramilitar.

No hay ningún muerto que duela más que los que llevan tu misma sangre. Más cuando construyeron sus vidas una al lado de la otra, casa contra casa que separaba una paredilla. Cuando el muerto es tu cómplice y mejor amiga.

39. Adiós, fusiles y puntos suspensivos...

La situación se volvió insostenible. No es posible vivir dos vidas en la misma piel. Ser uno de día y otro de noche. Terminas siendo el artista que confunde los papeles y no sabe qué decir.

En Valledupar ya se venía hablando que estaba metido en “eso”, que su caminó dejó de ser recto y algo iba a pasar. Eran rumores que no se desmentían porque nadie vuelve a ser el mismo cuando lo despiertan sus muertos por la noche y no dejan dormir. Rodrigo sabía:

“Ya estaba acostumbrándome a que todo el mundo se hubiera dado cuenta de que había incrementado mi seguridad. Algunos amigos que me molestaban diciéndome que yo era un hombre de autodefensas; que ya andaba con más gente que el mismo comandante; pero, así hemos sido siempre, a la hora de mamar gallo sobran artistas.”

Esos rumores dejaron de ser rumores el 10 de febrero de 1998, cuando la policía lo presentó como un comandante paramilitar. Es cierto que no era la primera vez que lo detenían por portar armamento pesado, que una noche le tocó dormir en un cuartel con Mancuso mientras aclaraban su situación, que las autodefensas llegaron a Valledupar. Pero todavía no era comandante.

“El comando de la policía no hacía sino hablar por los medios de comunicación sobre la captura del grupo de autodefensas del Cesar y diciendo que, con ello, quedaba desbaratada toda la organización. Esto me molestó mucho porque me dio un perfil de combatiente que todavía no tenía. No obstante mis tres combates anteriores a esta fecha, la preocupación era muy grande pues ahora la guerrilla sí enfilaría toda su fuerza contra mí o mi familia. Sin embargo la prensa, sobre todo local, dejaba ver su incredulidad en que nosotros fuéramos la cabeza de esa organización.”

Quién sabe si Rodrigo se creería su historia si no se la hubieran contado antes de protagonizarla.

–¡Rodrigo!

–¿¡Qué!?

–Alista tus maletas que nos vamos ¿O quieres que nos maten a los dos?

“Ya me sentía hombre muerto. Como dicen en mi tierra: ya podía comprar la lápida y el frac de caoba.”

En algún momento de 1998, que no tiene ni fecha ni hora y probablemente se perdió entre matorrales, Rodrigo Tovar dejó Valledupar como antes dejó la fiesta, y se encontró cara a cara con Jorge Cuarenta en el monte.

III. “Pero si soy el mayor de los pecadores, también soy el mayor de los penitentes”, Dr. Henry Jekyll

40. Jorge Cuarenta

“Y Saúl vistió a David con sus ropas, y puso sobre su cabeza un casco de bronce, y le armó de coraza.” Samuel 17:38

Al principio Jorge Cuarenta no se llamaba así, se llamaba David Cuarenta pero el nombre no tuvo éxito: explicaciones de Salvador Argote.

En el monte el Papa no podía llamarse el Papa porque ya no era el Papa. Tenía que dejar atrás el nombre que representaba parte de su vida; ese pedazo que sacrificó apenas la suela de sus botas de cauchó pisaron el fango de la sierra.

El mismo Rodrigo se quitó el David –continúa Salvador– porque Jorge Gnecco empezó a hacer unas acciones en las que decía que iba con el Papa, cuando no era verdad, y eso le disgustaba mucho. Como represalia cambió su nombre a Jorge para generar ambigüedad y devolverle el favor. Así que el David Cuarenta no trascendió, y Jorge Cuarenta se fue volviendo en un mito sin rostro en el Caribe.

Cuando al patriarca, a Jorge Gnecco, se le vino encima su creación que eventualmente lo dejaría en una canaleta de carretera a la vista de los buitres.

El cuarenta, además, era la frecuencia más alta con la que operaban los radioteléfonos.

Una vez, en las desmovilizaciones, le pregunté que por qué había escogido el 40 y no el 60 u otro número superior, y él me respondió que por la misma razón por la que había escogido “David” que le fracasó. Que era relacionado con la biblia que él tanto admiraba y que era por los 40 días y 40 noches que había pasado Jesús en el desierto, y otras referencias a las vicisitudes mesiánicas con las que sentía empatía.

“Dijo luego el filisteo a David: Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo.” Samuel 17:44

Y que el David lo escogió porque era el pequeño que luchaba contra el gigante. El gigante, la guerrilla, y el pequeño, él. Así quería simbolizar la lucha: un David victorioso contra Goliat.

Lo que no se puede hacer el jueves santo

Por la época en que Francisco el Hombre le ganó al diablo un duelo de acordeones, una madre le dijo a su hija que no se bañara en el río el jueves santo.

La niña desobedeció, escapó de la casa y saltó a un pozo desde las rocas. Sí, se refrescó con el frío del agua pero cuando intentó salir ese cuerpo ya no era suyo. Era otra en su misma piel, que ni siquiera toda le pertenecía porque donde alguna vez estuvieron sus piernas apareció una cola de pescado recubierta con escamas.

Ese jueves santo ella dejó de ser ella para convertirse en la sirena del Guatapurí.

Toda la ciudad la buscó sin resultado, hasta que al otro día la vieron recibiendo el sol sobre una roca. La sirena, porque ya era una sirena, se despidió de sus seres queridos, saltó al agua y desapareció para siempre. Aunque hay quienes dicen que la han visto merodear cerca de la orilla.

Así desapareció el Papa Tovar de Valledupar.

Cuando Rodrigo se vinculó de lleno al paramilitarismo, se desvinculó de la sociedad vallenata. Él no volvió a dormir en su casa ni a pisar Valledupar. Salvador Argote se refiere a una época en que el Papa se convirtió en sombras y sus pasos imperecibles.

Cuando uno se va al monte, a vivir su lucha, no puede cargar con una familia a cuestas. Tú no tendrías a la tuya creciendo entre las balas. Por eso se sacrificó. No por la “noble misión” que pensó estaba haciendo por el país; porque le tocó distanciarse de su familia.

No se puede ser paramilitar de fin de semana. Amador se convirtió en sus ojos y le contaba lo que pasaba en su casa.

A él le daba muy duro no poder ver el quinceañero de su hija, no poder compartir con ellos y todo era por video, pero nunca los abandonó. Incluso, como el hijo de él y el mío eran de la misma edad y estudiaban juntos, él me preguntaba que cómo andaban, que qué hacían en el colegio y yo por ahí le iba contando lo que sabía.

Que había una actividad en el colegio, que ya empezaban a tener su noviecita y a él le daba mucha tristeza no poder verlos crecer. Pero estaba completamente comprometido con su causa, con la convicción y verraquera necesaria.

El Papa no desapareció solo físicamente. De un momento a otro su nombre adquirió una connotación peligrosa, culpable, moralina. Decir “Rodrigo Tovar” era pronunciar un conjuro para invocar al diablo, hacerle un trato y coger a la culebra por la cola sabiendo que se iba a dar la vuelta para morder. Un par de gotas de veneno eran suficientes para ser culpable.

Alonso Sánchez dejó de oír ese nombre “maldito” de un día para otro:

Cuando me instalé en Bogotá las únicas noticias que tenía del Papa eran de boca de su primo, Alvarito Pupo, que vivía acá y contaba los cuentos de la finca y esas cosas. Pero de un momento a otro, nunca más se volvió a saber de él, y era casi que prohibido hablar del Papa.

Nadie lo mencionaba para nada, la gente no se atrevía a decir su nombre en público, y fue muchos años después que me enteré de su paso por el paramilitarismo. Yo le perdí la pista a principios de este siglo.

Cuando salió en septiembre del 2006, en la carátula de Semana, la noticia de que se había encontrado el computador de Jorge Cuarenta –que realmente no era así– fue como si en Valledupar hubieran dicho: pueden hablar de él. Como si a la gente le quitaran una camisa de fuerza y ahora podía respirar bien. Ahí dejó de ser el Papa para convertirse en Cuarenta para los vallenatos.

Aunque era Cuarenta el _____ (aquí puedes poner cualquier cantidad de calificativos que te parezcan), para algunos nunca dejó de ser Rodrigo, porque hay cosas a las que no se puede renunciar: la familia, por ejemplo. Salvador Argote recuerda lo fuertes que eran sus lazos familiares. Inquebrantables.

Incluso, ya desmovilizado, le costaba trabajo volver a su casa, pero nunca se separó ni física ni emocionalmente de su esposa. Cada tres o cuatro meses él le ponía citas para que ella fuera a visitarlo y hablaran de los hijos y esas cosas en común. Pero en lo práctico, fue una separación tácita.

Si antes negociaba los lotes de ganado con videos sentado impotente en la sala de estar; ahora, cada tanto, le llegaban grabaciones de lo que debió ser su vida.

Pateto y Jaime, los nuestros

Las balas perdidas son versos que nunca llegaron a cantarse. Amores tristes que perdieron el camino, que giran en círculos y te vuelan un pié. Si no estás seguro –con la convicción del caso– cuando disparas, la trayectoria de la bala se curva con el aire para pegarte en la espalda. Por eso tu revolver puede, sin saberlo o quererlo, volcarse contra tus amigos.

–La guerrilla mató a los nuestros. Los secuestró y fusiló de manera cobarde hasta en la puerta de la casa. Nos extorsionó. Nos desangró. Nos... le dejó un hueco a cada familia.

–Pregunto ¿Acaso los paramilitares no mataron a nadie... a nadie de los nuestros?

Ese debate es el que se da hoy. Llámalo como quieras: errores de guerra, desinformación, ajuste de cuentas, “la carnicería más salvaje que vivió el departamento”. Cuando todos se matan con todos ¿Qué más da un muerto más o un muerto menos? Ni le quita ni le pone a las estadísticas aunque sean equivocaciones. Después tendrán tiempo para aclarar el desorden en retrospectiva.

¿Qué pasó con esos “errores de guerra” (que tenían, cara, nombre y familia)?

Uno de los primeros muertos que hubo aquí fue un compañero mío de colegio que le decían Pateto Monsalvo, Ernesto “Pateto” Monsalvo. Amigo de Rodolfo Ortega, quien cuenta lo que le pasó.

Él era agricultor y tenía el contrato de un vivero en la sierra, por allá arriba en Chemesquemena. A él un día lo bajaron del carro, lo desaparecieron, y aunque no se supo qué pasó se dice que lo mataron con motosierra. Esa fue una, sino la primera, incursión del paramilitarismo aquí.

¿Qué pasó? Igual como hacía la guerrilla que tanto repudiaban, el paramilitarismo dejó muertos, preguntas y pocas respuestas.

¿Quién era Pateto Monsalvo? ¿Por qué lo mataron? Esta es la imagen que le quedó a Rodolfo Campo de él:

Pateto Monsalvo fue un hombre conservador como pocos en Valledupar, muy activo en la vida social y política abogando por el conservatismo.

Él tenía un proyecto en la sierra y le tocaba ir y venir, y de ahí seguramente lo identificaron como guerrillero ¡Él qué iba a ser guerrillero! si era un conservador ferviente y anticomunista.

Es la historia de un malentendido que le costó la vida a Pateto cuando venía de la sierra, y que Alonso Sánchez quiso aclarar, para salir de dudas, cuando se entrevistó cara a cara con Jorge Cuarenta en la cárcel de Itagüí.

–¿Por qué lo mataron si era “uno de los nuestros” (por decirlo así)? Si era un amigo de todos.

–Mira, a mí me llamó un día Treintainueve y me dijo que tenía a un hombre que era colaborador de la guerrilla, porque le habían hecho seguimiento, pero decía que era amigo mío y que quería hablar conmigo. Entonces pregunté cómo se llama y me contestó: Ernesto Monsalvo. Le dije que no conocía a ningún Ernesto Monsalvo, me preguntó que qué hacía y le respondí: usted verá. A los 30 segundos volví a marcar y le dije: pregúntele cómo le dicen. Y Treintainueve respondió: ya no puedo.

“Ya no puedo”, con esa ligereza se apretaba el gatillo.

Pateto es apenas un renglón más en la lista de desaparecidos. De quienes puede nunca se vuelva a saber y sus cuerpos jamás sean velados. Alonso Sánchez siguió preguntando:

–Papa ¿qué pasó con Jaime?

<<En la época en que vivíamos en el Loperena justo frente a la casa del Papa, puerta con puerta, vivía un señor que se llamaba Jaime Barrios y tenía dos hijos, de los cuales uno era Jaime Barrios Ovalle. Jaime hijo era odontólogo, y cuando se graduó empezó a trabajar con el CTI en el departamento forense. Él fue el primer desaparecido que hubo en Valledupar, nunca más se volvió a saber de Jaime>>

–Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Una ahí dice: ¿Qué pasó con la persona amable que me está recibiendo? ¿Me acaba de decir que mandó a matar a un amigo de ambos?

Jaime Barrios Ovalle era primo hermano de Amador Ovalle, de Súper Boy.

“En el 2000 (...) el planeta gira gira a la derecha”, Natalia Lafourcade

Para principios de los años 2000 en Valledupar había paz, todo estaba controlado. Los carretilleros del mercado podían dejar sus carretillas toda la noche al aire libre y no les pasaba nada porque todo el mundo pagaba vacuna ¡Todo el mundo pagaba!

Después del Valledupar que conoció como niño y adolescente, así era la ciudad que Federico García encontró en la adultez. Una ciudad tranquila si uno no era homosexual, comunista, sindicalista, excéntrico... o tenía cualquier tipo de calificativo que se pudiera encasillar como “inadecuado”: GUERRILLERO (no había que serlo siquiera, solo que corrieran sospechas).

Los cuentos eran geniales –apunta Federico–, di tú, si en la plaza tenías un puesto pagabas 5.000 pesos semanales. Si no tenías la plata cuando pasaban a cobrarte, entonces tenías que ir hasta la finca de ellos para pagarles, y el pasaje te costaba 5.000. Entonces claro, como terminaba costándote el doble preferías pagar directamente.

En ese sentido había un orden impuesto porque lograron replegar a la guerrilla a la montaña, como una especie de pax romana que aguantó hasta la desmovilización.

A partir de esa época el ritmo político en el departamento lo marcaron los paramilitares. Un primo mío se fue a lanzar a la alcaldía y en esas lo llamaron y le dijeron:

–Oye, nosotros sabemos que tú eres amigo del Papa y por eso no te vamos a matar, pero que sepas que no vas a quedar. Nuestro candidato es el otro y ya le tenemos la maquinaria y los buses organizados, entonces qué te vas a desgastar hombre. Que te vas a poner a perder un mundo de plata. Tú escoges, si quieres seguir hasta el final bien puedes, hazlo, no te va a pasar nada, pero que sepas que te vas a estrellar.

Él igual siguió y afortunadamente quedó el otro ¡Que tal donde hubiera quedado! Estaría o preso o muerto, porque allá o te vendías o te mataban.

El paramilitarismo, así como penetró en las esferas sociales y políticas, se fue inmiscuyendo en todos los rincones de la cotidianidad. Por eso desapareció la imagen de Rodrigo en Valledupar, porque ya no hacía parte de esa ciudad. El nombre de Jorge Cuarenta, por otra parte, se empezó a oír detrás de las esquinas.

Amador recuerda con agobio cuando Cuarenta le preguntaba por cómo lo veían en la ciudad.

A él, cuando le probó a todo el mundo que iba en serio, la gente lo veía en Valledupar con respeto, temor y horror, y un día me preguntó:

–¿Boy, es verdad que la gente piensa que yo soy un monstruo?

–Yo no he oído eso, yo lo que oigo son comentarios que ya se pueden dejar las puertas abiertas, que se puede ir al mercado, que se pudo volver a la finca –me tocó responderle–. Pero claro, hay gente que piensa otra cosa.

–Es que a veces me llegan cartas diciendo que estoy muy fuerte, aflojo un poquito y vuelven los atracos y esas cosas; entonces yo no sé.

Pero aquí lo que le tenían era respeto... respeto, terror y otros cariños.

¿Por qué tantas fosas comunes?

Hasta el día que se desmovilizó a regañadientes Jorge Cuarenta estuvo convencido –y después– de su misión: Tenía que liberar a la Costa Caribe del yugo guerrillero.

Él fue el último de los altos mandos de las AUC en dejar las armas, y lo hizo el 10 de marzo del 2006 con 4.760 hombres. Pero desconfiaba del proceso: insistía en que el fenómeno paramilitar no acabaría con la desmovilización porque “no habían garantías” y “el proceso se hizo a la carrera”, como consta en una entrevista que concedió a la revista Semana ese mismo año. El creía que llevaba el 80% de su tarea completa, el tramo duro, y se tenía que desmovilizar ahora que le quedaba el 20% fácil.

“Esto ya no es un ejercicio de desmovilización sino de renunciación, es un acto de resignación sobre todo. Yo me estoy resignando a hacer algo que no creo que deba hacer. No voy a hacer lo que yo quiero sino lo que otros quieren, lo que aconsejan, y espero que no vayamos a terminar en la máxima histórica por la que yo me regí; que el soldado que para hacer la paz se arrodilla se queda con la humillación y con la guerra.”

Así recuerda un amigo la nota que recibió del Comandante cuando las negociaciones llegaron a un punto de no retorno.

A Cuarenta lo juzgan por su pasado, pero Rodrigo estaba en crisis con el futuro.

Su firmeza continuó en la cárcel de Itagüí, cuando habló con Amador:

Una vez lo visité en la cárcel y le pregunté:

–Mira que están saliendo todas las fosas comunes ¿Qué hicieron ustedes? ¿Qué pasó?

–Es que hasta ahora han salido esas, y van a salir muchas más, pero lo que nosotros dimos de baja fueron guerrilleros, colaboradores y simpatizantes de la guerrilla –me lo dijo con rabia–. Entonces a mí que me expliquen, EXPLÍCAME TÚ, si los que maté y están en esas fosas comunes no son guerrilleros sino inocentes ¿Por qué no los volvieron a sacar de las casas? ¿Por qué pudieron volver a las fincas? ¿Por qué no volvieron a hacer pescas milagrosas? ¿Por qué la guerrilla dejó de extorsionarlos? Anda, explícame ¿Entonces la guerrilla se fue porque yo llegué? No, esos que están en las fosas comunes son guerrilleros, sino que para las mamás eran gente de bien, pero para mí eran guerrilleros, y lo son, y van a salir más... El día que esté con las víctimas les voy a decir la verdad: su hijo no era una mansa paloma y hacía esto, esto y esto.

Quién sabe si la extradición, si la soledad de una celda en los Estados Unidos donde podría pasar los próximos 30 años (como piden los fiscales norteamericanos) le hayan puesto las cosas en perspectiva.

Si malinterpretó el llamado a actuar de la divina providencia que sintió dos décadas atrás ¿Qué veía el doctor Jekyll cuando se miraba en el espejo?

Los amigos son los hermanos que uno escoge

A él le pasó como a Judas, porque a los tres días de estar preso lo empezaron a negar.

Hay que oír lo que a Amador le tocó pasar por sostener su amistad públicamente.

Aquí le dieron la espalda, y quienes estuvieron con él empezaron a decir que eso era mentira, que apenas lo conocían, que de peñaos habían tenido una amistad, que yo no sé qué, que yo sí sé más. Yo me imagino que eso a él le dolería mucho.

Hay quienes dicen que fueron amigos de Rodrigo Tovar, más NO (con un énfasis rotundo) de Jorge Cuarenta. Tú ya sabes que Jorge y Rodrigo no son lo mismo. Esos matices y aclaraciones son lo que el país pasa por alto con sus bifocales blancos y negros.

Hay quienes se olvidaron de haberlo tratado.

Incluso –retoma Amador–, el mismo día de la muerte de su hermano, que fue un 24 de diciembre, muchos de quienes se decían sus amigos se fueron a bailar al Club o a Patillal; sus verdaderos amigos no. Primero lo enterraron y después se fueron a bailar, y esos no son verdaderos compadres... ellos saben quiénes son.

Sergio Tovar Pupo –que nunca se involucró en las andanzas de su hermano– murió asesinado el 24 de diciembre de 2009, a las 10 de la mañana, en una estación de gasolina al sur de Valledupar. Como reportaron los medios en ese momento, el crimen –cometido por dos sicarios que huyeron en una moto– sería una represalia contra su hermano, el antiguo líder paramilitar.

Cuando Rodrigo se enteró de la muerte de su hermano ya estaba en una celda en Estados Unidos.

...

Aunque esté lejos, y la distancia y la ley apremien, Amador todavía lo ve:

Sabes, últimamente estoy soñando mucho con él, una vez al mes por lo menos, y en esas me levanto con los ojos llenos de lágrimas y la almohada empapada. Yo... deseo que él acepte temprano algún trato que le propongan los fiscales norteamericanos para que resuelva su chico y pueda volver, pero como es de obstinado se le va a alargar la cosa.

Yo sueño que él vuelve y le hacemos una fiesta para celebrar su regreso con toda La Barra. Nos divertimos, mamamos gallo, y todo vuelve a ser como si nunca se hubiera ido. Y de repente lo veo con su uniforme militar:

–Bueno, Boy, me despido porque me tengo que ir.

–No joda, tú que te vas a devolver al monte si ya estamos es viejos y te toca ponerle al uniforme un bastón y una pipeta de oxígeno. Además, acá está la gente que te quiere, tu familia, tus amigos, tú no tienes que volver allá.

–Tengo que volver porque la misión no está completa.

Entonces él se da la vuelta y se va y yo me despierto con los ojos aguados.

Las dos caras en el monte

Cuando me mandaba llamar y yo iba a visitarlo al campamento, él se transformaba.

Amador en las buenas y en las malas. Cuando Rodrigo se paraba frente al espejo.

Apenas me veía me abrazaba y se relajaba, por eso era que me llamaba, porque yo iba y pasaba con él dos o tres días y para él eso era un aliciente que lo sacaba por un instante de la guerra. Yo no quería, ni me interesaba, saber de sus temas de guerra, iba a hablar con mi amigo.

Yo le contaba lo que pasaba aquí y hablábamos de las anécdotas, de si se acordaba de aquella pelada y que tú sí, y que yo no, y él se quitaba la careta de Cuarenta y volvía a ser Rodrigo.

Después, cuando yo me devolvía con los escoltas siempre me decían: hombre, quédese un poquito más. Es que ahora que usted se va, él vuelve a ser Cuarenta.

Jorge Cuarenta se volvió abstemio (después de 60 páginas de fiesta) porque la guerra no era un juego; ese era el ejemplo que le quería dar a sus hombres. Del whisky no quedó ni el olor.

De veras que qué cagada todo lo que ha pasado con él porque (Alonso Sánchez, no como escritor y periodista sino como alguien que recuerda que Rodrigo Tovar tuvo una vida) Ay, no sé, él no se merece esta suerte, aunque se la buscó, por supuesto.

Cada cual elige su camino y carga las pérdidas que decide echarse al hombro, y debe responder por las marcas que deje en el suelo el lastre por su peso. Sin importar nombres ni excusas.

“Las cosas no cambian, cambiamos nosotros”, Henry David Thoreau

La diferencia entre la guerrilla y el paramilitarismo: Simón Martínez Ubarnez, politólogo y filósofo

Cuando la guerrilla estuvo en su apogeo el pueblo se podía movilizar sin mayores complicaciones, pero la clase pudiente no. Cuando llegó el paramilitarismo estos roles se invirtieron y los que podían moverse era la clase pudiente mientras que el pueblo no.

Se cambiaron los papeles porque dependiendo del grupo siempre hay alguien que sale favorecido y otro perjudicado.

Así como el pueblo vallenato fue capaz de parir a Jorge Cuarenta, parió a Simón Trinidad, porque todo tiene su contraparte: Ricardo Palmera tenía su vida –como la tuvo Rodrigo Tovar– antes que lo alcanzara la guerra y se uniera a las filas de las FARC.

El extraño caso de Jorge Cuarenta y el Papa Tovar

Cuando Cuarenta le disparó al Papa estaba temblando, nervioso. No podía tener la mano quieta como no la tuvo Rodrigo con el guerrillero arrodillado al frente suyo. Al Comandante le escurrían sudores que irritaban sus ojos y le humedecieron las axilas.

Apretó el gatillo con el cañón desalineado –como los canales entre las baldosas del suelo que ya no eran paralelos– y le dio a Rodrigo en una pierna. Su cuerpo se desplomó instantáneamente, pero golpeó vivo contra el piso (Cuarenta no tenía a nadie detrás que lo instigara a volver a disparar).

Los dos cuerpos se volvieron uno mientras se perdían entre la sombra: Ambos sobrevivieron.

Yo (Amador Ovalle; Amadorsito, el rey de las chicas; el que estuvo con Buzz cuando se dio cuenta que era un juguete; el Boy, el mejor amigo del Papa Tovar) siempre me hice esa pregunta y una vez se la hice a él:

–¿Qué pasaría si Rodrigo le pregunta a Cuarenta qué es lo que está haciendo, qué futuro tienen los dos?

Y Jorge Cuarenta me dijo lo que le diría a Rodrigo:

–El que tomó la decisión de ser Jorge Cuarenta fuiste tú. Yo era Rodrigo antes, pero ahora a Rodrigo le toca vivir como Jorge Cuarenta porque si no los matan a ambos.

Él ya no se podía echar para atrás.

Para manejar a la gente y todo lo que pasaba fuera de la ley le tocó ser fuerte, porque si no los mismos compañeros lo mataban. Si te ven alguna debilidad al otro día amaneces muerto porque la única justicia que hay ahí, es la vida.

Epílogo

**“Cada hombre carga con su destino a lo largo de toda su vida y cuando trata de sacudírselo de los hombros, le vuelve a caer con un peso aún mayor y más extraño.”
Robert Louis Stevenson. El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde.**